GUILLERMO MENESES

COLECCIÓN ZONA TÓRRIDA

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

CANCIÓN DE NEGROS

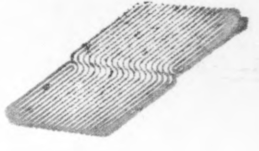
CAMPEONES

EL MESTIZO JOSÉ VARGAS



EDICIONES LA CASA DE BELLO

La serie *Obras Completas* de nuestra Colección *Zona Tórrida* tiene por finalidad ofrecer la totalidad de los textos conocidos de escritores venezolanos fundamentales a través de ediciones críticas cuidadosamente anotadas y fielmente ceñidas en cada caso a la versión que el autor consideró como definitiva. Con esta nueva serie que viene a sumarse con fisonomía propia a las otras que integran la prestigiosa Colección *Zona Tórrida*, La Casa de Bello alberga la certidumbre de que está prestándoles un servicio de primera importancia a los lectores, a los investigadores y a los docentes de nuestro país y del exterior.



Edición coordinada por
Rafael Di Prisco
Edgar Páez

Equipo de investigadores
Rafael Di Prisco (Coord.)
Einar Goyo Ponte,
María Fernanda Lander,
Edgar Páez, Margarita Troyano.

Zona Tórrida

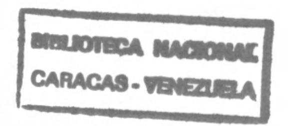
32

GUILLERMO MENESES

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

Canción de negros
Campeones
El mestizo José Vargas



Ediciones La Casa de Bello

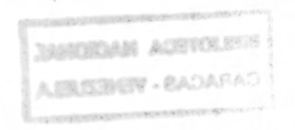
Colección Zona Tórrida Obras Completas

LA CASA DE BELLO

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

ISBN 980-214-068-6 (Obra completa)
ISBN 980-214-069-4 (Tomo I)

Dibujos: Guillermo Meneses
Fotografías de portada: Don Alfredo Boulton
Diseño de portada: Blanca Strepponi



Composición y paginación: Enedé
Impreso en Caracas (Venezuela)
en los Talleres de Anauco Ediciones, C.A.

PRESENTACION

En pleno uso de sus facultades mentales, aunque afectado ya por una larga y penosa enfermedad que lo mantuvo postrado durante los últimos años de vida, el escritor Guillermo Meneses, a conciencia de la significación de un acto de tal naturaleza, decide donar a la Universidad Central de Venezuela "la propiedad total de los derechos de autor de todas sus obras escritas, incluidos los veintisiete cuadernos...", según reza el documento oficializado en la Notaría Pública el 17 de setiembre de 1976, veinticinco años después de haber obtenido el Primer Premio en el Concurso de Cuentos del diario *El Nacional,* con "La mano junto al muro", obra que marca el comienzo de la transformación de Meneses, en el sentido de abandonar las ataduras de un escritor localista, apegado a expresiones de limitado contenido, para convertirse en un escritor consciente de que la literatura no es la simple narración de anécdotas de personajes extraídos de un ambiente rural que había venido nutriendo la novela venezolana, sino la instrumentación de esos mismos hechos y personajes nacionales pero enfrentados a un mundo de mucha mayor trascendencia y amplitud, por su desenvolvimiento dentro de un contexto universal. En representación de la Universidad, y de acuerdo con lo que pauta la ley, recibe la donación el doctor Miguel Layrisse, para ese entonces Rector de la Máxima Casa de Estudios. Dos años más tarde, el 29 de diciembre de 1978, en Porlamar, Isla de Margarita, entrega su vida el escritor.

En fecha posterior, en acto realizado en el Rectorado de la Universidad Central de Venezuela, el señor don Alfredo Boulton, entrañable amigo del escritor, y Presidente de la Fundación Boulton, en cuya Biblioteca se custodiaba el aludido material, hace formal entrega a la Institución de los mencionados cuadernos manuscritos.

Igualmente, en atención a lo prescrito por la Ley de Universidades, la donación de los cuadernos manuscritos es aceptada por el mismo doctor Miguel Layrisse, quien todavía ejerce el máximo cargo. Se asiste a un acto de especial contenido, pues, se trata de algo más que del simple traspaso de un objeto o del obsequio de una suma de dinero, por muy significativo o cuantiosa que pudieran ser. Para garantizar su custodia, los cuadernos son depositados en la caja fuerte de la Secretaría.

La ceremonia cuenta con la presencia de diversas personalidades, entre las cuales, el Secretario de la Universidad Central de Venezuela y el Decano de la Facultad de Humanidades y Educación, los doctores Gustavo Díaz Solís y Rafael Di Prisco, respectivamente. Por disposición del Consejo Universitario corresponde a la Facultad de Humanidades y Educación, cuidar el fiel cumplimiento de cuanto se disponga en el futuro en relación con los derechos de autor de las obras de Guillermo Meneses.

Varios años después, en comunicación de fecha veinte de febrero de 1986, la Fundación La Casa de Bello, por iniciativa de su Director, propone a la Universidad Central de Venezuela una hermosa asociación para emprender conjuntamente la edición de las *Obras Completas de Guillermo Meneses,* a cuyo efecto los doctores Edmundo Chirinos, Rector, y Oscar Sambrano Urdaneta, Director, suscriben el cuatro de octubre del mismo año, un documento de acuerdo con el cual la Institución universitaria autoriza a la Fundación, para que emprenda la impresión de las mencionadas *Obras Completas,* mediante la concesión de la exclusividad de los derechos de edición. En el documento suscrito por ambas Instituciones se establece que la Fundación se compromete a publicar la totalidad de la producción escrita de Meneses con sus propios recursos, sin que ello represente costo alguno para la Universidad.

De inmediato se da inicio al trabajo, y se establecen dos cuestiones previas, a saber: por una parte, la asignación de un número arbitrario a cada cuaderno, para una más fácil referencia e identificación; la elaboración del índice de cada pieza, y la transcripción de su contenido. Por otra parte, la dispersión de

los escritos de Meneses en periódicos y semanarios nacionales y extranjeros aconsejaba iniciar una exhaustiva investigación para fichar la totalidad de esa producción que, además, se encuentra diseminada en el prolongado período que va desde 1930, fecha de su primera colaboración periodística, hasta diciembre de 1978, año de su fallecimiento.

En relación con el manejo de los manuscritos, para preservar la integridad de los cuadernos originales, y evitar cualquier amenaza de deterioro, La Casa de Bello da inicio a la investigación a partir de fotocopias de esos manuscritos. La elaboración del índice de cada cuaderno, que se suponía una tarea simple, se revela compleja y demorada, pues aunque la filiación de algunas páginas no presenta obstáculos por disponer ya del correspondiente título, otras, por el contrario, contienen fragmentos que carecen de cualquier señalamiento. Se está obligado así a la correspondiente identificación a través de una detenida lectura, para conocer a cabalidad el contenido o argumento y determinar si se trata de un fragmento de novela, de un cuento, o de uno de los innumerables trabajos críticos publicados en periódicos o revistas. De allí que esta etapa inicial de la investigación desbordara los límites de una simple copia de supuestos títulos, para presentarse como lo que en realidad fue, un lento y cuidadoso proceso de lectura de contenido, para alcanzar una correcta identificación de cada escrito.

La investigación hemerográfica y la identificación de cada página manuscrita fue una tarea que para presentarla como ahora se hace en esta edición, requirió una paciencia y una constancia, que colocan muy alto el sentido de responsabilidad intelectual del equipo de investigadores de La Casa de Bello.

Es prudente un comentario general adicional en relación con el aspecto formal de los cuadernos, cuyas diferencias gráficas y de escritura ponen en evidencia que cuanto en ellos hay sobrepasa los límites de la simple literatura, pues se trata de la más auténtica respuesta a un momento de la vida del escritor y a una exigencia de su oficio como creador.

Junto a cuadernos cuyas páginas están destinadas casi exclusivamente a transcribir el texto de una novela con muchas

variantes, pero muy cercano a la versión definitiva, como en el caso de *El mestizo José Vargas,* se encuentra un cuaderno que contiene el largo fragmento de una versión desechada, originalmente escrita para la novela *Campeones,* algunos de cuyos pasajes se integrarán luego en otra obra, *El falso cuaderno de Narciso Espejo,* publicada muchos años después. Hay cuadernos que contienen anotaciones, borradores o simples notas recordatorias de ideas que se desarrollarán posteriormente en artículos de prensa o en breves ensayos. Pero hay también cuadernos de una mayor trascendencia para el conocimiento de la obra de Guillermo Meneses, ya que sus páginas encierran no ya fragmentos, sino más de una versión casi completa de sus dos obras mayores, *El falso cuaderno de Narciso Espejo* y *La misa de Arlequín.*

En casi todos los casos, el investigador ha tenido que vencer lo que en un primer momento se llegó a considerar un obstáculo, que dejaba de serlo a medida que se avanzaba en el estudio del manuscrito, pues se convertía en una particular nota pintoresca, desconcertante, sin duda; una suerte de capricho del escritor. Dos ejemplos muy significativos, por la reiterada frecuencia: por una parte, la interrupción de un mismo texto mediante la intercalación de una fecha, se presenta como una extraña fijación cronológica, tan extraña que a veces despierta ciertas dudas en cuanto a su fidelidad; por otra parte, se tropieza también con una inexplicable ruptura tanto del hilo narrativo como de la argumentación ensayística, en esta oportunidad mezclando textos de diferentes contenidos.

En segundo lugar, un proyecto de edición de *Obras Completas* como el que se iba a emprender, obligaba a disponer de una base documental de absoluta confiabilidad, por lo que simultáneamente se dio inicio a una exhaustiva investigación hemerográfica para descartar cualquier duda que se pudiera tener en relación con los trabajos del escritor. De esta forma, La Casa de Bello dispondría de su propia fuente de consulta, a la vez que ordenaba el volumen hemerobibliográfico a intercalar en la edición. Es preciso insistir en el hecho de que las mayores dificultades se encontraban en la ubicación de las colaboracio-

nes periodísticas, pues la obra de Meneses publicada en forma de libro es relativamente reducida y de conocida filiación.

De acuerdo con la anterior apreciación, la Coordinación de Investigaciones de La Casa de Bello traza un diseño de trabajo, y con la decidida y eficaz colaboración de los licenciados Edgar Páez, Einar Goyo y Margarita Troyano, para la fecha investigadores de planta de la Institución, con experiencia previa en este tipo de trabajo, se da inicio en el primer trimestre del 87, a una vasta y profunda labor de rastreo en diversas bibliotecas y archivos periodísticos, sin plazos prefijados en cuanto a la fecha de culminación del trabajo, sino con la única meta de agotar las fuentes de información, y acercarse a la convicción de que se había descartado cualquier posible error o ausencia.

En relación con los repertorios bibliográficos precedentes, en primer lugar sería injusto no señalar en forma destacada la generosa y valiosa colaboración de la profesora Arlette Machado, distinguida y fiel estudiosa de la obra menesiana, quien en desinteresado gesto que la honra cedió a La Casa de Bello lo que aún mantenía en su poder de un más vasto fichero en el que había estado trabajando durante muchos años, y que, según ella misma manifestó, ya había utilizado para alguna investigación anterior, que culminó en la edición de ensayos selectos de Meneses, que Monte Avila publicó en 1982, con el título de *El arte, la razón y otras menudencias*. A pesar de los vacíos y de que la edición presenta importantes descuidos de carácter tipográfico, se consideró que el punto de partida debía ser la obra *Guillermo Meneses. Una Bibliografía,* de la profesora Gladys García Riera, publicada en 1981, por el Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias "Andrés Bello", del Departamento de Castellano, Literatura y Latín, del Instituto Universitario Pedagógico de Caracas. También se ha tenido siempre a la mano la "Bibliografía" de *Espejos y Disfraces,* volumen 81 de la Biblioteca Ayacucho, elaborada por Horacio Jorge Becco.

Aun cuando es suficientemente conocido que la primera colaboración periodística de Meneses la constituye el cuento "Juan del cine", publicado en el histórico número de *Elite* correspondiente al 13 de setiembre de 1930, y que sus últimos

artículos originales aparecidos en *El Nacional* corresponden al año 1978, se decidió que la investigación abarcaría un período más amplio, por lo que el trabajo de pesquisa se inició con el año 1928 y culminó en 1980, con el propósito de crear márgenes confiables suficientes.

Las principales fuentes de información se encontraban en los fondos de la Hemeroteca Nacional, que para la fecha funcionaba en el desaparecido edificio "Mucubají", un local ubicado en la antigua urbanización El Conde, zona en proceso de transformación urbanística, originalmente concebido como pista para patinaje sobre hielo, cedido al Instituto Autónomo Biblioteca Nacional por el Centro Simón Bolívar. De las colecciones depositadas en "Mucubají" se obtuvo el mayor volumen de información relativo a la investigación en los diarios *Ahora, La Esfera, El Heraldo, El Universal* y *El Nacional,* principales publicaciones en cuyas páginas Meneses colaboró en diversos momentos de su vida, y en las que se iba a encontrar la mayor parte de sus colaboraciones periodísticas. El énfasis se dirigía hacia las publicaciones desaparecidas, ya que en las consultas de *El Universal, El Nacional* y *Elite,* siempre sería posible revisar los archivos de estos periódicos.

Desafortunadamente la colección de periódicos nacionales de nuestra Hemeroteca presenta algunas lagunas, por lo que fue necesario buscar otras fuentes, pues no debía quedar sin revisar ni un solo día del largo período que se había fijado para la investigación. La mudanza de estos servicios a la nueva sede obligó a suspender la investigación, lo cual contribuyó a demorar la culminación del trabajo. Los investigadores se trasladaron, entonces, a la Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela, cuyos escasos fondos contribuyeron a llenar algún vacío, aunque no se pudo completar la información, porque también allí hay fallas y porque las periódicas agitaciones que han venido afectando las normales actividades de la Institución, impidieron continuar rastreando estos depósitos.

Gracias a la buena disposición del personal de servicio, así como a la colaboración de su Director, el profesor Rafael Fernández Heres, se tuvo acceso también a la Biblioteca de la Aca-

demia Nacional de la Historia, la cual, a pesar de no disponer tampoco de colecciones completas, contribuyó a llenar alguna que otra omisión. Lamentablemente esta etapa de la investigación también se vio interrumpida por los trabajos de reacondicionamiento del Palacio de las Academias, que para la fecha adelantaba el Centro Simón Bolívar. Alguna información se pudo obtener en la Biblioteca Arcaya, ubicada todavía en su local original de El Paraíso, especialmente para completar la indagación en *Ahora* y *El Heraldo,* dos periódicos muy importantes, ya clausurados, en los que Meneses, además de publicar sus escritos, colaboró con responsabilidades en la jefatura de redacción.

En relación con las publicaciones existentes, se revisaron los archivos principales que mantienen en sus respectivas sedes, los diarios *El Universal* y *El Nacional,* así como el semanario *Elite.*

La investigación no se detuvo en los periódicos y revistas caraqueñas. Como es sabido, durante su permanencia en el exterior, Meneses no solamente continuó colaborando en la prensa venezolana, sino, como cuando se residenció en Colombia, publicó también en *El Tiempo* y *Sábado,* cuyas fichas se pudieron incorporar en el lugar correspondiente, gracias a la colaboración encargada por La Casa de Bello al investigador Adalberto Barrera, quien trabajó bajo la entusiasta supervisión del profesor Carlos Valderrama Andrade, del prestigioso Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá.

De este arduo y paciente trabajo que consumió más de tres años de diaria e ininterrumpida labor, los licenciados Páez, Goyo Ponte y Troyano conformaron un fichero de más de cuatro mil fichas que se considera la más exhaustiva hemerobibliografía directa e indirecta de Guillermo Meneses, y que constituirá el volumen de cierre de estas *Obras Completas.*

Además del fichero correspondiente, en la Biblioteca de La Casa de Bello se dispone de fotocopias de todos y cada uno de los trabajos publicados por Meneses, tanto en los diarios y semanarios de Caracas como en los de Bogotá, de manera que los textos que aparecen en estas *Obras Completas* han sido debidamente confrontados y cotejados con las diversas fuentes.

La presente edición consta de ocho volúmenes, distribuidos de la siguiente manera: los dos primeros contienen las cinco novelas, *Canción de negros, Campeones* y *El mestizo José Vargas* en el primero, mientras en el segundo se presentarán las diferentes versiones de *El falso cuaderno de Narciso Espejo* y *La misa de Arlequín;* en el tercer volumen se publicarán los cuentos y las piezas teatrales; la vasta producción de artículos de prensa, prólogos y ensayos se distribuirá entre los volúmenes cuarto, quinto y sexto; los dos últimos volúmenes de la colección están concebidos como dos importantes herramientas de trabajo, imprescindibles para el estudio de la obra de Meneses, pues en el séptimo se recogerán los estudios y ensayos más importantes sobre la vida y la obra del escritor, y en el octavo se incluirá lo que habrá de ser la más completa hemerobibliografía de su producción literaria.

Con el propósito de facilitar la consulta de los volúmenes, especialmente por parte de los investigadores y estudiosos de la obra de Meneses, es conveniente hacer algunas precisiones de carácter tipográfico, a saber:

1. Para los textos definitivos se ha escogido una letra de fácil lectura, tipo 12/13 redonda, salvo las palabras o los párrafos que remiten a alguna nota a pie de página. Para estas palabras o estos párrafos se ha escogido el tipo cursiva, con el propósito de destacarlo suficientemente, y establecer el sistema de relación entre el texto definitivo y las notas provenientes de la lectura y transcripción de los cuadernos manuscritos.

En consecuencia, las cursivas intercaladas en el texto definitivo se corresponden con la parte de la nota también en cursiva para establecer el sistema de referencias del texto con la nota, como se dijo arriba. Cuando se trata de una tachadura en el manuscrito, sin correspondencia entre éste y la primera edición, se hará el señalamiento correspondiente, en letra redonda.

2. Las notas han sido impresas en un tipo menor, es decir 10/11 u 8/9, de acuerdo con la forma tradicional de presentarlas, pero en cursiva, salvo los comentarios del Editor, y aquellas palabras o aquellos párrafos que llevan subnotas, y que se imprimen en redonda.

3. Las subnotas van en tipo más pequeño, también en cursiva, salvo los comentarios del editor, los cuales se imprimen siempre en redonda.

RAFAEL DI PRISCO

CANCION DE NEGROS

Primera edición, Cuaderno Literario, Editorial La Nación, Caracas, 1934

ADVERTENCIA EDITORIAL

En la entrega correspondiente al 13 de setiembre de 1930, número aniversario de la revista Elite, *el joven Guillermo Meneses –apenas contaba dieciocho años de edad– recibe lo que él mismo llama su bautismo como escritor. Se trata de un "pequeñísimo ejercicio" intitulado "Juan del cine", que años después, como consecuencia de las "excesivas torpezas" que entrababan su inexperta factura llevan al autor a excluirlo del volumen* Diez cuentos, *publicado por Monte Avila en 1978, pocos meses antes de su fallecimiento. A pesar de no merecer su inclusión en el cuerpo del volumen, al lado de otros cuentos, posiblemente tan discutibles como el primero, estima prudente incorporar en las "Palabras del autor" aquellos fragmentos dignos de ser preservados, por apreciar en ellos la base de muchas páginas posteriores.*

Es en estos primeros días de escritura –entre 1930 y 1932 confiesa el mismo creador– cuando concibe y completa su primera novela, Canción de negros, *"Novela venezolana", publicada dentro del programa de los quincenales cuadernos literarios de la Editorial La Nación. Aunque todos los repertorios bibliográficos y cronologías consultadas señalan el año de 1934 como el correspondiente a su aparición, es prudente tener en cuenta que en el volumen utilizado para esta edición, que pertenece al fondo bibliográfico de la Biblioteca Nacional, la única fecha que se lee, impresa al final de la obra, es "Caracas, 1932". En la contracarátula del cuaderno se afirma que el autor "ha madurado en la preparación de su talento de narrador, haciendo una eclosión violenta".*

Canción de negros *es la única de las novelas de Meneses de la que no se encuentra material en los cuadernos manuscritos, salvo unas páginas destinadas a servir de prólogo a una eventual segunda edición, y en las que, como se registrará más adelante, hay tan sólo referencias a la edición conocida, publicada por Editorial La Nación. Por el contrario, como también se verá en la oportunidad de su presentación, en* El mestizo José Vargas *el caudal manuscrito es tan vasto que obligó a numerar los cuadernos para una más exacta identificación de cada pasaje. Así, en las páginas 91-94 del cuaderno "Mestizo II", se encuentra el texto del que se hace mención líneas arriba, y que resulta por demás interesante por lo que expresa como desarrollo ideológico del escritor.*

Dos hechos, estrechamente ligados entre sí, sugieren que, en su momento, alrededor de 1942, parecía muy cierta la posibilidad de una nueva edición de la primera novela de Meneses. En primer lugar, cabe destacar que en los manuscritos, Meneses solía fechar no solamente los textos, sino el cuaderno mismo. De esta manera, al comienzo de "Mestizo II" aparece como fecha general "1941-1942", mientras el mencionado "Prólogo" está más exactamente fechado: "Caracas, enero de 1942". En segundo término, en la página tres de la primera edición de El mestizo José Vargas, *aparecida precisamente en 1942, entre las obras del autor se anuncia "En prensa" una segunda edición de* Canción de negros, *a ser impresa en la Editorial Tamanaco. De la investigación conducida por La Casa de Bello se puede concluir que esta anunciada segunda edición nunca vio la luz pública. También es de rigurosa objetividad editorial señalar que en esta primera edición de* El mestizo José Vargas, *entre las "Obras del autor",* Canción de negros *aparece fechada en 1934.*

A continuación se transcribe el texto del mencionado "Prólogo", tal como aparece en las páginas 91-94 del cuaderno "Mestizo II".

R.D.P.

PROLOGO

Nunca he sido partidario de prólogos en las obras literarias. En los casos de libros científicos, cuando el autor pretende dejar claramente establecidos la marcha de sus estudios, la dirección de su pensamiento, sus predecesores en el campo de la investigación, sus esperanzas de futuros descubrimientos, las bases y el porvenir de sus hipótesis, el prólogo tiene razón de ser, ya que la obra del científico ha de considerarse como etapa del conocimiento que el mismo autor y otros luego de él continuarán. Un libro científico es, en el mejor de los casos, punto de apoyo cuyas consecuencias pueden ser contrarias a las que se pretendieron por quien lo imaginó; las teorías expuestas serán desarrolladas, rectificadas, ampliadas, incontablemente. La obra de arte, por el contrario, tiene desde su nacimiento fisonomía y personalidad propias. El pensamiento del artista está tan unido a las formas de expresión, tan marcado por matices, tan mezclado a las reacciones personales, que cualquier cambio formal, cualquier modificación de matices, *o el empeño de falsear lo personal en beneficio de tendencias extrañas al creador*[1], cambia esencialmente el fondo, el pensamiento esencial y verdadero *de la obra*[2]. Si el pensamiento básico fue expresado oscuramente *por el artista*[3], señal es de que él es, en sí mismo, hombre incapaz de claridad mental; si la débil o errada expresión hirió y rompió la esencia de la obra, podemos asegurar que ya estaba rota la raíz ideológica del autor. Las cualidades y errores de forma y estilo son errores y cualidades de la mente productora. Entonces ¿cuál la necesidad del prólogo, si lo que en él se pretende explicar, ha de estar explicado, sin lugar a dudas en la obra misma? Verdaderamente, el prólogo es apéndice inútil en la obra de arte. Puede tomar formas de crítica, explicación o *disfraz de lo prologado*[4] pero, al fin y al cabo, quedarán prólogo y obra como cosas bien distintas aunque la proximidad material de uno y otra hagan suponer relación más

---

1 *Tal o cual modificación de las reacciones personales.*

2 *del autor.*

3 *en la obra de arte.*

4 *disfraz y mil cosas más en relación a lo prologado.*

íntima que la de la simple vecindad. La única excusa del prólogo, su causa única y racional podría ser la sentimental (que, aunque parezca contradictorio, suele ser el sentimiento muchas veces razón valedera y poderosa justificación de los actos humanos, precisamente porque su existencia vence a la razón y no se somete a juicio alguno). Poderosas razones sentimentales me han llevado a escribir este prólogo a mi *Canción de negros* y, por ello lo hago, a pesar de mi contraria opinión. Y, al grano.

Esta novela fue escrita entre los años 1930 y 1932. Entre el autor de Canción de negros *y yo mismo –el de 1942– hay una corriente sentimental indudable. Miro hoy a quien escribió* Canción de negros *como a un hermano que ha llegado luego a ser mi persona actual y lo quiero porque estaban en él muchas posibilidades que se han desenvuelto o han muerto o están en trance de morir dentro de mí mismo. Tales desenvolvimientos y muertes han apartado tanto al de 1932 y al de 1942 que, a veces, parece que sólo los unieran ficticios sentimientos de solidaridad apenas razonables. Pero, dentro del plano literario, ¿era mejor el de 1932? Sin duda, el autor de* Canción de negros *era menos exigente en cuanto a reglas gramaticales y formación de frases que su alter ego de hoy. Era aquel, esencialmente, un hombre libre que escribía;* tal sentimiento de libertad vivifica la obra[5] *como envión puro de juventud. El de hoy quiere unirse a él en este prólogo como protesta, un tanto insegura, de que, todavía, mantiene los ideales de sus veinte años como la más pura bandera.*[6]

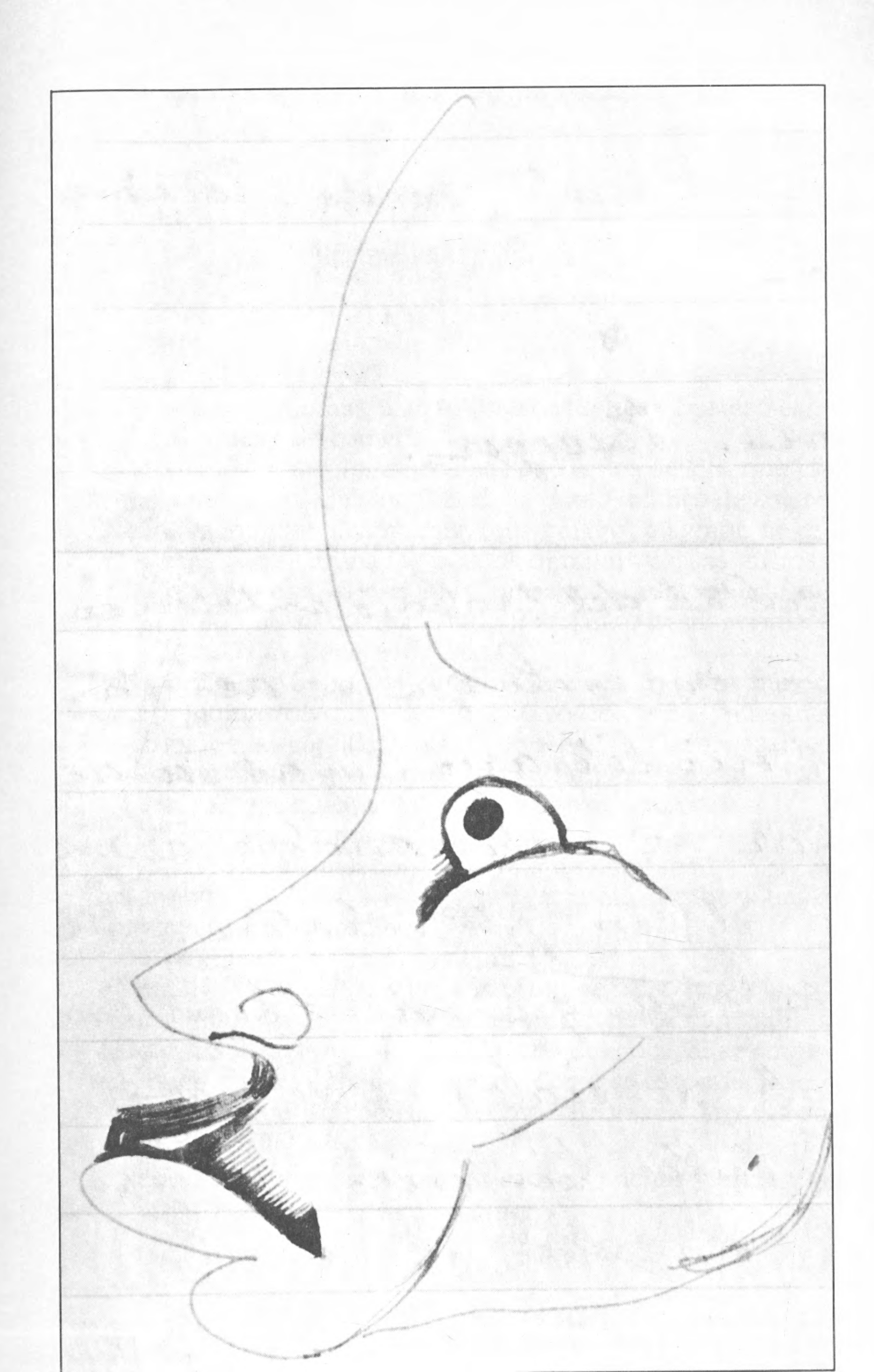
Caracas: enero de 1942.

GUILLERMO MENESES

5 *no pretendía librar batallas por la libertad.*

6 El texto que se transcribe más abajo, formaba parte de lo que se podría considerar una primera redacción de este proyecto de prólogo. Aun cuando no fue tachado por el escritor, es evidente que fue desechado por éste, no solo por el carácter inconcluso, que ya sería razón suficiente, sino por dos características gráficas muy notables, como son las dos negativas con que comienza y finaliza el trozo, y por encontrarse encerrado entre sendas rayas que lo separan del resto.

No. *Esta novela fue escrita entre los años de 1930 y 1932.* La escribió alguien que apenas tenía veinte años *y que había pasado ya unos cuantos meses entre las paredes del Castillo Libertador, que sabía lo que eran los calabozos y los grillos impuestos por Juan Vicente Gómez y la vida de tienda de campaña en una especie de campo de concentración y algo de trabajos forzados en la carretera de Guatire. A pesar de ello –o tal vez– por todas esas cosas el autor de* Canción de negros *creía en la fuerza de los oprimidos, entre los cuales se sentía uno más; tenía fe en el pueblo, en la muchedumbre eterna que trabaja y produce y ama y pare con valor y dolor; odiaba con sinceridad de limpio corazón a los que se oponían a la vida, a los que herían y dominaban las fuerzas más puras de nuestra Venezuela, a los que pretendían negar la existencia misma del pueblo venezolano para negar así los derechos de* No.



PRIMERA PARTE/PUEBLO

CAPÍTULO I

—¡Aaaahhh!...

Extendió las piernas, alzó los brazos fuertes y bostezó cansado: ¡tenía ganas de comer!...

Acompañada de olor de cocina llegó la voz de ella, que estaba haciendo el café. Y, a través de la pared, blanca de cal, se hizo el diálogo. El le dice negrita, mi amorcito, mi amor. Le repite muchas veces, aniñadas por los diminutivos, las mismas cosas. Pregunta ella, si está muy cansado, si está muerto de hambre. Y él: que sí, que ha estado trabajando hasta ahorita y que ya lo creo que tiene hambre.

Un momento se quedó callado viendo entrar a su mujer, pero en seguida volvió a soltar su chorro de cariños, mientras ella nombraba las comidas que le había hecho. Cachapas, arepas, las caraotas fritas, la carne tostada, humeante todavía.

La mujer chasquea la lengua: ¡están sabrosazas...!

—Un besito, mi amor...

—¿Y no estaba cansado?, ¿muertico de hambre?

Sonreída se acercó a Pedro, que escondió la cabeza entre sus pechos grandes y fuertes.

¡Mi negrita, mi negrita, mi negrita!

Temblaba ella alegre y secaba el sudor de su cara pálida, aindiada, redonda. Luego reía tenue y acariciaba, con cariños de madre, a su hombre, encogido dentro del goce. Si se empezaba a quererla, era para no terminar: ¡Cómo se escondía la ternura en aquel cuerpo robusto y cómo sabía sacar ternura su amorcito tranquilo!

Pedro le pasó el brazo por las caderas anchas y firmes, la llevó hasta la mesa y se sentó a comer.

* * *

Así habían vivido siempre. Contentos y felices. Colgando entre un mi amor y un mi negro. Tendiéndose entre esas frases, como ropa blanca, la felicidad.

No tenían ninguna grande tristeza. Sólo penitas, como huéspedes tranquilos, como duendecillos suaves.

La mayor de las penas, no tener hijos. Pasaba el casar los cuarenta y no maduraba de buen fruto el vientre de la hembra trigueña.

Alguna vez, en mitad de los cariñitos, suspiraba el hombre. Ella no ha de preguntarle ¿qué te pasa Pedro?, porque lo sabe muy bien.

El hombre suspira: ¿para quién trabaja?, ¿para quién se afana y lucha día a día con la piedra dura...?

Ana Dolores sabe esa tristeza y quiere darle a su hombre el premio de un muchachón. Pasarán los años... Muerta ella, Pedro la recordará, porque irá su hijo con él al trabajo... y clavará la azada en la tierra, mientras la siembra verdea en retoños.

En la capillita, ante la virgen del manto raído y la sonrisa triste, reza Ana Dolores cada día: ¡Un hijo!, ¡un hijo! Para que sea su orgullo.

* * *

Y es lo que le dice a Pedro cualquier amigo: que se acuerde del indio Juan y de Encarnación. Sesenta años tenía el indio y, sin embargo, por ahí anda brincando Juan José. Y alegrando a los viejos. Ya llegará el muchacho.

Pedro sonríe esperanzado. Si no encontrara amigos como éste sería mala su vida.

* * *

Al fin un día --un día como todos-- presiente Ana la madura redondez de su vientre.

Toda ella se colorea en rojo y no cae de sus manos la novena de San Ramón Nonato.

Cuando se lo dijo a Pedro, espió cómo bañaba la alegría cada rasgo. El hombre gritó:

–¿Verdad?, ¿verdad?

Ganas le daban de apretarla, de fundirse en ella.

Y se lo va contando a todo. A las ramas frágiles y verdes, que dobla el viento... Al río ruidoso de piedrecillas. A los hombres.

Su alegría es grande. Mayor que el pueblín.

El vientre de Ana Dolores se abulta, crece. Ella, orgullosa, lo muestra a todo el pueblo como si fuera la única mujer fecunda. Camina las callecitas mirando desde lo alto a las viejas arrugadas y a las vírgenes flacas.

Al cabo de unos meses ha crecido tanto la redondez vital, que –opina la comadrona– será un par lo que viene.

Ana siente agudos dolores. Enflaquece. Le arrastra aquella enorme carga el cuerpecillo de ángulos agudizados. Aquél que era antes el gran ocultador de su ternura.

Pedro trabaja con ardor. Cada gota de su cansancio es oro puro.

* * *

Un resbalón al salir de la casa, y se afianzó –duro– el dolor.

Nació un muchacho flaco. Varón.

En los labios resecos se abrió la sonrisa pálida. Y, como bujía vieja e inservible, se apagó Ana Dolores.

* * *

Murió Ana Dolores.

En el tiempo rojo de los bucares florecidos, tiempo feliz que colorea mejillas y árboles, se destrozó.

Pedro anda grisáceo, como si la tristeza fuera en él cenicienta y desolada.

Ya se perdió todo.

Ya ella no dirá: ¡ay, mi amor!

Ya no habrá en la casa el olor que esparcía su falda gruesa.

Ya nunca más los cariños de Ana, su risita suave, sus medias palabritas.

Ya Ana es nada.

A Pedro le pesa su dolor como un castigo.

* * *

En la atmósfera del pueblo hay amargos símbolos.

Suenan a veces, en el vientre oscuro de las noches, zumbidos de algún joropo lejano. Rezonga el furruco. Puntea el cuatro. Brincan las maracas. Pero en los oídos del pueblo, llora el joropo alegre.

Las viejas miran rosarios en cada caravana de hormigas.

Todos los palos forman cruces en el suelo.

Las hojas caen como lágrimas lentas en el aire enneblinado.

* * *

En la tarde, los hombres llevaron la urna a un descampado, a la vera del Camino Grande.

Así es el cementerio de los pueblos pequeños: un montón de piedras y una cruz clavada.

Los campesinos, al pasar delante, se quitan el sombrero y, apresurando el paso, rezan en recuerdo de Ana.

Capítulo II

En el pueblo quieren mucho a Pedro. Los viejos, porque le vieron nacer, por privilegio de vida enteramente vista. Los hombres maduros, por los recuerdos comunes de la juventud. Los jóvenes, porque siempre tenía a flor de labio un cuento oportuno.

En el pueblo quieren mucho a Pedro y, ahora, le tienden un agasajo de consejos para remedio de su tristeza.

Porque aquella antigua alegría batió alas sobre otros hombres.

Descorazonado al volver del trabajo, encuentra en el lugar

que ocupaban los pechos de Ana al muchacho flaco y gritón que se ha quedado.

Los amigos, todos los del pueblo, le hablan, le dicen. ¿Cómo podrá vivir Pedro sin su mujer, si era el todo de su vida, una costumbre suave y larga?

–¡Ah, pero el aguardiente!...

Y acude otro:

–No hombre, compadre. Búsquese otra mujer. Mujeres hay en todas partes. Claro que, para usted, mi compadre, no va a ser ninguna como Ana Dolores. ¡Sí que la quería usted, compadrito!, ¡sí que se llevaban bien los dos!, ¿ah?, ¡y tanto tiempo!... Pero, compadre, así es la vida. Búsquese otra mujer.

Todos se afanan en atajar la tristeza del gran amigo. Y él se enfurruña cada vez más. Le molesta la asiduidad de sus compañeros. Quiere apartarse de ellos. De sus señales de cariño, de sus afanes por sostenerlo.

* * *

Por eso se fue. La cantilena de consejos le hizo huir del pueblucho. A buscar trabajo en otra parte.

Por eso, ahora, apenas viene los sábados. Y, en veces, pasan quince días sin que entre en su casucha, sin que roce la suave pelusa que lleva su hijo en el tope de la cabecita negra.

La semana se le va en ese otro pueblo grande donde llegan notas de la ciudad. Mientras, su hijo duerme entre los pechos de la criadora. (5 bolívares por semana).

* * *

Generalmente viene los sábados. Y, como muestra de ese mundillo lejano que es el pueblo mayor, trae canciones extrañas, cuentos de mujeres vestidas con brillo, cuentos del cemento.

Trae también, a veces, un gran cansancio sobre su cara severa.

(Por todas estas cosas, cunde en el pueblito una alarma angustiosa.

Ya son muchos los que han traído sus cuentos, sus canciones, su cansancio. Ya son muchos los que han dejado de venir, los que se ha llevado la grave corriente de los caminos.

Ante los que vuelven, se azora el pueblo.

Ellos ruedan en la conversación palabras nunca oídas. Ellos hacen en el pueblo grandes raros oficios. Ellos hablan de vicios asombrosos.

El pueblo se azora. Los viejos arrugan la frente. Los jóvenes se rascan la cabeza pensativos.

El pueblo se azora.

Tras el tranquilo horizonte campesino la punta roma de muchos dedos señala DESGRACIA.

Enredados a la algarabía luminosa de los que llegan, muchos se van.

Dejan quieto el arado.

Dejan solas las tierras oscuras.

Dejan sin amparo el pueblucho.

Los viejos aguzan los dedos sobre el horizonte campesino.

DESGRACIA, DESGRACIA).

* * *

Pedro no ha seguido lejos el tráfago blanco de las carreteras. Ha quedado en el pueblo cercano. Viene casi todos los sábados.

Apoyando duro el pie calzado de la alpargata empolvada, mira este sábado el aire de su pueblucho, mientras despliega la cinta de una canción. En la tibia atmósfera del campo, mete colores de seda. Sobre el verdeoscuro de los árboles puede verse su cantar.

Llegó a la ventana iluminada de la pulpería de Pablo José.

Como tantas otras tardes.

Llegó a su casa. La mujer regordeta que cuidaba a su hijo vino sonriente con el chiquillo en brazos.

—¿Qué hay que comer?

La regordeta le trajo en un plato cachapas, las caraotas fritas, la carne dorada.

Pedro comenzó a comer.

* * *

Todo como entonces.

Nada como entonces.

Luego de comer, Pedro se sentó a fumar en la puerta de su casita.

Dentro su hijo lloraba. Y la mujer cantaba una canción de cuna.

> Duérmete mi niño,
> yo te dormiré
> con la maraquita
> de Julián José.

Pedro suspiró. ¡Qué tristeza esta vida sin nada por dentro! Todo está solo. Solo.

Pedro chupa su tabaco negro.

Todo igual que antes... y, sin embargo, nada.

Aunque dentro hay una mujer que canta, igual que la otra, aunque da de mamar a su hijo, aunque si él quisiera también como la otra sería su mujer...

Seguiría solo.

Pedro chupa su tabaco negro.

Hay que buscar una mujer.

No como ésta sino... Nada. Una mujer.

En el otro pueblo conoció muchas. Pero las mujeres de ocasión hacen mal. No dan tranquilidad. Ni ganas de trabajo.

Sin embargo...

¿Serviría alguna de ellas para ser su mujer?

¿Serviría ésta que da leche a su hijo?

Pedro fuma triste en el portal de su casa.

Es necesaria otra mujer.

Todo lo que está a su alrededor la necesita.

* * *

El sábado siguiente se trae del pueblo a Gregoria. (18 años. Trigueña. Delgada. Linda).

Han pasado dos años de la muerte de Ana Dolores.

Capítulo III

Nadie piensa que, en el otro pueblo, ella tenía zapatos brillantes y vestidos de seda. Nadie piensa que, en el pueblo, ella se pintaba párpados azules, mejillas rosadas y boquita de corazón. Nadie piensa que sobre sus piernas, ahora libres al viento, se extendió antes la caricia de las medias de seda.

Sin embargo era así.

* * *

Desde Caracas llegaban las borracheras de los mocitos platudos y Gregoria era en ellas la nota sentimental y reidora. La que se brindaba, sencilla y alegre, a las caricias de aquellos hombres, bruscos y pretenciosos que la trataban en tono despreciativo; igual que los trabajadores del poblado.

Su cuerpo lo tenía a flor de piel bajo toda caricia.

Por todo eso, no se explica las razones que pudo tener para dejar la algazara del botiquín y seguir a Pedro.

El estaba en la mesita –moreno, serio, hombre–, ante una botella de ron y el vasito lleno.

Por entre las mesas iba ella sonriendo.

–¿Tiene un cigarro?

–Como no, negra. ¿Te sientas?...

Hablaron. Casi nada. No fue charla aquéllo.

El la miraba con sus ojos tristes de niño o de carnero. En sus pupilas, ni una luz de la fuerza burlona que le daban en el trato los otros hombres. El la miraba.

Se fue esa noche con ella. Se fue con ella otras muchas noches. La amarraba con su mirada de niño. Se la llevaba en la suave corriente de su tristeza, de su reserva.

* * *

Ahora es de él. Entera. Como cuando la abraza fuerte.

Ahora ya aprendió a preguntarle cómo le fue en el trabajo.

Cambió. Seguramente.

Se hizo otra mujer.

* * *

Pedro, al principio, estaba miedoso. Era casi una seguridad de que ésta no iba a ser como Ana Dolores.

Después, poco a poco, se fue acostumbrando, hasta sumergirse completamente en la tranquilidad del amor nuevo.

Ahora, apenas siente que ha habido dos mujeres en su vida.

Son los mismos cariños.

En el hueco de amor que le dejó la otra, metió a Gregoria. Y se siente igual. Lo rozan los sentimientos de antaño. No ha cambiado nada.

Sólo el chiquillo gritón hace recordar la muerta. Esos chillidos molestan a Pedro supersticiosamente.

Como antes, hace mil trabajos en la hacienda vecina.

Capítulo IV

Comienza a sonar el aire con la tenuísima luz de la madrugada. Entre esa vaga claridad viven los primeros pasos, las primeras voces.

Las mujeres se levantan adormiladas y, echándose encima un pañolón oscuro, encienden el anafe para hacer el café de sus hombres.

Afuera, el pueblito se anega en luminosidad clara y desvaída. Algún gallo canta.

Las puertas se van abriendo y, sobre el fondo oscuro de las casas, los hombres bostezan ensanchando la sombra blanca de sus franelas en el frío mañanero. A poco, cuando todavía se siente la noche, se van yendo hacia la hacienda de don Luis, hacia el pueblo cercano, hacia el conuco. Las mujeres –bulla-

ranga de voces– siguen en grupo oscuro para pilar el maíz de las arepas.

Después, el sol asoma tras el cerro sus primeros resplandores. Los gallos afinan con más brío sus quiquiriquíes. Tiembla la mañana su temblor de polvillos dorados y los bucares humedecen en el sol sus puntas florecidas.

Ya es la mañana.

Todos los colores saltan al contacto de la luz recia.

Las flores rojas del bucaral, los techos, las paredes, hasta los hombres, son manchas de color reventón. La ramita más pequeña, afirma un verde triunfante sobre el cielo azul, de grandes nubes apelmazadas.

Ya es la mañana.

Alguna mujeres, con el chiquito en el anca dura y huesuda, se van al río. Sobre sus cabezas, un montón de ropa.

* * *

Ellas lavan en un remanso verde hecho de grandes piedras mohosas.

Mientras la ropa blanquea entre los brazos morenos, hablan de sus hombres, de qué unto es bueno para el reumatismo, de si será verdad que la vieja Encarnación echa mal de ojo.

Entre los gruesos labios oscuros, un cigarro dormido. Anudados a las testas pañuelos dibujados de ramazones estridentes.

Los chiquillos gatean entre la yerbecilla de orillas del río llorando y gritando. Las mujeres ríen, charlotean o hacen grave el rostro repentinamente. Fue, que alguna dijo: anoche chilló la lechuza y la pavita cantó tres veces. Se oscurecen las caras y se afilan los dedos en el gesto de la guiña: ¡Dios nos salve y la Virgen del Carmen!...

* * *

Viene la anochecida.

Alguna carreta ruidosa, oliente a malojo recién cortado, entra al pueblo. Sobre el malojo, entre las manos de un hombre, luce el "cola e gallo" su brillo de luna.

El hombre se llama Pedro. Llegará a la pulpería de Pablo José y tomará aguardiente. Entrará a su casa y su mujer, cariñosa, le servirá las caraotas fritas.

* * *

En las noches un gran silencio.
Sueño y oscuridad.
Estrellas y cantos de gallo.
Rumor del río y chillidos de la pavita o de la lechuza.
Parece este silencio hecho de rumores:
De los suspiros de los hombres.
De las tristezas de las hembras tristes.
De los sueños de los chiquillos.

* * *

Pasan los días. Las mañanas claras. Las siestas bochornosas. Las tardecitas de cristal.

Pasan los días. Los meses. Los años.

Va pasando, poco a poco, la VIDA.

Pasan los días, los años.

La vida de Pedro toma vertientes de amargura.

Siente que se va haciendo viejo; que es sentirse con pequeñas espinas en derredor; que es cambiar los buenos caminos anchos de la juventud por senderos incómodos y pendientes.

Ya está viejo. Su carácter se deshace en cansancios, en tristezas, en esos prontos de cólera que forman en sus conocidos una corteza maligna contra él.

Pasan los días, los años.

Así se va pasando la vida entera.

A los pocos días de vida común con Pedro, Gregoria comenzó a recordar con gusto su vida del pueblo, aquellos otros hombres que abandonó por la tranquilidad campesina.

Ella recuerda.

Acercarse a uno de aquellos hombres. Pedirle un cigarro. Tomar con él muchos vasos de ron. Reír mucho sintiéndose ro-

zada por una densa atmósfera de deseos. Recostarse de un pecho robusto tembloroso de afanes incógnitos.

Los trabajadores de allá...

Agarrarla de un brazo: ¡Vamonó a dormí!

–Bueno...

Cuando se encendía la ventana en luz de madrugada le dejaban unas cuantas monedas sobre la madera oscura de la mesa de noche.

Ella sueña: volver a lo de antes.

Este Pedro es distinto. Tranquilo hasta en el amor. Sin locos afanes, sin locos sentidos de las cosas. Apenas si habla de la cosecha, del trabajo, del machete brillante y amolado.

Es una vida buena, pero...

Hace falta una gran noche, como las de antes, aunque haya de volver luego a los cariños sensatos, a las graves caricias ásperas.

Pedro es bueno, pero ¡otra noche y otro hombre como los del pueblo! que la mire desde muy alto, que sepa de muchas cosas para soltarlas en la concha caracol de su oreja.

¡Si Pedro supiera sus sueños!... El, que se pone bravo de que ella mire a los demás...

Ahorita va a llegar. Hay que calentarle la comida. Vendrá cansado.

¡En fin!... la quiere. Le ha regalado una zaraza amarilla para que la estrene el día del Carmen.

Ahorita va a llegar.

* * *

Esto era el comienzo. Ahora, cuando han pasado los años, Gregoria se siente sola, rencorosa de ese carácter flaco y desagradable de su compañero. Cada grito de Pedro le hace ver claramente la maravilla de aquellos otros tiempos, de aquellas otras caricias de los otros hombres que le rozaban la vida en el Pueblo Mayor.

En momentos, coge al chiquitín y lo besa triste. Lo arregla y lo baña consolándose en acariciar aquella suavísima carnecita.

Otras veces se echa a llorar en el camastro.

Llora.

¡Ella es joven todavía! ¡Un hombre que la quiera, que le fabrique caricias donde refugiarse!

Un hombre que beba con ella vasos de aguardiente claro y limpio.

Cuando Pedro duerme, ella se va a las encrucijadas de los caminos. A las encrucijadas oscuras.

Pero los campesinos saben que es ella la mujer de Pedro. No se acercan. Desde lejos le dicen "buenas noches" sonriendo con maldad.

Y así, cada día va pasando.

Y, con ellos, poco a poco, la VIDA.

* * *

Pedro es, en la hacienda, caporal de todos los trabajos.

Lo mismo dirige los cortes de la caña madura en la parte llana y caliente, del otro lado del cerro, que la cogida del café en la montaña oscura de sombra.

Ese agrio que le han traído los años, y que le hace no tener ya una buena amistad, lo aprovecha el amo y le da el trabajo de vigilante. Así, no permitirá que cualquier jornalero se lleve unos cuantos granos rojos, o alguna caña madura.

Saltará Pedro con su grito desagradable y altanero, mientras el peón ó la india triste lo miran con los ojos del odio.

Muchas veces se ha encontrado con esas miradas y ha sentido el ademán de apretar la mano sobre el puño del machete.

–¿Qué va hasé!, ¿qué va hasé! Pedro les pone adelante su antipatía desafiadora.

El otro apretará los dientes mudo.

–¿Qué se creerá, que a cuenta e caporal...

Si lo encuentra después, en los caminos, será lo mismo.

–¡Una pila de cobardes es lo que son!

Y, cuando llega a su casa no respira con tranquilidad, sino que habla y grita a su hembra silenciosa, porque el café está frío, por mil cosas menudas.

Así, se pasan los días.
Y, con ellos, poco a poco, la vida.

CAPÍTULO V

El sol cae duro sobre la siembra. Un leve viento hace olas en la ramazón verde.

Once de la mañana.

Sol. Sol.

En la mano de Pedro el "cola e gallo" estira su curva de plata.

Los trabajadores han cortado un cuadro. En redor de este cuadrado, las cañas hacen paredes rubias y verdes.

El calor de la hora revuelve en molesta intimidad los olores de la tierra y el sudor de los hombres cansados. Caen en relámpago los machetes, y las cañas, cortadas desde la base, derrumban rumorosas los penachos de las hojas. La luz desnuda en estridencias los colores del campo y los cuerpos desnudos. Sobre los pechos enormes, sin pelo; sobre las espaldas, de músculos apretados en la piel, pinta el sol sus líneas de brillo. Los cogollos saltan su blancura entre la siembra tapando las testas inclinadas hacia la tierra.

De repente el brillo de los machetes tomó tonos dramáticos.

Fue una tontería. Pero la voz de Pedro es hoy en las advertencias, desagradable como un insulto.

Julián Ponce soltó el machete y delante de Pedro infló el pecho.

Los dientes le marcan su raya blanca entre los labios temblones que sueltan la frase revoltosa.

El capataz levantó la cabeza de arrugas autoritarias:

–¿Qué, qué?

Zumba el "cola e gallo" en el aire y cae sobre la espalda desnuda una, diez veces. En la piel prieta, manchas rojizas.

Contra la rabia de Pedro se despedazan los insultos.

Entre el brillo de la siembra, Julián corre azorado por ganar un sendero; se esguinza salvando los golpes del machete; grita sus voces de rabia y de miedo.

Las miradas brillantes de los otros cortadores están sobre él.

Julián Ponce grita amenazas.

Tras él, sigue Pedro sonriendo entre los labios apretados: ¡Qué va, oh!, ¡si uté igual a lo demá!... ¡cobardaso!

Al fin del sendero por donde corrían un portal rústico.

Allí Pedro detiene su carrera apoyándose en las maderas del portal.

–¡Aaaaaaaaahhh, Julián!, ¡po aquí no tiene naíta que hasé!, ¿oyó?

Julián se vuelve en medio del camino.

–¡Por Dió Santo que eto no se quea así!

Y unos momentos se detiene, enterrada la cabeza en el pecho lleno de tristeza entre el blanco fulgor del polvo que se va en nubes.

* * *

Una brisa le hace frío el sudor. Al lado del camino, bajo unos árboles, se sienta.

Entre el verdeoscuro de un bosquecillo, saltan las manchas blancas de las casitas del pueblo, tranquilas como una costumbre.

En cambio Julián siente, como hervir de gusanos, mil pequeños sentimientos que lo envenenan de rabia y le dan temblor y malestar en la piel morena.

¿Qué desea en este momento?

Ante sí mira el cuerpo destrozado de Pedro.

¡Maldito sea!, ¡hay que enseñarle cómo se debe tratar a los machos!

Julián Ponce no mira otra cosa. No desea otra cosa.

¡MALDITO SEEEEAAAAAAA!!!

Las palabras le saltan en un grito ronco, subterráneo.

Queda un rato con la cabeza entre las manos.

Siente la rabia en todo su cuerpo.

La rabia: un temblor que le abarca toda la piel morena.

* * *

Le despiertan de su sueño.

Son unos compañeros de trabajo que le traen la franela, el sombrero y el paltó. Ya sabe Julián que están completamente a su mandar... Para todo... Si no tiene qué comer... si quiere arreglarle las cuentas al viejo...

—Grasia. El solo sabrá cobrarse.

—Bueno. Por si acaso...

—No. Grasia.

Al fin se fueron.

Julián se metió más adentro en la sombra de los árboles.

¡Separarse de la gente! Que no venga nadie a darle consuelo, a ofrecerse. Que no venga nadie a decirle tonterías. Hay que estar solo, para tener intacta la rabia; para que ella no se huya al roce de los otros.

Así; hundido el pensamiento entre las manos callosas, doblada la espalda desnuda sobre las piernas, deja pasar el tiempo.

* * *

El fresco del atardecer.

Se pone la franela y el paltó. Se acomoda el cogollo mugriento.

Llega a la ventana de Pablo José y pide el palito de aguardiente, la arepa con carne frita y el café negro.

Come apresuradamente y se va.

Sin saber por dónde, camina los senderitos de la hacienda. Desanda lo hecho. Da vueltas. Mira el cielo de estrellas y luna.

Porque —¡al fin!— ya es noche, a pesar de la tarde que no terminaba nunca.

Nervioso, camina de aquí a allá.

Siente de un modo rotundo que esta noche, algo le aplacará la ira. No sabe él qué será. Pero este ardor que le tiene consumido, terminará esta noche.

* * *

De pronto, todo su cuerpo saltó con el deseo.

Se escondió tras un tronco; gozando, ¡con goce enorme que lo baña en sudor!!!

Por el caminito de la hacienda los pasos de Gregoria quebraban ramitas y hacían sonar las hojas secas.

¡ESTO ERA LO QUE ÉL ESPERABA!

Su goce se afirmó.

Cuando pasó al lado, Julián se le agarró a la cintura.

Ella se le encogió en los brazos, mirándolo. Sin sorpresa, salieron sus palabras.

–¿Qué fue, Julián?

–Gua, ná. Que te vas a i conmigo po ahí mismo y... ¿ah?...

Ella no dijo nada.

Quedó tranquila con los ojos bajos.

Así era el que estaba buscando hacía tiempo.

Julián, rozándole todas sus blanduras, la empujaba hacia el matorral de los cafetos.

La agarró por los brazos regordetes y se la apretó en la carne mordiéndole los labios.

–Andá, pué, que yo sé que te guta. Andá, pué, que te voy hasé gosá!...

Fue con rabia.

Ella sollozaba de profunda tristeza gozosa.

En él, el goce era mil goces de odio maravilloso; mil goces de goce; mil goces del daño que le estaba haciendo a Pedro.

Gregoria reía llorando.

Era éste a quien ella buscaba.

Era EL.

* * *

Ya a la madrugada se separaron. Algún canto de gallo les avisó.

Julián llegó con ella hasta la casa.

–Se lo cuentas a tu marío, ¿verdá, mi amol?

Le agarró la nalga dura tras el grueso faldón.

¡Mi negro!

Fue el último beso mientras las manos de Julián la tocaban toda: los pechos temblones, el vientre blando, el sexo entre las enaguas.

–¿Se lo cuenta?

—Seguro... Y sonrió con la picardía de antes.
El también le dio su sonrisa blanca.
Eres una buena mujesita, negra.
—¡Mi amor!...

Capítulo VI

Julián está, orillas del río, pensando. Pensando.

El amor le calmó los pensamientos; y, por más que intenta enmarañarselos, no lo consigue; no logra salir de su marasmo.

Dentro de su cabeza, algo que nunca tuvo antes: Incertidumbre.

Jamás se ha parado a pensar qué va a suceder; y, hoy, teme —tiembla— por estas horas del amanecer.

Si el viejo sabe lo de la mujer, ya se va a formar la sampablera... y si no, él queda como un muchacho.

Hay que decirlo en el pueblo, si es que todavía no lo saben.

Después, lo que haya de pasar pasará.

—¡Uhu...! Ni siquiera tiene un buen cuchillo...

El río hace una vaga resonancia entre los ruidos de la madrugada. El aire comienza a moverse con las primeras claridades del día.

A pesar de todo, hoy amanecerá, como siempre.

¿Habrá salido ya el viejo?...

Seguro que ya sabe la cuestión. Alguien ha tenido que verlo anoche con Gregoria.

El pueblito duerme siempre con los párpados entornados.

Y ¿si quiere Pedro caerle encima a la mujer?...

Hay que avisarle. Porque ella no tiene la culpa de nada.

—Es una buena mujesita.

¿Habrá salido ya el viejo?...

Julián se levanta. Por el caminito, blanco de madrugada, suenan apenas sus pasos. Ante la puerta de Pedro queda quieto.

—¿Quién é?

Fue la voz de Pedro, voz agria de macho viejo, que preguntó.

Julián corre en silencio y se esconde tras la pared blanca de otra casita.

Saca Pedro la cabeza y frunce el entrecejo al no mirar sino árboles, sombra y cielo. Refunfuña y cierra apresuradamente.

–¿Quién tocó?...

–Nadie.

–Mirá, Gregoria. Me vas amolá bien el machete ¿sabe?... Porque el Juliancito ese como que quiere armá el saperoco.

Gregoria tiembla: ¿por qué dice él de Juliancito?, ¿qué ha pasado entre ellos dos?

–Nada. Cuestione del trabajo. Que salió con capachería y hubo que haselo callase a puro plan de machete. Y ahora como que quiere cobrase.

Gregoria tiembla. Son muchas cosas las que siente para quedar tranquila. Por "trabajar" al viejo, fue que Julián la buscó.

¡Y ella, que se había creído tantas cosas!... ¡Y ella que había pensado que él se la iba a llevar del pueblo!...

Todo el rencor que le han ido poniendo contra Pedro los últimos años de vida común, lo tiene tras de los párpados caídos.

–Viejo maluco. Viejo sinvergüenza. Algo le hizo a Julián...

Palabras de su antigua vida le brotan al contacto del recuerdo del negro: –Negro sabroso...

La luz de las brasas la alumbra en rescoldo.

–¿Qué hubo del café, pué?

–¡Concha!, ¡qué apurao!... Un momentico.

Llega con la tacita en las manos.

–¿Qué tiene, mujé?... Tas temblando...

–Frío que tengo.

El se la queda mirando. ¿Como que está enferma?

–No. Frío no má. Que la mañana como tá neblinosa. Además, que apena he dormío...

Pedro suspira. No sabe por qué.

A veces, hay que suspirar.

–Amuela bien el machete, pué. Que corte un pelo en el aire.

—Bueno. Ya voy.

Hoy, Pedro la está tratando dulce. Pero, en su pensamiento, no deja Gregoria ni un rinconcito para la lástima. Todo en ella es rencor. A su lado el hombre suspira. Pero ella está ajena a ese dolor.

Por su costumbre de esclava, baja los ojos. En la penumbra del cuarto su figura es humilde, como en genuflexión.

Pedro, al lado de la mesa, fuma su tabaco grueso.

—Y ¿el muchacho, Gregoria?

—Gua. En la cama.

—¿Toavía?

—¿Y cuándo no?

Pedro llega hasta la camita. Allí está el chiquillo mirándolo asombrado.

Ya está grande, piensa Pedro. Ya podría ayudarlo en el trabajo aunque fuera llevándole la totuma de agua cuando tenga sed.

—¿Cómo tá, m'hijo?

—Bueno, taita.

Juancito habla asustado. No suele tener esos cariños con él el viejo. Ahora le está pasando la mano por la cabeza. El muchacho lo mira. Lo mira. Al fin sonríe.

—Levántese, que ya es tarde.

—Ajá, bueno. Váyase, pué, pa levantame.

—¿Y qué jué? ¿No se pué levantá alante mío? Lo do somo macho...

—Ya voy, pué.

El viejo se va.

—Gregoria. ¿Ya tá el machete?

—Aquí tá. Sobre la mesa.

Pedro suspira. Mira despacio a su mujer. Se le acerca. Va a hacerle cariños, pero ella baja los párpados oscuros.

—Mujé. Haz que el muchacho se levante temprano. Se va hasé flojo. No va a serví pa ná.

El beso se le muere en los labios.

Al abrir la puerta, la primera luz de la mañana acaricia el machete, corriendo sobre él sus pies de plata.

Gregoria queda, los codos en la mesa, vaga la mirada entre sus manos anchas.

Ahora en su cabeza ni un pensamiento fijo.

Ella está allí. Perdida entre la vaga claridad del cuartucho. Presentida como el vago resplandor rojo de las brasas en el anafe.

Ella está allí. Pequeña, impasible.

¿Quién que la hubiera visto antes –en el Pueblo Mayor– hubiera supuesto este triste no ser?

Ella está allí. Impasible, pequeña.

Sus ojotes negros, abiertos sobre la nada.

No piensa. No siente.

En la puerta un golpe seco y Gregoria salta, abiertos ya los brazos.

–¿Quién?

–Yo, negra.

Por la puerta, junto con luz estruendosa, entró Julián.

Ella, se murió entre los brazos que no le dejaban movimiento.

Sobre sus ojos la sonrisa blanca del hombre.

De pronto la deja. Vino a pedirle un machete.

–Coge ése. Ta bien amolao.

El negro agarra el trozo de acero. Pasa por el filo, la yema callosa del dedo. Queda grave y torna a sonreír: Ya sabe la negra. El viejo debe estar como loco...

–Cuidao...

–¿Cuidado?, ¿cuidado de qué?

Otra vez la besa. El beso es para Gregoria como si la estuviera desnudando. El grita pasito sobre su oído, gritos raros del campo.

–Mi amor...

Julián ríe mordiéndole en cariños la naricilla respingona. No sabe irse ahora que está con ella.

Gregoria no piensa en nada. Su negro está sobre ella. Sobre su alma a flor de piel. Sobre su instinto cerrado tantos años.

Hay un temblor sobre la piel trigueña.

–¡Mi negra!...

Y, de un salto se va cerrando: –Hasta ahorita.

Gregoria, sin saber qué hacer, rueda sus manos por todo el cuerpo estremecido. Así la dejó el negro, como rama frágil movida de viento.

* * *

De repente el grito:

—¡Párese, gran ajo!

Y el otro grito que le ilumina la conciencia: el viejo está muerto.

* * *

—¡Vamonó, anda! ¡¡¡Corriendo!!!!

—¿Sí?, ¿siiiiii?

El la hala hacia la mañana.

Por un camino rojo, pulido de las aguas, la hace correr.

Se van.

Por ahí

Hacia allá.

El horizonte es dulce.

Julián suelta su grito salvaje.

Capítulo VII

Nació en cualquiera parte. Fue chiquillo barrigón y, al fin, mozo robusto. Hijo de negros, negro fue. La morenez le quedó para siempre.

Tenía la nariz chata, gruesa. Los ojos enormes, perennemente abiertos de sinceridad. La boca grande, abultada, oscura. La risa blanca y grandota, que lo desnudaba en tono estatuario y salvaje.

Así, Julián Ponce.

Altivo, lleno de vida, orgulloso de su plenitud; en los corros de amigos estira el tórax y todas las miradas se van tras de sus andanzas.

Pone alta la cabeza salvaje, suelta los botones del liquiliqui y se ofrece a la admiración de los otros.

Dice su vida. Siempre en sus labios el cuento que da a sus actos relieves brillantes.

* * *

Para sujetar los pantalones lleva ancho cinturón de soldado.

Es de sus tiempos del ejército. Hace tiempo, peleó contra una revolución en Oriente.

Y, entre sus oyentes, admirados, va soltando sus conocimientos.

¡Sí que es bueno pelear!...

¿La guerra?... No es cosa que pueda hacer cualquiera con tranquilidad. Generales ha visto él, salir corriendo.

Porque, suenan los tiros y uno se encuentra sin saber qué hacer. Y las piernas se mueven solas.

–¡Caráaaa!... Lo que pasa es que uno, al fin y al cabo, se acostumbra. Es decir, no todo el mundo, que algunos conservan toda su vida el miedo a las balas.

Sí, señor. Una vez fue soldado.

(El asombro abre las bocas redondas como de peces).

También ha sido cargador de bultos en Caracas y caletero en el muelle de La Guaira. Y cortador de caña. Y de todo.

¿Qué no ha hecho Julián Ponce?

Los hombres machos sirven para todo.

Por eso va siempre acompañado. Para las parrandas y borracheras son necesarios su carcajada y su griterío. Y su brazo también, por si alguna pendencia.

En su derredor perenne atmósfera de admiración.

* * *

Hoy, sin embargo, Julián tiene que huir.

Mató al viejo Pedro y tiene que escaparse de todo el mundo.

Gregoria entra a los pueblos a comprar lo necesario y vuelve a reunirse con él que espera escondido.

Siempre en el monte. Acorralado, como animal en cacería. Durmiendo bajo cualquier mata. Hablando siempre de sí mientras acaricia a la mujer.

Contando sus cosas:

Una vez en Caracas...

Gregoria lo mira humilde, la cabeza apoyada en las rodillas.

Una vez en Caracas...

–La cosa fue así, Gregoria:

Ella se llamaba Mary. Se escribe Mary y se pronuncia Meri, que es como si tú dijeras María. Porque es nombre inglés, y los ingleses escriben de un modo y hablan de otro.

(Esto me lo contó ella).

Entonces yo era carretillero y cargador de bultos del almacén de Bacon que es uno de los grandes de Caracas.

Yo estaba jovencito, como de dieciocho años, y era un poco menos fuerte que ahora, aunque tenía la fuerza *burreá*. Me montaba encima dos y tres sacos de maíz, o de harina, o de azúcar; que es como agarrar treinta o cuarenta kilos.

El señor Bacon tenía una hija que se llamaba una cosa así como Yguebor. El era alemán, y la hija se llamaba así, con ese nombre tan raro. Iba todos los días al almacén y nunca se metía con nosotros los peones. Nadie la veía, sino yo, que me ponía a mirarla de lejos. Porque era bonita; y trigueña como cualquier venezolana.

(Una vez, yo le pregunté a la otra, y me dijo que la alemana no era alemana sino por mitad, porque había nacido de una negra cocinera del viejo Bacon).

Bueno. La niña esa Yguebor, iba todos los días al almacén. Decían que ayudaba mucho al viejo en su trabajo. El caso es que se metía en la Oficina y no salía sino cuando se terminaba todo, del brazo del viejo y con los ojos bajos.

Un día vino a buscarla la mujer de mi cuento: Mary.

Esta sí era rubia; con unos ojotes claros. Claritos y azules. ¡Y la carne blanca! Y unas uñas largotas y brillantes. (Ella me dijo que se las pintaba y que por eso las tenía así).

Bueno. Ese día yo estaba en la puerta esperando que pagaran los reales de la semana. La tal Mary llegó en un automóvil chiquitico. Saltó. Se me quedó mirando. Se me acercó.

Me preguntó si la alemana no estaba. Yo le indiqué la Oficina y ella me dio las gracias.

¡Tenía una voz sabrosa! Hablaba como si te estuviera haciendo cosquillas adentro, en el estómago.

Después salió con la alemana y me volvió a mirar y se sonrió.

Tenía la boca chiquitica y colorada. (Ella y que era por la pintura. ¡Qué va! La tenía así, porque a Dios le dio la gana de hacer una cosa bonita).

Después, venía todos los días. Y, al fin, una vez, mientras salía con la otra, me dijo: –Adiós, Julián.

Yo le contesté; y ella en el automóvil se reía –¡más sabroso!– mientras la alemana la reprendía por haber saludado.

Al día siguiente, al entrar, me saludó otra vez: –¿Cómo estás, Julián?

Yo, me quité la cachucha y le di los buenos días.

Se rió. Estaba linda así.

Ella usaba una melenota rubia toda revuelta y parada, y no sombrero como las demás señoritas de allá.

Y así todos los días hasta que una mañana se paró a hablar conmigo.

Después de saludarme –y como yo le había dicho señorita– me dijo: Yo me llamo Mary. Cuando estemos solos dime así.

Le dije que bueno. Pero estaba todo azorado, sin saber qué hacer.

Ella se fue riéndose, riéndose. Y a mí me dejó todo caliente, porque no había sabido decirle nada.

Cuando salía, del brazo de la alemana, me miró como sin mirarme, burlándose de mí con los ojos.

Al día siguiente, fue peor. Llegó a decirme, que si yo supiera manejar automóvil, ella me tendría de chofer, para tenerme siempre cerca.

¡Qué caray! Yo me envalentoné y le dije: ¿por qué no me enseña, pues?

Entonces, se puso muy seria y, ni al salir ni al entrar, en una pila de días, ni siquiera me veía. Pasaba delante de mí seriecita, con la cabeza parada.

Y yo mientras tanto, más triste que el carrizo, buscando algo que decirle; y, en cuanto la veía, me azoraba y *ni pa trá, ni pa lante.*

Hasta que, al fin, un día, de repente, me agarró por un brazo y me dijo: Esta tarde, te espero cuando salgas.

Yo no sé si al propósito o no, el caso es que esa tarde salí tardísimo. Como a las siete. Porque la Yguebor me dio mucho trabajo.

Sin embargo, Mary estaba en la esquina, sacando la cabeza del autico.

¡Métete ligero!

Y me abrió la puerta.

Hizo correr el auto y ninguno de los dos hablábamos. Por fin paró, en un recodo de la carretera, que era camino de una hacienda. Por la carretera de Guatire fue.

Bueno. Paró el auto y se me quedó mirando. En un momento se me tiró encima a puro abrazo y beso. Me hizo un sin fin de cosas, de cariñitos, y me miraba.

Yo no desperdicié el tiempo.

Sin más, ni más se puso seria.

Ya está, me dijo.

Se puso seria y agarró el volante.

Me dejó en el almacén. Pero nos dimos un besote largo.

En los otros días no fue a buscar a la alemana y me tenía con la cabeza gacha; pensando en qué la habría disgustado.

* * *

Una tarde me mandó llamar la niña Yguebor a la Oficina.

Lo mismo que cuando hacía cualquier encargo me dijo: —Mire, Julián, la dirección de Mary es tal. Ella lo espera esta noche a las doce.

(Las mujeres de Caracas sí que son raras. ¡Concha!).

Yo estuve yendo muchas noches y ella, Mary, lloraba en la ventana. Y me besaba triste.

Yo, de verla así, le propuse que viviéramos juntos. Esa noche me dijo que no volviera más. Y cerró duro el postigo.

* * *

Yo, a veces me acuerdo de ella.

Era linda. Y se enamoró de un pobre negro como yo.

Cuando la recuerdo me dan ganas de irla a buscar; para que me bese. Largote, como ella hacía.

Pero yo no la he visto nunca después. Porque ahí mismo yo seguí mi vidita brincando de acá para allá y de allá para acá.

Ella, seguro que anda todavía en su automovilito. O quién sabe si se casó.

* * *

Julián calla sonreído.

–"Era rubia y se enamoró de mí que soy un pobre negro..."

El tono jactancioso quita toda la humildad a la frase. El calla mirando a Gregoria.

–¿Tú la quería?

–¿Yo?–y se ríe tranquilo–. No ha nacío la mujé que me haga sufrí. ¿Que si la quería?... Sí. Me gustaba. Pero también me gusta tú.

* * *

Es noche oscura, tranquila. Julián quita de sus hombros la gruesa cobija azul y roja, peluda, suave.

–¿Dormimo, negra?

–Vamo a dormí.

–Mira. Dentro de poco, taremo tranquilo. Me voy a dejá bigote; me voy a raspá el coco con número cero. Así ¿quién me va a conosé? Viviremos tranquilos. Acuéstate, pué.

El sigue pensando en alta voz: Seguro, que ya ni lo buscan. Está muy lejos Caracas... ¡Sí que es buena Gregoria al acompañarlo! Lo hubieran agarrado ya si no hubiera sido por ella.

—¡Poresita la negra!... ¿tú me quiere?...

Pausa de cariños.

—¡Qué va, vieja!, ¡yo no voy pa la carse ni agarrao por las narise! Ademá ¡qué caray!, si yo no mato al viejo, me mata él a mí. Si él fue quien se me tiró encima primero. Lo que fue, que le pude sacá un lanse y ¡muerto el toro!

Ella se echa en sus brazos y lo besa en la boca cerrándole las palabras.

Así se pasó una noche –oscura y con estrellas– bajo unos árboles.

Capítulo VIII

Luego de un mes en que hacían linda pareja errabunda, huyendo de enemigos que podían estar en cualquier parte, creyó Julián que ya no lo perseguirían, que en el pueblo lo habrían dejado como definitivamente escapado.

Sucios, miedosa ella de cada mirada, él tranquilo, entraron en la blanca calle asoleada que era a la vez carretera, y a cuyos lados se desprendían las otras callecitas del pueblo, flacas y amarillas.

Julián estiró el pecho más que nunca, para agarrar en su modo altanero la confianza de los que trataba. Por eso consiguieron alquiler de una casita y, en la pulpería más grande, entró él a trabajar.

* * *

Lo que iba siendo ella.

Luego de terminar su trabajo de lavandera, se lava, se peina, se arregla. Rosada su trigueñez por una felicidad madura, lo espera mientras zurce alguna ropa, sentadita a la luz de la ventana.

Siente por Julián, no aquella aguda angustia de deseos, sino tranquilidad cariñosa y agradecida. Con estas suaves cosas, cree ella que encontró el amor, y moriría por el hombre que le regaló

su vida. Le parece a ella, que algo nuevo brotó en su ser por Julián y solamente para él.

Hoy lo espera.

Ya oscurece la tarde tras de la ventana y Gregoria se asoma sobre la calle solitaria.

Toda ella salta de sus pensamientos al oír el grito de la vecina Manuela:

–¡Lo metieron preso a Julián!!!...

Alzó un alarido llevándose las manos al vientre. Como sintiendo niño suyo el dolor de su hombre. Como si se lo hubieran arrancado antes de parirlo, llevándose con él sus entrañas.

–¿Pa ónde?

–Po el camino e Guarato.

Muchas cosas se le murieron a Gregoria en el llanto.

* * *

Lo que iba siendo él.

Julián gozaba mucho al principio. Se sentía alegre sin causa, y era que Gregoria le purificaba el ánima, dándole a sus actos frescor de mañanita. En su torno, la atmósfera dulce y suave, como si todas las gentes y todas las cosas miraran con asombro su arrogancia maravillosa.

Julián gozaba mucho.

Pero poco a poco, ese mismo goce eterno que era su vida, le iba cansando.

Buscó razones.

Si él nunca tuvo sino maneras de pendencia, ¿por qué se iba haciendo tranquilo?

Acaso era el trabajo de la pulpería de Ño Salvador: ¿él, como si fuera un muchacho, colgando ristras de ajo, alineando papelones?...

Iba a terminar como cualquiera de esos bobitos del pueblo.

Y eso nunca.

Todo el mundo tiene que saber que él es Julián Ponce, que su vida está llena de cosas de macho.

Por eso, al salir del trabajo, Julián enarca el pecho, levanta la testa y parece como apoyado en un pasado de maravilloso prestigio fuerte.

Sin embargo, cuando el pueblo lo agobia demasiado, abraza a Gregoria, y le dice que se irán para Caracas donde él trabajará duro, donde él ganará real p'alante.

Se irán.

Se van a ir muy ligero.

Y, mientras le dice todo esto, le acaricia las orejas, donde luce el brillo redondo de unos aros que él le regaló.

–Nos vamo, negrita. ¡Eso é así!

En Caracas vivirán en una casita bien arreglada. Irán al cine. Y al beisbol. Y al boxeo. Ella tendrá buenos vestidos, como los de las pollas ricas.

Eso esperaba Julián. Su vida era una vida en compás de espera.

Y, de repente, todo roto.

El porvenir en el suelo, como una estrella caída.

No sabe él, cómo fue, ni cómo está en las manos de ese "maleta" flaco flácido y blancuzco que lo lleva ahora, rodeado de una pila de hombres por el camino.

–¡Maldita sea!

Ya todo se perdió.

Entre el corro de vecinos pasa indolente, mortecino. Lo meten por un camino polvoriento.

Al fin comienza a darse cuenta de las cosas.

El hombrecito flaco entró en la pulpería y preguntó: ¿no es usté llamao Julián Ponce?

Y él contestó: sí, señol.

Y ha sido todo esto que parece mentira. Y ha sido, que va por el camino preso.

Julián mira a los que lo llevan.

–¡Gua, si é Pablo José!, ¿cómo tá, compae?

–¿Cómo tá, Julián?

–¿Me llevan otra vé p'al pueblo?

–No. Pa Guarato.

Pausa.

–¿Ya hay testigo de que jui yo?

Ujú

–¡Qué vamo hasé!, ¡yo creía que m'iba a salvá, pero llegaron de sorpresa!...

Queda silencioso. Ninguno de ellos vale para arreglarle una alpargata y, sin embargo, está preso. Sin pensar, se pone a murmurar su nombre: esto le ha pasado a él: a JULIÁN PONCE.

–¿Qué se le ofresía, compae?

–Na. Naíta, Pablo José.

* * *

Pasa el tiempo. Caminan. Caminan.

Ya va atardeciendo.

Antes, él, a esta hora, terminaba el trabajo y se iba a pegar palos en la pulpería del pueblo.

* * *

–Mi vale, yo lo soltara, pa que camine al lao. Pero toy seguro de que se va a dir.

–¿Yo, compae? Se lo juro que no. Suélteme, que me tá molestando mucho la cadena.

El flaquito se opuso: No, si va bien así.

–Aflójeme, compae, que no me voy. ¿No me va a creé, si se lo toy jurando?...

Pablo José habló un rato con el flaquito. Después volvió al lado de Julián. Lo iba a soltar: –Cuidado con cuestiones.

Un rato fueron caminando en silencio. De repente, saltó Julián y sonó un tiro. Y la voz tranquila del hombrecito flaco: ¿No se lo desía?... Ahora vamos a tené el trabajo de llevalo en camilla.

Julián estaba tendido en el suelo. El tiro era en una pierna.

–¡Ah, caray, compae!, como que me cayó mabita. Hasta ése me mete un tiro.

El flaco lo miró altanero.

–Tenga cuidao otra vez, ¿sabe? Poque ha podío salir mal.

¡Uté! amárrele un pañuelo en la caniya, que se va a desangrá si no. ¿Pué caminar?

–Seguro.

–Bueno. P'alante. Ahora no hay miedo e que se vaya. Sujételo que se va a caé.

* * *

A eso de las ocho llegaron a Guarato.

En la puerta de la cárcel –enorme casa de ventanas balaustradas– un hombre gordísimo reía y gritaba al ver llegar el grupo.

–¡Ah, cará!, ¡consiguieron al tersio!, ¡ah cará! Volvió la cabeza para dar órdenes y siguió su alegría estrepitosa, bamboleando en la risa la papada gorda y la barriga fofa y redonda. Cuando miró a Julián pálido y dolorido, le preguntó al flaquito:
–¿Y qué tiene?

–Na. Que y que se iba a dir...

–¿Ajáa?, ¿entonces es de cuidao?...

–De cuidao podía ser, ¿pero ahora?

–¡Ah Tiodoro este!

Y la risa bambolea toda la figura gorda del Coronel.

* * *

A Julián lo metieron solo en un calabozo grande y oscuro.

Mientras le cierra la reja el carcelero le pregunta cosas. Por fin se va, sonando las llaves.

Julián queda solo.

Siente malestar. Le duele mucho la pierna; y el suelo –frío y húmedo– se le pega a las carnes.

Seguro que tiene fiebre.

Mira largo rato la puerta. Unos cuadrados de la reja son claros y se marcan en los ojos al cerrar los párpados. Son cuadrados de cielo. Del cielo nublado. Los otros cuadrados son oscuros.

* * *

Sonó la voz de Miguel, el carcelero: una mujer le había traído a Julián unos corotos. ¿No se podía mover?

Julián ni siquiera contestó. Miró hacia la puerta con enormes ojos ciegos y brillantes.

–Bueno. Ahí tan los corotos. Una cobija. A ver si la alcanza.

Se la tiró. Al rozarle la herida, Julián soltó un grito.

* * *

Al fin durmió con una zarabanda brillante de relámpagos, voces y tiros sobre un fondo de voz tenue, sobre un rumor sordo y dulce: el pensamiento de Gregoria.

Era una locura: mil ángulos se le metían en el cerebro.

Un día él le regaló a Gregoria unos zarcillos redondos.

Los aros brillan, redondos.

Pasan las llaves del carcelero.

El hombre flaco. ¡Aaaaay!

Un tiro.

La zarabanda de relámpagos, gritos y sonidos dentro de la cabeza, rozándole los ojos como una bola molesta.

Durmió exaltado. Revolviéndose para volver a quedar tranquilo, luego de gritar al menor roce sobre la herida.

Y vuelta entonces a la bola brillante y a los gritos sobre los ojos. Y al rumor lejano. Y a los aros de Gregoria.

Brillo.

¡Aaaaaay!... Un tiro.

Dolor. Sonido. Relámpago. Color. Brillo.

Aros. Las llaves del carcelero. (Tin-tin-tin-tin...).

Y un tiro.

Julián duerme exaltado.

Capítulo IX

Despertó de repente. Dentro de sus oídos los cuadros de

fuego de la puerta. Se movió y –¡aaaaaajooooo! –no vio nada más.

De nuevo levantó los párpados. Dentro de sus ojos los cuadros de la reja. Y también, a veces, todo era oscuridad de puntos brillantes, o claridad de puntos negros. Y una gritería adentro como de grillos que gritaran más duro sobre la pierna que era una oreja ahí.

Se sentó. No podía hilvanar nada.

Llegó el carcelero, su voz: que no gritara tanto, ¿como que tenía fiebre? ¡ah, caray!, ¡seguro que por el tiro!, ¿no quería café?... Su mujer le había traído unos realitos... Buena moza ¿ah?... Bueno. Iba a abrir. Se acercó:

–Tome el café. ¡Si, oh, si es bueno pa la fiebre!

Julián sintió en los labios el frío del perol y tragó apresuradamente el café caliente.

–¡Cará, sí que tiene hinchao eso, cará! Se lo voy a desí al Coronel. ¡Cará!

–Mire, póngame contra la puerta, que la luz me tá trabajando mucho...

Miguel casi lo arrastró.

–¡Cará, se lo voy a desí al Coronel! ¡Sí que tiene eso hinchao!...

Julián se adormeció. Se le caía la cabeza.

* * *

De repente saltó. Frío se le metió hasta el tuétano.

–No se ponga así que le toy lavando la hería...

Era la voz de Miguel el carcelero.

Julián oía adormecido un zumbido de abejas muy fuerte. Como de 100.000 abejas que zumbaban sobre la pierna.

Durmió un poco para despertar con sed inaplazable.

¡Compae! –gritó en agonía.

Después de siglos llegó el otro.

–¡Agua, ande, agua!

–¿Y le voy a tené que abrí otra vuelta?, ¿no le dije que qué necesitaba?

Le escanció el agua en los labios y no sintió más nada Julián.

* * *

Cuando abrió los ojos, Miguel estaba adelante.

–Has estao dormío día y pico. Hasías de todo como sin sabé. ¿Cómo te sientes?

–La cabesa...

–¡Ah, eso é er clorofol!.... Si te hisieron operación y tó. El coronel, que y que pa qué te habías querido huí, pero te mandó méico.

–Me duele mucho la pierna.

–Claro. Pero ya estás bien... La mujé viene to los días. ¡A mujé buena moza!... Siempre le trae plata. Yo se la tengo guardá ¿sabe?

–Oiga. ¿Cuándo...?

Julián no dijo más. Se quedó triste.

–No piense en lo que no tiene que pensá. Duerma y quéese tranquilo.

* * *

Poco a poco fue curando.

Cojeaba todavía, pero ya andaba por el calabozo y conversaba largo con Miguel.

Hablaban de ellos, de la vida, de las mujeres, de Gregoria. (Buena moza ¿ah?).

A veces callaba Julián, se azoraba y terminaba por preguntar siempre lo mismo.

–Compae, ¿cuándo va a sé la cuestión?

–No piense en eso.

Pero la conversación se cierra.

***

Una tarde, luego de traerle la comida, al cerrarle las rejas,

Miguel le dijo, que a la mañana siguiente lo llevarían a Caracas. Que en Caracas era donde lo iban a juzgar. Le dijo además algo de jurisdicciones, de tribunales y del Coronel.

Bueno. Total, eso: lo mismo: ¡que cayó! Y cuando ya creía que estaba seguro. Cuando comenzaban la tranquilidad y la vida de un modo nuevo y dulce. (Un modo de vida que se llama GREGORIA).

El otro –Miguel– le dice a cada rato que es buenamoza.

Julián, dentro de poco, no podrá decirle nada. Nadita. Ni tocarla. Ni siquiera oír que alguien diga: es buena moza Gregoria. Ella se terminará.

* * *

El patiecito de la cárcel, tras la reja, va tomando tonos claros.

Es el atardecer.

Luz pálida.

Ahorita es noche. Y Julián no podrá dormir. Mañana lo llevan a Caracas.

Son las manos largas que saben de jurisdicciones y de tribunales. Harán de él lo que quieran.

Como un atardecer –clarita– era su vida. Pero ya va anocheciendo.

Cuando sea noche cerrada, no podrá dormir.

Aunque enarque el pecho y eche atrás la cabeza, sucederá lo que esas manos largas digan.

Ya es noche. No podrá dormir.

Pobre mujercita Gregoria.

Esa sí que lo quiere.

El le regaló unos aros.

* * *

Al día siguiente lo llevaron.

Era la madrugada, noche todavía, y, sin embargo, allí estaba Gregoria sollozando.

–¿Se va a quedar tranquila la negra?...

Ella lloró más alto y Julián siguió hablando: no se preocupe la negrita. Ya volverá él. Ya le contará Miguel lo que vaya pasando. Total, después de unos años, VOLVER.

–Quédese tranquila, negrita.

Pero para Gregoria no hay razones. Sigue su lloro largo. No porque él se va, ni por esto, ni por lo otro, sino porque hay necesidad de llorar.

Tiembla y llora la mujer abrazada a Julián como al término de su esperanza.

–Adió, mi amor.

Y suena una voz agria: –Vamo, pué. Y a dejase de lloriqueo.

Entra Julián al auto, suena el motor; y una polvareda se alarga hacia el coche en carrera.

El pañuelito en la mano.

–Aaaaaadioooooo...

El pañuelito en la mano.

Gregoria siguió llorando bajo la noche grande. El recuerdo de otra noche semejante se le hace vivo. La voz de Julián decía que "ella se llamaba Mary"...

Bajo la negrura de los cabellos, la luz redonda de los aros que él le regaló.

Gregoria los acaricia.

Es lo único que queda de su amor.

CAPÍTULO X

Gregoria siguió en su oficio de lavandera. Alquiló un cuarto pequeño y ahí vive, esperando eternamente las noticias de Miguel.

El hombre llega y con su compadreo simpático rellena la charla. Todos los días visita a la mujer que quiere mirarle antes de hablar, algo que se refiera a Julián.

Los "novios" revientan colorados en la ventanuca y Miguel chancea.

En veces, llegó a tocarla pero ella cristalizó en seriedad el semblante y él tuvo que apartar la mano sin dejar la cháchara amable.

–Ah, caray. La negra se me puso seria. Dispense, que no la voy a matá...

–Gua. Se toca con los ojos y se ve con las manos...

–Pues yo vine a traerle noticias del negro. Ahora que si está tan brava...

Ella se le acerca: –¿Qué sabe?

–¿Ah, sí? ¿Pa desile cosas del negro sí?

–Dígame pué, qué pasó.

Toavía ná.

* * *

Al fin un día se lo dijo: para el Castillo de Puerto Cabello. Cinco años.

La mujer lloró. Lindo el rostro moreno iluminado, lleno de tristeza renacida como si fuera primer día de llanto.

Miguel le roza los brazos morenos, le acaricia el pelo crespo y negro. Y ella se deja hacer fría y ausente. Apenas lo sentía.

Agradecimiento le derrite las lágrimas: CINCO AÑOS DE CÁRCEL.

Despertó de repente, haciendo un movimiento como de apartarse de aquella pegajosa admiración del carcelero.

–Quédese quieto.

Y secó las lágrimas.

Miguel entristeció: que no se ponga así la comadre; que lo pone en mal trance y después se arrisca.

Se sentó en el silletón de cuero grueso echándolo hacia atrás hasta apoyarlo en la pared blanca de cal y quedó mirando a la hembra trigueña, descuidada en el llanto. Un hombro lucía redondo y los pechos iniciaban su plenitud fuera del vestido. Los aros de oro le alumbraban el rostro de perfil ante el hombre.

¿Qué piensa hasé, comadre?

Ella sintió fuerza y cariño en la pregunta y se volvió para mirarlo de frente.

–Me voy p'al Puerto. Téngalo por seguro.

Hubo una pausa. La luz naranja del sol muriente –sol de los araguatos– echó perfiles de bronce sobre todas las cosas. Luce linda Gregoria, y Miguel siente una grande tristeza. Con su mano callosa y fuerte bota de la cabeza esos pensamientos.

—Ya sabe la comadre que toy a la orden pa todo. Pa todito.

—Grasia, Miguel. Sino que me va paresiendo que le traigo la mabita a to el que se mete conmigo.

—No diga vasiedade.

Y se fue, cerrando duro.

Ella se asomó a la ventana: —Ah, Miguel. Tengo que hablarle.

—¿Ahorita?

—No. A la noche mejón. Ahorita no sirvo pa ná.

La voz se le ahogó en sollozos tranquilos. Su perfil se hundió en la sombra, mientras el sol hacía saltar un rato aún el rojo de las flores en la ventana.

* * *

Miguel siguió la calle, empedrada y con vueltas, hasta la Cárcel. Al llegar a la puerta, paró los pasos ante el Coronel: ¿me va a necesitá esta noche?

—No, mi vale.

—Entonse, voy a llegá si acaso a la madrugá.

—¿La mujesita del tersio aquél? Y, sin dejarle tiempo a la respuesta:

—Tenga cuidado, ¿sabe? Con mujé ajena no se meta. Siga el consejo, ¿sabe?

—Si ella tiene amo, é poque quiere. Pué que cambie de opinión. Mientra tanto, necesita que la ayuden y aquí toy yo.

—Mire, Miguelito, no se meta con mujé de otro, ni pa bien ni pa mal, ¿sabe?

—Bueno.

Y comenzó a caminar.

La voz estridente del Coronel panzudo lo persiguió un momento: "Te va a trabajá. Te va a trabajá".

Miguel se fue. Dobló la esquina y correteó de aquí a allá.

En la punta de una calle estaba la placita minúscula, blandamente oscura.

Miguel se tendió en un banquito y se puso a mirar hacia arriba. Suspiró: ah, caray, Miguelito. Y sonrió tristemente.

Pensó. Cosas tristes. Comparaciones con la realidad soñada que nunca va a llegar. Por eso, dice: ah, caray, Miguelito; y luego: al carriso to el mundo, a parrandeá esta noche y más ná. Ahora seriesito. Depué de hablá con ella será otro cantar... Mujere. Que no sirven sino pa trabajá la pasiensia.

Recuerda las palabras de Gregoria: "si parese que llevo la mabita al que se mete conmigo...", y se compadece: –Poresita la negra.

* * *

Ya era noche. En cada esquina, sobre el tope de los postes saltó la luz. Ahora, Miguel, el carcelero, va a comer. Camina las calles de todos los días, y mira el letrero como si fuera la primera vez: RESTORÁN. COMIDA A LA CARTA. CAFÉ TINTO Y CON LECHE.

* * *

Gregoria está esperando. Bajo la luz temblona de la vela anuda un gran paquete; y, de vez en cuando, mira hacia la puerta, de agujeros plateados por la luz de la calle que se ve al través de ellos.

Cose la tela del paquete, y espera.

Ya está tranquila. Con tranquilidad dolorida que parece pintarle un temblor, que no se viera, sino que se pensara, en sus ojos.

Espera y cose.

Al fin, abre la ventana. Queda allí, tras de las flores grandotas que tienen un olor desagradable de polvillo y perfume.

Gregoria mira al cielo: estrellitas, estrellitas; picoteo de luz. No hay luna, sino estrellas, innumerables estrellitas. La noche está fresca, como tras una lluvia.

Se oye la voz de Miguel: Vine. Aquí toy.

–Pasa. La puerta tá abierta.

(Ella lo había llamado porque estaba triste y necesitaba conversar su pena, diluyéndola en agua mansa de bobas palabras sin sentido).

–Habla, negrita, habla. Tenemo tiempo. No voy a dormí esta noche, sino a parrandeá.

–¿Vas a parrandeá?... Bien hecho.

(Si ella fuera como antes, también iría a reír entre los brazos de un hombre, mientras Julián se borrara en neblinas de olvido. Pero no es posible. Quiere a Julián entera).

–¿Y qué? Es bueno queré.

–Sí es bueno –dice el hombre.

(El se siente con la tristeza apretadita y cariñosa. Pero Gregoria está lacia y decidida).

Hablaron largo rato. El le hacía cariños, hasta llegó a besarla.

Y ella: --No, chico.

Ta bien, pué. Yo me voy. Siquiera déjame quedame acompañándote...

–No, no... Anda a parrandeá.

–Tá bien, pué.

Al llegar a la puerta volvió la cabeza: --¿Con quién te vas, Gregoria?

–Felipe Bolívar me va a llevá.

–¿Hasta el Puerto?

Ella afirmó con la cabeza.

* * *

Al salir a la calle un viento helado en derredor de Miguel.

Ahora –¡írpica!– aguardiente, mujeres.

El tuerto Juancho "que es una fiera con la guitarra grande". Real no falta. Lo que hubiera sido para ella. Ahora, para cualquiera. Las mujeres no están escondidas.

A la media noche, nació en los labios de Miguel el galerón llanero.

En la madrugada tocó a la puerta de Gregoria.

–¿Anjá?

E Miguel.

–Pase.

Se quedó mirando a Gregoria.

–No he podido emborracharme.

–Verdá.

Y ella sonreía.

–Sí. No he podío.
(Pausa).
–Bueno. Ahí tiene por si necesita algo p'al camino.
–Grasia. Lo cojo poque sé que me lo da con buena intensión.
Cuatro fuertes sonaron su plata en la mesa oscura.
Miguel seguía triste. El aguardiente no le daba sino una suprema sensibilidad. La cabeza estaba clara, sobre todo para sentir esa tristeza.
–Vamonó, compae.
Gregoria se había echado un pañoloncito oscuro sobre la testa morena. Salieron.
La callecita oscura aumentó el ruido de los pasos.

Capítulo XI

En medio de la pared iluminada por el foco de la esquina, se abría la boca negra del ancho portalón. Era la ranchería de "Mendoza", donde esperaba a Gregoria Felipe Bolívar.

Tras el portal, todo era oscuro. Apenas se insinuaban los hombres, como sombras blancas. Sólo vivían las brasas de sus cigarros y las del anafe donde se calentaba el café. Los perfiles acentuaban tímidamente sus líneas en un rojo de rescoldo y los rostros se adivinaban oscuros al resplandor de los cigarros. La charla era un murmullo tranquilo del que saltaba una que otra exclamación, como saltaban las brasas de la oscuridad.

El frío mañanero juntaba a los hombres en derredor del café. Formaban un grupo sombrío, envueltos casi todos en la triple sombra que son las cobijas peludas y calientes, metidas hasta la barba.

Apenas traspusieron el portal Gregoria y Miguel, Felipe vino hacia ellos separándose del grupo. No traía cobija. Al contrario, del liquiliqui abierto, por encima de la franela, le saltaba el pecho moreno de carne y pelos.

–¡Gua! Ya tá aquí la comadre. Llegó bien temprano.

Se interrumpía continuamente, mientras sorbía del plato el café humeante.

—El macho, tá comiendo ahorita. Porque el camino va a sé largo. Si es posible, en Caraca, esta tarde. Auritica salimo.

El tono era franco y cariñoso. Le daba la impresión a Gregoria de que Felipe la estaba sosteniendo, amablemente, con sus manos callosas de buen amigo.

¡Bastante que se habían conocido en otros tiempos!

Antes, cuando ella abría a todos su casa y sus brazos, su cuerpo y su corazón, Felipe fue de los que llamó a la puerta.

Eran aquellos tiempos. Ella era mujer alegre, sin afanes de goce; con tranquilidad sabrosa y confiada. Muchos se iban tras ella mirándola como fuente escondida. Todos sentían esa íntima necesidad de tenerla cerca, que ella hacía salir como un perfume bueno.

En el tono de Felipe, en su rostro al prender el cigarro, miró Gregoria la pregunta. En seguida explicó, señalando a Miguel:

—Se vino a despedir, ¿no lo conoce? Un buen amigo.

Miguel se tocó el ala del sombrero, clara en la oscuridad.

—Grasia. Tiene un servidol en Felipe Antonio Bolívar.

—Lo mismo le digo. Por si un día tiene necesidá, Miguel Mélida.

—Grasia. Voy a vé si tá el macho pa inos, ¿no le parese, Gregoria?

—¡Cómo no!...

—¿No quiere café?, ¿no ha comío toavía?

—Sí. Antes de salí...

—Un momentico, pué. Y se hundió en lo oscuro.

Miguel se entristeció más.

—Uté no ha comío.

—¡Cómo no, Miguel! Ante de salí.

Felipe llegó: —Cuando uté quiera.

—Ya. Bueno, Miguel. Y grasia por todo.

¡Bueno!

—Adió.

Se fue Felipe y al momento volvió precedido del ruido de la carreta. Un olor fresco se movió en el aire.

—Traiga acá, comadre, los bojote. Ahí le acomodé un asiento lo mejó que pude. Venga.

La ayudó a montar.

–Adió, Miguel.

–Adió.

–Salú.

–Bueno.

Chirrió la carreta. Se oyeron, secos y rápidos, los pasos del penco. El farol de la esquina marcó los trazos del carro cándido y pueblerino. Huyendo de los belfos del macho, una larga hoja verde.

Miguel se apoyó en el portal. Todo su rostro es triste de arrugas y suspiro. En lo oscuro se oye un largo grito. Grito de carretero venezolano. Alma de sonido.

Miguel se apoyó en el portal.

Al fin dice: ¡qué caray! y se va hacia el pueblo. Comienza a sentir la borrachera como un descanso abotargador.

Suspira y camina las callecitas tortuosas y empedradas.

Toca una puerta: –Rosita, soy yo.

La ramerita, en chancletas, hinchados los ojos, abre el portón: –¿Ah, eres tú?

Miguel entra abrazándola y mordiéndole los hombros redondos. Un foco rosado alumbra el comienzo de la escena. La puerta se cierra con largo sonar de llaves, igual que se abrió.

La mañana insinúa una palidez clara y perlina entre los techos puntiagudos y los árboles lejanos.

Las cosas perfilan en negro sobre esa claridad de la madrugadita.

Capítulo XII

La carreta brinca por el camino desigual con golpeteo de tablas. Felipe camina al lado rumiando canciones que terminan siempre en su grito alargado. Antes --hoy rara vez-- este grito de aviso y llamada, se hacía en un caracol de punta aserrada. Era grito de indios marineros: la guarura. Voz oscura y gutural de caracol que vibra. Grito, o silbido, ronco.

Felipe rumia canciones y lanza quejoso, quedo, su grito. O grita limpiamente su canción.

Todavía está oscuro. De vez en cuando, el hombre interrumpe sus reflexiones musicales y habla a Gregoria. Es sabrosa esta charla, de voz a voz, en lo oscuro del camino.

–Comadre (él está alegre y campechano), vamo a yegá bien si el macho sigue como va. ¿Uté cree que llegaremo a Caraca?

–Gua. Yo no sé, Felipe.

–Sí vamo a llegá.

Pausa de canciones.

–Comadre ¿tá sabrosa la mañana, verdá?

–Sabrosasa. Y ¿po qué no se sube, Felipe, pa que no se canse?

–¡Sí, oh! y no se me había ocurrío. El macho no necesita rejón. Va ligero él solito.

Apoyándose, salta al carricoche.

Hace frío. Una brisa fresca mueve las puntas del pañolón de Gregoria. Ella se arrebuja más y más entre los pliegues oscuros.

Felipe enciende un fósforo:

–¿Gregoria, tú no fuma?

–En vese.

–Fuma ahora, pué. No me guta que me puea ve la cara y no vétela yo a ti.

–Bueno. Traiga.

La luz de las brasas enciende los rostros.

–¡Aaaaah, macho!, ¡cómo te cansaste!...

Al sonido de la voz, el animal comenzó de nuevo su paso rápido.

–Vamo a llegá hasta Caraca, si esto sigue así. El macho tá duro.

Felipe se asegura en la carreta. Estira las piernas. Fuma.

–Gregoria, ¿se recuerda enantes?

Enantes. El lo dice con sorna tranquila. Se refiere a los tiempos en que ella abría casa, cuerpo y corazón a todo el que llegara a su puerta.

–Sí me recuerdo, Felipe.

Lo dice sin tristeza. Su cara muestra una sonrisa muerta al resplandor del cigarro.

–Eran buenos tiempos ¿verdá?

En realidad eran muy buenos. El fue continuo amador. Y todavía quisiera poder hacer cunita morena de los brazos de Gregoria.

¿Para ella, eran buenos?

Ya ni siquiera sabe. Ha cambiado bastante.

–¿No le parece, Felipe?

–A mí me parece la misma.

La misma. Sólo que es como si no tuviera casa, ni cuerpo, ni corazón. Sólo que es como si ya no tuviera puertas que abrir.

–A mí me parece la misma.

–Se lo aseguro: ¡sí que he cambiao! He cambiao, to. Y sin sentí.

Felipe continúa: Eran buenos tiempos. ¡Bien se quisiera cambiar ahorita por él mismo entonces! ¡Sí que gozaba con cualquier cosa!...

Gregoria dice que ella recuerda aquellos tiempos igual a los de ahora. ¡No se cambiaría ella por la de entonces!, ¡qué va!...

Comienza a amanecer. Fría claridad.

–¡Oisóóóóóó!!!!, ¡macho!

Felipe baja de la carreta. Va a arreglar un buen toldo. Porque va a hacer un sol fortísimo.

El carro queda quieto. Y la lona blanca tiende su misericordia sobre la mujer, arrebujada más y más.

* * *

Ya es la mañana. Luz estupenda y amarilla del sol colorea en tono de circo la rusticidad paupérrima de la carreta.

Bajo el toldo los pensamientos, gráciles y brincones vuelan en el aire, sujetos por hilitos de oro a cada cual.

Gregoria, sobre todo siente en su carne dulce picor que le hace linda la sonrisa; que da a su tranquila severidad un tono de abandono; un tono de humosidad a sus contornos.

Carretera adelante. Tomaron café en un ventorro. Ella había traído sus cosas: casabe, queso y papelón que es bueno para la fatiga.

(El carro comienza a caminar. Hay una gran pausa de viento y calor).

A eso de las doce, llegaron a Baruta.

* * *

Baruta es pueblo tranquilo, silencioso. Ni un rumor.

El camino ha sido largo. Un tiempo cubrieron el cielo espesísimos nubarrones. Pero, generalmente, el sol hacía un horno bajo el blanco toldo. A las doce, han llegado al pueblo tranquilo y silencioso (¡ni un rumor!) que es Baruta.

En el restorán, un buen sancocho de carne y arepas, y el cafecito tinto. Tinto y humeante en la tazota oscura y desportillada.

Luego del almuerzo, descansarán un rato.

–Nos llegamos hasta la plaza un ratico –dice la mujer–. Recuerda que hay que dale de comé al macho.

* * *

La plaza. Uno que otro arbolito raquítico. En el medio un busto dorado del Libertador. Tierra amarilla entre las callecitas de cemento. En la pared, descascarada y sucia, de la pulpería de la esquina, el nombre en azul, borrado por las lluvias: LA RENASIENTE ITALIA. Tras el mostrador, el mocito rubio, de ojos enormes y azules.

Felipe lo mira al pasar: –¡Mira al musiuíto!, ¡parese una sardinita, de puro colorao y sucio! Y ríe junto con Gregoria, estremecidos ambos de un gozo libre.

Se sientan en algún banquito de la plaza. Entre los labios de Felipe, el humo espeso del tabaco.

El macho huronea y masca los granos en la bolsa que Felipe le ató al hocico.

Calor de siesta. La conversación decae.

La iglesia, fea y vieja, alza la blancura de su torre cuadrada sobre el cielo intensamente azul.

Felipe. Gregoria. La siesta. Al lado está la carreta con su toldo blanco.

* * *

–¿Nos vamo, Gregoria?

–Amonó.

Frente a la torre blanca, se santiguó.

Felipe la suspendió en sus brazos para ayudarla a subir. Luego saltó él también.

–Dame un puestico a tu lao. Poque hase mucho caló y estoy un poco cansao.

Se lo cantó en la oreja sonriéndole tranquilo. Ella se le tiró en los brazos.

¡Arre, macho!

Por el camino fue el amor. Conoció Felipe de nuevo el cuerpo de aquella mujer.

–¿Vé, que tú eres igualita a enantes?

Ella dijo:

–Yo, me quedo contigo en Caracas.

Y así fue, por el camino de Baruta, antes de entrar a la carretera blanca.

SEGUNDA PARTE/ CARCEL

Es noche. Tras la reja, la pared alumbrada y el cielo rumoroso, lleno de claridad lunera. Sobre el cielo la silueta negra del centinela.

Con la cabeza clavada en los hierros de la puerta, mira Julián el patio. Hace poco tocaron silencio. La corneta echó sus chispazos rotundos y secos. Ahora, de rato en rato, los centinelas hacen sonar el silbido de sus pitos.

Afuera, noche. Tras la reja del calabozo, el patio enlunado.

Ya hace tiempo que llegó Julián y está pensando. Así se lo ha dicho al zambo Ramón.

El zambo se le acercó y le puso una mano en el hombro.

–¿Qué tiene el vale Julián?

–Nada. Aquí pensando...

Pensando: es decir, recostado allí con su tristeza. "Enguayabado", como dice el zambo Ramón.

"Enguayabado". Suena dulce esta palabra. Dulce, como lo que es: estarse aquí, sin hacer nada, con la cabeza entre los balaustres fríos de la puerta, mirando el patio enlunado; sintiendo la tristeza que dormita en el pecho; estarse aquí pensando: hace seis meses que llegó. Como quien no dice nada, seis meses. Ni una vez ha venido la Gregoria. Y eso que lloraba tanto. Las mujeres son así.

–Qué rebueno que sería una mujesita aquí. ¿Verdá, sambito?

El otro abrió la jeta ancha enseñando los dientes: una carcajada sin risa.

En el fondo del calabozo mandaron a callar con voz agria.

–Bueno –dijo el zambo– me voy a acostá. Y su mano fuerte, dura, golpeó confianzuda.

Julián siguió mirando un rato el patio con luna. ¡Mujeres!

¡Sí que había conocido él mujeres!... Por eso le hacían tanta falta. ¡Mujeres!... Cariño hecho brazos alrededor del cuello, cariño hecho dedos entre los cabellos. Cariño: un cuerpo entero bajo el suyo. Un cuerpo suave y dulce.

–¡Concha!, qué buena cuestión esta de estarse aquí sin hacer nada. Pensando.

* * *

Sonó un pito. Otros pitos contestaron. La bayoneta del centinela afiló sobre el cielo su brillo enlunado.

Luna. Luna.

Julián miró hacia atrás.

El calabozo era largo. Treinta hombres. Quince de este lado. Quince del otro. Largas filas de hombres que duermen. A la derecha, estaba vacío su lugar. Junto a la puerta, su colchón arrollado. Lo arregló y se echó a dormir.

La reja raya en negro un trozo de cielo y un ángulo de muralla. A su lado el paisa Andrés murmura:

–¡Caray, compadre! Ya me tenía asorao de velo ahí. Déjese de tonterías, que uté saldrá pronto.

–No. Si ya toy durmiendo.

Los pitos de los centinelas se responden en la oscuridad.

* * *

Suenan ronquidos. Divierte a Julián distinguir a los hombres por esas voces del sueño. Uno grueso, ronco, voz atracada, es de Juan Araiza, que mató una vieja por robarla.

Nacho, el margariteño, en cambio, ronca tranquilo, casi en murmullo. Este está aquí porque mató al padrino. Cuestión de reales también. Huyó siete meses, hasta que un día lo agarraron dormido en el fondo de una canoa. Estaba trabajando de pescador y ya se iba para Trinidad. Ese día se nubló su perfil guaiquerí.

Hay otro margariteño, a quien llaman Margarita por antonomasia, ronca en silbido, sonriendo. Margarita es ladrón. Blan-

cuzço, dientes orificados, sucia sonrisa, manos blancas, sin vello, como su cara pálida de adolescente. Tiene azules ojeras profundas, y en los brazos y en el pecho escuálido, muchos tatuajes: serpientes con cabeza de mujer, anclas, un corazón traspasado, goteando gotas azules.

Al lado de Julián el paisa Andrés se mueve nervioso y masculla insultos para los que tanto molestan con el ronquido. De pronto, vuelve la cara hacia Julián, y queda bajo un retazo de luna. Sus pupilas cobran reflejos sombríos: de buena gana los mataba a esos roncones, después de apalearlos.

–¡Maldita sea, y que les caiga el vómito negro!

–¡No es pa tanto, paisita!

–Pero si toy nervioso esta noche y no me dejan dormí.

Una voz más adentro: –¡Váyase pa su casa, si quiere comodidá! Cualquiera cree que antes vivía muy acomodao.

–No, negro. Su mama era la que taba bien.

–La suya que es mi comadre.

El zambo Ramón salta riendo hacia la puerta: –Ahora es que sabe el paisa lo que valen 3 centavos, ¿verdá, paisita?

Julián ríe largamente, mientras Ramón decía: –Bueno, adió, y que duerman mucho. Paisita, que sueñe conmigo.

Y, ahora, tranquilidad alegre. Julián duerme y ronca, mientras el paisa Andrés cocea de un lado a otro y, al fin, seguro de que Julián duerme, mete la mano debajo de la almohada y saca papelón y pan.

Suena la voz del negro Ramón:

–¡A paisita ladronazo, caray!, ¡vamo a media!

El paisita tiembla y rezonga rabioso.

El otro: ¡serrucho, por si acaso!

* * *

En la cárcel Julián trabaja haciendo boquillas y peinetas y figuritas de cacho y carey.

Luego de una desazón infructuosa, en los primeros días, que lo tenía desvaída la mirada, mano sobre mano, comenzó a pensar que los realitos que trajo se le iban a ir así, sin darse

cuenta e iba a tener que pedir trabajo en el dique, y decían los otros que era muy fuerte.

Juan Matías González fue quien le dijo. Y Julián comprendió; pero, y ¿qué hacía?

–Mi vale, yo tengo un negocito que es bueno: usté me ha comprao granisao, que aquí, por el calor, se me va en lo que espabila un cura loco. Pero no me gustaría que usté me hiciera la competensia. Ademá, que usté es nuevo y no le iban a comprá cuando yo mismo vendo. Pero aquí hay mucho que hasé: usté puede trabajá en hasé boquillas y cositas de carey o de cacho. ¿No puede? Bueno. Yo no sirvo pa eso. Pero, ¿quién sabe si usté sí, ¿ah? Pruebe con madera a vé. Yo me encargo de conseguile las cosas necesarias sin ganale nada. ¿ah?

Por eso ahora, Julián hace boquillas, peines, peinetas, collares. Ha hecho un collarote grande con un medallón enorme abajo, que dice: GREGORIA.

Las cosas esas se le venden a las gentes del Puerto.

Y así, en oficio lindo de paciencia y cuidado, pasa Julián su vida.

* * *

Juan Matías González es negro muy serio. Tanto, que con ser más joven que Julián sirvió para darle consejo. Este, lo sigue por todas partes oyendo sus cosas dichas con voz severa.

Hoy le ha dicho Julián que necesita un oficio más rudo y el negro Juan Matías le ha contestado así:

–Mire, compadre, yo se lo aconsejo. Aquí, haga todo lo posible por olvidarse del cuerpo. No hay sino está ocupao to el día en cosas de la cabeza. A mí usté me ve siempre leyendo. Y es que si uno empiesa a pensar en uno mismo o a sentí cansancio en el cuerpo, se va al ajo. Empiesa a recordá las cosas de afuera y, si no tiene una cosa fuerte en que meté el pensamiento, se hunde.

Usté ahorita me comprende y no me comprende. Tiene muy poco tiempo aquí metío. En el trabajo del dique, ademá, se ven mujere y ¡qué caray!, ¡ya usté sabrá!

Créame: quédese aquí, siempre ocupao. Cuando se fastidie de su cuestión, habla y habla y habla. Y sanseacabó.

El negro le dice todas estas cosas y se va bajo un arbusto redondo en medio del patio cuadrado, a leer.

* * *

Un día, Julián lo buscó, y se sentó a su lado silencioso, quietos los ojos sobre el trozo redondo de cacho que iba siendo fina boquilla. Juan Matías, alzando la mirada de las páginas, lo miraba de vez en cuando.

–¿Qué te pasa, Julián?

El tratamiento de tú que Juan Matías nunca usaba le hizo a Julián un buen efecto cordial: No le pasaba nada, sino que había amanecido triste.

El otro volvió al compadreo habitual.

–Hable, hable. No hay más cuestión.

A Julián se le fue toda la mañana en la charla. Con angustia de necesidad, fue echando su vida de los labios gruesos.

Juan Matías contestaba de cuando en cuando, comparando sus casos anteriores, con los que Julián le contaba.

Y, mientras, la conversación se desparramaba, yéndose a mil cosas de cuando estaban libres.

Juan Matías dice:

–Uno, enantes, no sabía lo que tenía, compadre. –¿Usté sabe lo que es, simplemente, parase en una esquina de Caracas a vé pasá mujeres? ¡No jó!, y uno se fastidiaba.

–Podé entrá a un botiquín a pegase el gran palo de berro.

–Na: caminá, con un buen calsón bien planchao.

–Y, uno, sin tomá en cuenta las cosas. Es que uno era muy bruto, compadre. Apartando la maravilla de podé tené mujé, todas las demá cosas bonitas, aquí es que se viene a sabé lo que valen.

–¡Cuando yo salga!...

–Dígame, ante yo iba al teatro con mi hermanita, una hermanita simpaticasa que tengo, y me divertía pero ahora es que puede uno comprendé. ¡Cuando yo salga!... Bueno. Ya es tarde. Vamo a comé.

* * *

Los que tenían dinero, no comían del rancho, sino de una posadilla tenida por cualquier preso.

Se llegaron al de costumbre.

El hombre –bigotazo rotundo, gorrita azul ladeada sobre un ojo– era de una blandura en las palabras que hacía mirar en seguida sus caderas también blandas, sujetas al tongoneo del afeminado bigotudo.

Juan Matías: –Buenos días, Pedro ¿la comía?

El cocinerín: –Allá va. Y entre las azules ojeras profundas, una mirada vaga y vidriosa, se pegó a los contornos duros de Julián.

Le sonrió, además, con sonrisa pegajosa, mientras rozaba su manota blanda y peluda el hombro del negro. Le había hecho especialmente a Julián un lomo asado riquísimo, porque le tenía en grande aprecio. Parecía un muchachote bueno, ¿verdad Juan Matías?

El negro hizo más severos los rasgos: eso lo sabría él.

–¿Y tú?, ¿y tú?, rió el marica.

Julián se molestaba ante el agasajo del cocinerín. Era un vago malestar que sentía dentro y le traía sonrojo mental, como de estar desnudo. Comieron.

El invertido preguntaba: –¿Te gusta el lomo asado? ¿Te gusta?

* * *

Todos los días, bajo el arbusto del patio hablan.

Hoy, Juan Matías aconseja más que siempre: ¿Qué le pasaba a Julián, que estaba como bobo hacía tiempo? Al llegar era un hombre por tó el cañón y ahora parecía aniñado. El otro día hasta se azoró con las solicitudes del cocinero.

–¿Qué cuestión es esa, Julián?

Este no puede explicarse. No sabía él lo que le pasaba, pero se sentía temeroso, azorado, ante las miradas de Pedro. Apenas si podía sostenerle esa mirada molestosa que tenía.

El caraqueño: ¡Ay, caray, compadre! Pues lo que usté debe hasé, no sé yo lo que es. Pero hay que tené cuidao. Aquí, sin que siquiera se dé uno cuenta, termina en afeminao.

¿Que le aconsejara yo?...

–Búsquele pleito y le da una buena trompá, y así no se mete más con usté. No sería mal remedio. A mí me pasó a poco de llegá, que como que me creyó muchachito ese Lorenzo.

Julián sonrió. Lorenzo era un morenote robusto, barroso, escrofuloso, con una cicatriz purulenta bajo la quijada. Estaba encarcelado por la muerte de un chiquillo. Había querido encubrir las huellas de su instinto malformado.

–Y ná, –siguió Juan Matías– le di una buena trompada y sanseacabó.

* * *

Los dos vales bajo el arbusto.

Pedro, el cocinerín llega tongoneando.

–Me corté el bigote, Juliancito. ¿Qué te parezco?

Sin los pelos, su cara era redondita y sonriente. Una baba brillante en el rincón de los labios, y las mejillas fofas por las arrugas profundas. Era una cara de niño viejo sonreída y mala.

–¿Ah?, ¿qué te parezco?

Julián bajaba la testa morena y un vago sonrojo se presentía bajo su negrez.

El mariquita no cejaba. Se acercó y rozaban los hombros del mozo sus manotas blancas. Un perfume de polvos de arroz se le huía del rostro afeitado.

Julián, temblorosa la voz, comenzó a hablar:

–Mire, ño Pedro, hágame el favol...

Aulló el invertido: –¡Aaaaaaiiiiiii!, te han indispuesto conmigo. Y, volviéndose a Juan Matías: ¡Jesús, no lo quieres sino pa ti!

Se levantó el negro temblón, rabioso.

Pedro corrió.

–No te lo voy a quitar. ¡Aaaaaaiiiiii!, ¡que me mata el negro Juan porque le quito su amorcito!

Unos presos que trabajaban aquí y allá volvieron la cabeza.

Lorenzo, el indio de que habló Juan Matías, al borde del estanque pleno de aguas tranquilas, sonrió en blanco pérfido.

—¡Maldito sea el ajo!, ¡por esto sí que no creía yo que iba a pasá nunca!

Julián se levantó, torpe de coraje. De entre sus manos formando bocina salió el grito: ¡... tu madre!!!

* * *

Todo el día sentía un refunfuño interior que, al entrar al calabozo, le subió a angustia. Había en su redor mala atmósfera de sonrisas y medias palabras. Goce de aquellos hombres podridos, el incidente de la mañana, no podían dejar de hablar de él, y dialogaban en murmullos malintencionados.

A su paso, Julián sentía cesar las conversaciones y su angustia era un horrible dolor. Todos contra él rebajándolo, haciéndolo sentirse hundido, marcado de viles manchas pálidas.

El paisa Andrés le hablaba siempre con oculta sorna. Ramón Peral ni siquiera se le acercaba. Juan Matías, al entrar al calabozo, había pegado una vela de la pared y se había puesto a leer.

Julián hubo de clavar la testa entre el frío de los hierros.

Afuera, el patio con luna.

Pero él no ve nada. Sólo siente su tortura.

Ahora, ya es uno de tantos ahí. Ahora, en el pensamiento de los otros, uno cualquiera, igual a ellos.

Ya no puede —como en otros tiempos libres— lucir su frase capachera, ni su gesto de Hombre Mayor.

* * *

Su desazón, no le abandonó en los días siguientes. Todas las miradas y todas las vidas del Presidio le pinchaban como un recuerdo malo. Sentado en algún taburetillo, pegado a la pared, se pasaba los días. Estaba amarrado, con lazos de pereza y sonrojos a ese fofo no hacer nada.

Si alguna vez levantaba la cabeza en un último prestigio de fuerza, cualquier preso que pasara a su lado le hacía volver hacia su desesperanza.

Ni trabajaba ya. Los centavos se iban mientras él continuaba –caída la cabeza, flojos los brazos– sentado en algún taburetillo pegado a la pared.

* * *

Un día, una mañana de franco cielo azul y buen sol fortísimo, estaba Julián al borde del tanque de aguas inmóviles donde se bañaban los presos. Allí estaba, a la orilla del lago ahogado en cemento, mirándole incógnitas vibraciones.

Lorenzo se le llegó al lado.

–¿Cómo está? Y sonreía con su eterna sonrisa colgada de los labios gruesos y abultados.

–Bien, grasia, ¿y usté?

Julián recordó la historia: un muchachito muerto, por tapar huellas de su instinto malformado. En todo su cuerpo, le vivió una enorme repugnancia. Temblando, apretados los puños, hubiera querido que el indiazo le dijera algo de cualquier cosa, para destrozarle la testa podrida, para aplastarle todo el blando cuerpo moreno, de eunuco tropical.

Lorenzo ya tenía desnudo el tórax de pechos fofos y temblones, cuando lanzó un grito muerto. Pedro corría hacia él, desaparecidos todos los signos de afeminamiento, temblando de rabia la quijada flaca.

El indio metió apenas los pies en las alpargatas y corrió. Unos momentos siguió perseguido por el otro, esquivando las manos abiertas del cocinero, de largas uñas dejadas crecer a propósito, volviéndose rápido para lanzarle golpes desesperados.

De todas partes, saltó la población del presidio. Algunos traían en las manos los instrumentos del trabajo que acababan de dejar.

Los dos invertidos cesaron un punto la pelea para lanzarse acusaciones ante todos los demás.

Lorenzo fue el primero en hablar, pensando si esto podría terminar sin mucha bulla. Era Pedro, que lo andaba buscando hacía noches.

El otro le saltó encima. Sus uñas buscaban el cuello del indio, mientras soltaba retazos de una historia sucia, como los colchones donde dormían.

De repente ruido de pasos y armas. ¡El Gobierno! –gritaron muchas voces. El cuello de Lorenzo sangraba pus rojo.

–¡Calabozo! fue otro grito.

Mientras unos soldados arrastraban a los peleadores. El cocinerín se jamaqueaba: –¡Aaaaaaiiiiiiii!

Julián volvió al borde del tanque. Toda su ánima, un pavor. Sintió un roce y brincó.

–¡Caray, compae! –era la voz del negro Ramón– es que vengo por la ropa de Lorenzo pa guardala. Y ¿qué le parece la cuestión?

Julián sonrió con miedo.

* * *

Ya en la noche, escondida la cabeza entre las manos, pensó su horror. El podría alguna vez dar un espectáculo así. El podría llegar a ser chacota en las bocas de todos aquellos.

Él, a quien habían querido tantas mujeres. Él, que había tenido tantos amores fuera. ¡Maldita hora, la de la hacienda, cuando el viejo Pedro le mentó su mama!

Él, Julián Ponce, era esto: un pobre diablo que casi lloraba.

En el patio sonaba la lluvia. Un olor de fresco inverosímil le llegó a las narices.

Sonaban los pitos de los vigilantes. Hacía frío.

Julián se arrebujó en la cobija y fue durmiéndose.

Al día siguiente despertó tranquilo y fuerte. Era, como si le hubiera nacido un sentir virgen, escondido, para todas las cosas. Reía a cada paso y mostraba a todos su cuerpo recio de hombre sano.

Los otros había apartado la atención de él, fija ahora en lo del día anterior.

Y ya todos los días, sintió tranquila su vida encarcelada.

Cada mañana, apenas abiertas las rejas, era el baño que le dejaba limpio cada poro, estirado todo el cuerpo en maravillosa exactitud de máquina.

* * *

Algunas noches, cuando hay permiso de canto y baile, él es el gran cantador. Allí está con el cuatro en las manos recordando buenos tiempos de aguardiente y arrabal. En su voz pelada y en las cuerdas del cuatro, meneaos y merengues, corríos y joropos y galerones. Alguna vez, canciones sentimentales.

Al compás de la música, mientras Ramón Peral toca la guitarra grande y Pablo Araiza le da a un violín, dos presos se agarran a bailar. Sus movimientos, que buscan caricias de sexo hacen recordar a Julián esta horrible vida de la cárcel.

Con un ¡jiiiiiiipa! lleva sus pensamientos hacia el recuerdo.

Y es el mismo de antes: JULIÁN PONCE.

Una vieja me dio un beso,
para enseñalme a besal;
pero los besos de vieja,
saben a caldo sin sal.

Julián ríe, o desmaya la cabeza en pose tristona. ¡Como antes!

Entonces, suelta su grito desesperado, histérico: ¡caray!, ¡una mujé!, y, entre sus brazos, calla la guitarra.

Al terminar esos conciertos –con el toque de silencio– le queda sólo ese íntimo desespero. Vanamente busca en la cobija gruesa y basta, caricias que le finjan mujer. En esos momentos, vive del recuerdo, y, a cualquiera que esté a su lado, cuenta sus aventuras.

Nombra las mujeres que rozaron, con suave roce, su vida.

Teresa, Lourdes, Jacinta. Todas fueron suyas. Lo quisieron.

Al fin, sale de sus labios la grande aventura: Una vez en Caracas... se escribe Mary y se pronuncia Meri... melenota alborotada... yo, a veces, la recuerdo.

* * *

Una vez el andino le contó los remedios que, para las ansias eróticas, fabricaba el Penal. Las presas vendían algodones íntimos para goce de los masturbadores: que comprara eso Julián y se dejara de necedades.

Julián se molestó: él lo que necesitaba era una mujer. ¿Un algodón?... y ¿de esas?... ¡no jó! Esas no son mujeres, sino unas viejas, hinchonas, horribles.

Una mujer es una cosa muy distinta: algo suave y flexible que cabe entre los dedos y que ocupa todo el pensamiento.

Una mujer.

El ni siquiera tiene quien lo visite. Muchos otros reciben los domingos a los de su familia.

¿Cuándo saldrá de este morirse que es la cárcel?, ¿cuándo saldrá? Pedirá la cuarta. Es lo único que puede hacer. Será un año menos. Le harán esa rebaja por buena conducta. Y él siempre se ha portado bien, obedeciendo las órdenes de todos, hasta las del último cabo de presos. Pedirá la cuarta. Saldrá un año más pronto.

* * *

El árbol del patio es una parra. No da frutos. Encarnación vegetal de la vida de los presos, perennemente infecunda. Cubierta, como la parra, de verde hojarasca sexual, mentirosa.

El árbol del patio es una parra.

* * *

Julián y Juan Matías hablan bajo la parra.

Los dos negros han vuelto a juntarse y charlotean cada día bajo la tupida ramazón.

Hoy, Julián está diciendo sus esperanzas. Saldrá pronto. Ya se escribió con el abogado. Pedirá disminución de pena por razón de buena conducta. En vez de cinco años, casi cuatro. Se quedará sin un centavo. Todo lo que ha ahorrado será para el doctor. Pero bien vale la pena ¿verdad?

–¡Ladrones!

–Y, a usté, compadre ¿cuántos años le faltan?

–Me condenaron a quince. Así que, si acaso, saldré dentro de cuatro años, porque llevo nueve y, pidiendo la cuarta...

–¡Ya lleva nueve, Juan Matía!

–Nueve.

–¡Concha!, ¡nueve año!

–Si señó, muy completicos.

–¡Concha!...

Nueve años. Y está tranquilo. Y hace la misma vida siempre. Leyendo. Hablando. Tranquilo.

Julián apenas hace tres años que llegó y se siente muerto, descorazonado, incapaz de seguir esa perra vida. Incapaz de estar haciendo por más tiempo boquillas, rosarios o collares.

–¡Concha, compadre! Y le da palmaditas en la espalda enorme.

* * *

Julián nunca le ha preguntado a Juan Matías por qué lo metieron. Ha debido ser algo serio, cuando le pusieron quince años. No se lo ha preguntado, ni se lo pregunta. En el modo que pone Juan Matías cuando oye las hazañas de los otros, Julián comprendió, desde el principio, que el negro Juan es de los que no dicen su cuestión ni a palos.

En cambio a él, a Julián, le importa un pito.

Hoy, sin embargo, Juan Matías le ha contado. El dice que le cuesta trabajo contarlo porque le da rabia haber sido tan necio.

El aguardiente, vale Julián.

* * *

Lo de Juan Matías fue así:

Recién había llovido y, en medio de la calle, un charco rompía luces entre las piedras que formaban el suelo: el callejón de El Silencio. Algarabía mujeril. Rumor de pasos y voces. Grupos bajo la luz blanca de los arcos voltaicos.

En medio al callejón, frente al portal de una casucha baja, el carrito de las tostadas, del café, de los cigarros, alumbrado por la luz roja de una ventana pequeñita y cuadrada.

Asomado a la ventana, Cotorrita el invertido mira a los que pasan y murmura cuplés sentimentales.

Junto al carrito escuchimizadas mujeres en chancletas, una cinta descolgada de la pelambre en desorden, piden a gritos destemplados el café o la arepa, o el cigarro barato.

Por medio de la acera dos muchachos –los culos redondos y saltones, los muslos oprimidos entre el pantalón– sonríen a la luz del cigarro. Algunos hombres, chancean en tono procaz sus formas femeninas.

En la esquina del callejón, el botiquín de chinos. En la puerta, Juan Matías, tambaleando su borrachera, agarrado a la cintura huidiza de una chiquilla flaca y pintada.

–Hasme el favol de no reíte.

La mujeruca abre más los labios dejando fuera unos cuantos dientes podridos y orificados. Juan Matías, también ríe. Algunos se le quedan mirando con tranquilidad de ojos hastiados y sonrisa cansada y doliente. Son ellos, siempre los mismos bajo el foco de la esquina; desencajadas las caras, hablando seriamente de muchas cosas; viejos antes de tiempo, que han seguido la costumbre de venir cada noche hasta el callejón de El Silencio.

Un auto brillante, majestuoso, aparta la multitud haciendo calle. La luz, mínima, en el techo, hace de la limusina una habitacioncilla de regazo. Dentro un mozuelo --elegante brillo de sortijas, cabellera ondulada, el cigarrillo muerto entre los labios-- hace seña al chofer y el auto se detiene con un suave ronquido.

–¿Haga el favor, mi vale, no hay brandy ahí?... Es el chofer quien pregunta, negro de gorra azul.

Juan Matías no contesta. Baja el chofer y lo aparta entrando a la casucha. El chinito afirma sonriendo.

–Sí. Sí hay blandy.

Vuelve el chofer con la botella.

Abriendo la portezuela del carro, su señor va cayendo. En la mano, la llama redonda de la sortija.

La botella se parte en un río de licor.

–¡Fuiste tú!!!

Al lado de Juan Matías cae el brillo raspado de un cuchillito. En medio de la borrachera, suelta la explicación: El mozuelo se le acercó, llevando entre los dedos la caricia del invertido y el brillo de la sortija.

La chiquilla flaca y pintada chilló corriendo.

El mozuelo elegante, apenas si gimió. La cuchillada rodaba la sangre por entre los dedos engarabitados al cuello. Sobre la pechera almidonada, una mancha roja.

Llegó el policía gritando, repartiendo acá y allá golpes con su porra.

Entre la limusina, como un cuartito de regazo, junto al cadáver elegante y dolorido, se lo llevaron luego de la llegada del Juez.

–El aguardiente, vale Julián.

Por eso él odia a los mariquitas.

Un mocito elegante, con la llama redonda de un brillante en los dedos, lo trajo aquí.

TERCERA PARTE/CIUDAD

Capítulo XIII

El día anterior se lo habían advertido. Tenía que prepararse porque a la mañana siguiente, sería la libertad.

(Prepararse: componer sus cosas, decir adiós a los amigos, recibir regalos y recuerdos para las mujeres y los hijos).

La última noche se acostó fuera del calabozo por orden del Capitán. No podía dormir, estaba nervioso, dando vueltas sobre su rollo de cobijas. No veía –no podía ver– qué era lo que iba a encontrar, ni qué iba a tener en su vida caraqueña. Su alegría era tan hormigueante y sensitiva, que le hacía un estado corporal desagradable.

Todavía oscuro se levantó, tembloroso por esos momentos que vendrían luego. Hizo un paquete con sus cobijas y se acercó a la puerta del calabozo.

–¡Ah, Juan Matía!, ¡ahorita me voy!...

El otro se acercó envuelto en la cobija –¡Bueno compae!, ¡que encuentre ligero trabajo y mujé!

–Grasia. Ahí tán las cobijas pa quien las necesite. Güeno. Adió.

Se apretaron las manos a través de la reja. Entre ellos, un sentimiento malo se adivinaba oprimido en las palabras bienintencionadas.

El preso que se va enseña de verdad a los que se quedan la horrible vida de la Cárcel. Es como si fuera el primer día de presidio. Pero es una recaída en un primer día distinto porque ya se sabe lo que es la prisión.

Juan Matías le hacía las últimas recomendaciones. Que no se olvidara de entregarle la carta a su vieja... ¿Se iba a quedá Julián en Caracas?

–Si encuentro trabajo.

–Visita siempre a la gente e mi casa.

–¡Cómo no, Juan Matía!...

Con ruido de hierros, se abrió al fondo del patio la gran puerta enrejada. La voz del capitán gritó: ¡Julián Ponce!

–Presente.

Era su último acto de presidiario.

–Güeno, Juan Matía. Adió. Ya nos veremos algún día.

De nuevo se dieron las manos. Al grito del capitán Gutiérrez, en todos los calabozos comenzó un gran ruido de movimientos.

Julián caminó hacia la puerta. El capitán puso en sus manos un billete.

–Esos cincuenta bolívares se los manda don Luis Manrique.

–¿Don Luí, qué?

–Manrique.

–¡Ah, ya sé! Me cogió el nombre de pronto. El amo e la hacienda onde estaba cuando la cuestión.

–Bueno ¿ya estamos?

–Ujú.

–Pase.

En los calabozos, se oyeron voces: ¡adióoooo!, ¡que no se le olvide mi encargo!... ¡que se acuerde e visitá a mi mujéeeee!

En esos gritos, iba toda la tristeza de los que se quedaban, al ver que otro pasaba la puerta de la libertad.

–¡Güenoooooo! –gritó Julián; y su voz sonó falsamente tranquila.

El capitán, le hizo pasar. En tono amable le hablaba, lo aconsejaba, mientras caminaba a su lado: Había que ser trabajador y no buscar ocasiones que pudieran hacerlo volver.

–Seguro, capitán, no se preocupe.

Una brisa que se traía entre los brazos todo el olor del mar llenó los pulmones, todo el cuerpo de Julián. Por entre los enormes paredones "del tiempo de los españoles", entraba el viento que antes había acariciado la espuma de las olas, los bordes de las aguas.

Era extraño, pero, estando en una isla el Castillo, teniendo

tan cerca el mar, nunca sintió mientras estuvo adentro este olor marino, ni oyó rumor de olas salvo raras noches tranquilas.

Ahora, tras la arista de la pared, se veía todo el mar quieto de Puerto Cabello. Era apenas la mañana y, por eso, el mar y el cielo tenían un levísimo azul en su gris.

El capitán detuvo sus pasos y su conversación. Llamó a un hombre: que acompañara a Julián hasta el bote. Luego se despidió golpeando las gruesas espaldas de Julián. Por fin le estrechó la mano. Sobre el antiguo puente levadizo –ahora clavado encima de las aguas verdes de los fosos– sonaron sus pasos secos y el tintín de su sable y sus colleras.

Julián camina detrás del hombre, mirando el mar. Es, como si hubiera agotado su alegría en esperar ese día. Ahora no hay nada, sino... Nada... Es vano pensar y decir en voz alta que está libre. LIBRE... Es como si no dijera nada.

Un momento se detuvo. Sobre el cielo, claro, se destacaba en negro, pesada, la mole del Castillo. Suspiró.

En el muellecito oscuro un botecillo se balanceaba moviendo a la vez la sombra blanca de un marinero. El hombre que lo había acompañado lo detuvo: ¿no me pué dejá una platica? Usté sabe cómo son las cosas adentro.

–Tome.

Julián saltó al bote. En seguida, batieron los remos. Por allá, comenzaba a salir el sol y marcaba un camino de reflejos hasta la canoa. Salvaron el retazo de agua y atracaron al otro lado.

–Tome p'al cafesito.

Julián subió corriendo la escalera de tablas raídas por el salitre. Libre. Libre. Una alegría ficticia le llenó el pecho robusto.

–Y ahora... ¡Ahora, a viví!

En su desazón, sintió que eso que decía no tenía ningún significado. Se apoyó en el barandal sobre el mar. Abajo, se rompían las olas, ya claras a la luz del sol. Mil ruidos rompieron la noche junto con las claridades. Alguien se acercó y le pidió un cigarro. Julián siguió mirando el mar.

De repente volvió la cabeza: un camión de carga pasó atronando la placita del muelle.

–¡Coooncha!, ¡qué camión tan regrande!

* * *

Pensó en los encargos que traía de la cárcel. Tenía que visitar aquí mismo, en el Puerto, a la mujer de Pablo Araiza. Le traía una peineta grande de carey, que el mismo Pablo hizo.

También tenía que ver a la madre del negro Ramón. A ésa le llevaba un rosario y tenía que decirle de parte del hijo, que le vendiera ligero el chinchorro. Un chinchorro de puro hilo blanco.

En Caracas, iría a ver a la familia de Juan Matías.

* * *

Ya amaneció completamente, Julián empieza a caminar buscando algún ventorrillo donde tomar café y comer algo. Después irá donde la mujer de Pablo, donde la madre del negro Ramón.

A eso de las siete logra encontrar la casa de la mujer de Araiza. Es una casucha pobre en una calle delgada y sucia.

Abrió ella misma.

Julián se la quedó mirando bobo:

Una mujer. Pero ¡ah cosa linda!, ¡cómo se le marcaban los pechos! UNA MUJER...

La miraba y la miraba sin poder despegar los ojos de la figura robusta y sana.

Al fin entró: –De parte de Pablo.

La mujer tranquilizó sus rasgos extrañados: ¡qué alegría!

Julián le alargó la peineta.

–¡Qué maravilla! –decía la mujer y sobaba la peineta haciendo de los labios un mohín alegre– ¡qué maravilla! Ya usté ve. Yo voy a visitalo tos los domingos. Y, sin embargo, cá ves que sale alguno, me manda una cosa. ¿Quién es usté?, ¿cómo se llama usté?, ¿por qué estuvo en la Cárcel?

Julián se sentía molesto. Tras la admiración primera, de cuando miró a la hembra, le había invadido una torpeza que le hacía bajar los ojos. Pensó que sería excelente poder mirarla sin ser visto. Así podría estarse en muda adoración, ante el cuerpo redondo y duro.

Ella entretanto, dijo varias cosas sin que Julián le preguntara. Se llamaba Juana. Era llanera, lo mismo que Pablo.

Se habían casado –es desí, casao no, que el sinvergüenza ese nunca ha querío– un año antes de la desgracia de Pablo.

–Poque convénsase que esas cosas son un momento desgrasiao. Un momento de muy mala suerte que mata un hombre pa toíta la vía. A Pablo le faltan cinco años toavía. Y ¡quién sabe si se muere antes! Que la mala suerte es así cuando le cae a un individuo: no lo deja hasta matalo. ¡Bien pué usté dale grasias a Dios que lo sacó con bien del mal trance!...

Pausa de silencio...

–¿Y usté po qué cayó? Ná; no me diga ná. Un momento de mala suerte, y a un hombre honrao se le mete el diablo entre el cuerpo. ¿Quiere café? Aunque haya tomao. Mi café que yo hago es rebueno, por algo soy yanera.

Salió por una puertecilla oscura y volvió, en cada mano una tacita humeante.

–Tome. Y diga si no le parece superestra.

Pausa.

–¡Jesú!, ¡pero qué hombre tan serio es usté!

Julián murmura entre dientes. Termina el último trago de café.

–Tá muy bueno. Y, oiga, ¿usté me podría informá la dirección de la mae de Ramón Peral?...

–Buena vieja. De Caraca se vino pa está más cerca del hijo. Venga –y salió hasta la puerta. –Yega hasta esa esquina. Crusa p'ayá dos cuadras, una casita chiquitica pintá de asul, ¿comprende?

–Mucha grasia y adió, que me tengo que í temprano.

–¿Pa ónde?

–Pa Caraca.

–Güeno. Salú.

Le extendió la mano dura de hembra trabajadora.

–Si quiere otra tasita e café antes de ise, se yega hasta aquí.

Ya en la esquina, Julián volvió la cabeza. Desde la puerta de la casita, Juana lo saludaba.

Se oyó su gritó:

–Derecho de esa esquina, ¡una casita asul!...

Capítulo XIV

Julián ha llegado a Caracas a eso de las cinco y media. Sudoroso, cansando, harto del viaje, se deja acariciar por la frescura de esta plaza. Sentado en el banquito de mosaicos está pensando quedo; dejando que los pensamientos entren y salgan en vuelo tranquilo, como mariposas que no supieran mover las alas. Está ahí sin hacer nada. Por delante de él han pasado unos chiquillos rubios, que juegan gritando. Tras ellos, corriendo trabajosamente, la "cargadora" –vieja negra, canosa y sonriente– los cuida, con cariño de sierva en los ojos. Julián está allí tranquilo, recordando y pensando.

A esta hora allá en la Cárcel, estarán cerrando los calabozos. Algún preso, antes de entrar, mirará el cielo para ver si hay estrellas. Quizá se oirá en el Puerto la sirena potente de algún barco. Allá se preocupa la gente por estas cosas pequeñas: por si hay estrellas, por si sale algún barco, por si huele el mar.

Aquí también hay estrellas. (Justo: rozando la rama de un pino una, grandota, puro punto de luz, brilla). Pero no es lo mismo. Allá era un grande goce. Aquí puede mirársela cara a cara, aunque el recuerdo traiga dulce temblor.

Julián está tranquilo. Ahora tranquilo y melancólico.

Esta noche visitará a los de Juan Matías. En el bolsillo tiene la dirección.

¿Cómo será la hermana de Juan Matías?

La madre lloró cuando se lo llevaron. Juan Matías se lo contó un día: lo regañó aunque estaba llorando.

–Pa eso sirven las parrandas –y que le dijo.

A él, a Julián, lo lloró la Gregoria, pero para lo que le sirvió...

¡Quién sabe con qué tercio andará ahora!

Con tal de tener uno, sea quien sea, ella está tranquila. ¡Concha, con la mujercita!

Y ¡sí que lloraba aquella madrugada!

* * *

Que encuentre ligero trabajo y mujé. Así le dijo Juan Matías.

Encontrar mujer. No es la cosa tan sabrosa para meterse otra vez en serio. Para lo otro ¡qué cará! hay de sobra. Por fortuna.

¡Sí que hay mujeres!... En un libro de Juan Matías decía una cosa así como de siete para cada hombre.

Total, que para los que nos preocupamos por ellas, veinte mil. Porque con los que no se meten con ellas, y con los que se contentan con una, los que buscamos las más posibles, tenemos todavía donde escoger.

¡Qué bueno ¿ah?

¡Qué requetebueno!...

* * *

El foco de la plaza reventó su luz entre los árboles oscuros, acentuando perfiles.

La placita de Altagracia, dijo Julián, como si acabara de conocerla. La pared, vieja y manchada por las goteras, parecía encerrar un oculto significado bajo el nuevo color que le daba la luz.

La placita de Altagracia. ¡Sí que venía él antes! Cuando andaba enamorando a Teresa, que era sirvienta por aquí.

* * *

Ya es noche. Noche completa.

Pasan los tranvías repletos, luminosos.

Nadie ve a Julián.

¿Es que no va a encontrar ningún conocido de antes?, ¿no va a tener delante ninguna cara amiga?

¿Van a ser los días, uno tras otro, como el de hoy?, ¿vacíos y tranquilos?...

Nadie. La gente, pasaba indiferente a su lado. Ningún rostro brillaba de alegría, de buen cariño, ante él.

Apoyó las gruesas espaldas en el poste de la luz y dejó vagar los ojos. De repente, no pudo menos de fijar toda la mirada en una chiquilla que venía por la orilla de la plazuela.

¿Sería ELLA?

¿No era Mary, la rubia?...

Delgada, elegante, toda curvas tranquilas, pasó la niña al lado de Julián. Ningún signo, ni de extrañeza, ni de miedo. Apenas si bajó los párpados azules.

–¡Qué linda!

Julián sintió una enorme ansia de cariños suaves, de brazos blancos y blandos, que le rozaran la cara, la carne.

Le estaban produciendo esta íntima congoja todas las mujeres: un enorme afán sujeto, que le rebosaba de todo el cuerpo.

Sentía temblar cada músculo, estremecido por este afán y esta congoja.

* * *

El reloj de la Catedral dejó caer sus campanadas limpias.

Las siete.

Julián se fue a buscar dónde comer.

En la noche, después sería la visita a la familia de Juan Matías. De nuevo se preguntó, cómo sería la hermana del negro.

Sonriendo, sin saber por qué, comenzó a caminar hacia un restorán que conocía desde antes.

Un vientecito frío le hizo meter las manos en los bolsillos.

Se detuvo un momento a prender el cigarro.

Tenía que encontrar el mismo mesón. Ahí, podría hablar con el amo. Se daría a conocer.

–¡Qué frío hase en Caracas!, ¡concha!

Alguna vez, le parecía que lo miraban, que lo reconocían, y cuando se aseguraba de que no había de encontrar ningún saludo, se azoraba en aquellas calles largas, llenas de gente que corría y se afanaba. Hombres apresurados y sudorosos; mujeres pobrecitas, de traje oscuro y caras escondidas entre la pobreza, pasaban a su lado.

Todos en premura. Hacia la casita sucia y pobre. Hacia la mujer, hacia el marido.

Del trabajo hacia la pobreza.

Julián los siente pasar, mientras silba, tranquilo y triste.

No tendrá él casita donde ir.

Dormirá en cualquier parte.

Cualquier mujer le abrirá los brazos en triste oficio.

–Esta noche buscará una mujer...

Piensa esto y siente un miedo oscuro.

–¡Concha!, ¡qué frío hase en Caraca!

Fuma el cigarrillo apretado entre los labios, mientras camina despacio, con las manos en los bolsillos.

–¡Qué de gente, cará!

Y los hombres, las mujercitas oscuras, le rozan en su carrera, apresurados.

Julián fuma mientras va calle abajo.

De vez en cuando, tira al aire una canción.

Capítulo XV

El callejón de tierra apisonada y aceras de laja terminaba en un barranco, que se miraba oscuro al fondo. Sobre las casitas chatas, caía un baño de luna. En la esquina brillaba el foco de la luz.

Julián se acercó a una casucha pintada en rosado, sucia del barro callejero. Golpeó la puerta.

–¿Quién? (La voz era alegre).

–Gente de pas.

–Un momentico.

Ruidos de pasos, y la puertecilla se abrió. Una cabeza de negra, la cabellera saltona mordida de peinetillas rojas, asomó entre las hojas.

–¿Qué desea?

–Vengo de parte de Juan Matías González, ¿no es esta la casa?

–Sí, pase.

La negra era alta, de pechos agudos y grandes, toda ella cimbreada en curvas violentas y huesosas.

Julián dijo su nombre y explicó: acababa de salir; había sido grande amigo de Juan Matías en la cárcel, él le había encargado que visitara la casa y traía una carta.

–Espere un momentico. Bien puea sentarse. Voy a avisale a la vieja. Un segundo no más. Le encantará la noticia. No la esperábamo.

Llegó la vieja.

–Mucho gusto, señor, Encarnación Gonsale.

–Julián Ponse, a su orden.

Julián sacó la carta que mandaba Juan Matías.

La vieja negra pareció tomar otro rostro. Mientras leía la carta, la alegría le inflamaba los carrillos y un color de salud la invadía.

En tanto, la muchacha, hablaba del hermano.

¿Cómo estaba Juan Matías? Seguro que ya era un hombre completo. Cuando le pasó lo que le pasó, no era más que un muchachito.

Julián se extrañó: Ella sí que parecía una muchachita; una muchachita, ya mujer.

Al comprender la mirada, se abrió entre los labios enormes de la negra una sonrisa blanca y sabrosa: sí, era muy pequeña cuando pusieron preso a Juan, pero él la trataba siempre con cariño y la llevaba a los teatros desde que estaba mínima. Siempre se vieron como compañeros.

–¡Era más bueno Juan!...

–Es muy bueno, señorita. Yo puedo desíselo, que lo conosí, donde se conosen de verdá los hombres.

–Seguro. Tiene que sé bueno. Sino que en un momento dao, puede cualesquier, hasé un saperoco, sin pensá.

–Seguro, señorita.

–Yo me llamo Rosa.

Sonrió de nuevo. Su sonrisa, hacía a Julián un efecto consolador. Como en seguro regazo, sentía la existencia delante de la morena.

–De mí sé desile –continuó ella– que si con las ganas se matara, habría unos cuantos más en Tierrejugo.

Ahora rió largamente.

–¿Ajá?

–¿Que no? Cómo se ve que uté no me conose. Más de uno. Se lo juro. ¡Eso es así!

Interrumpió la madre, muerta la voz en jupíos y sollozos.

–Mira, Rosita. Lee lo que dise.

–Pero, mamá, no te pongas así.

La vieja: ¿que cómo no, si tenía por seguro que se iba a morí antes de que Juan Matías volviera?...

Julián consolaba a la vieja sin salir de su goce; el primer goce completo que tenía desde que esperaba la libertad.

Rosita llamaba al hermano Juan, no más. Y le sonaba lindo el nombre, como adornándole la boca. Ahora, leía el papel, sin dejar la sonrisa, haciendo pequeños gestos.

Levantó la cabeza.

–¡Jesú!, sí que sabe desí cosa bonita ahora. ¡Palo e hermano tengo!, ¿no é así, Julián?

–Júrelo. Un hombre muy completo. Y que sabe más que el cará. Eso se lo digo yo, que soy un animal que ni siquiera sabe leé.

–¡Por eso es que yo lo quiero, concha!

Julián se sonrojó como oyendo la frase para él.

Rosa sonrió: –Por eso es que yo quiero a Juan, Juliansito.

El negro bajó los ojos azorado, mientras seguía con la uña la raya del pantalón.

Con la cara entre las manos, la vieja lloraba ausente, mientras la hija ponía en todo, su tono de curva carnal.

¿No quería Julián un poquito de dulce?

–Sí, hombre, chico.

Lo tuteó.

Julián dijo que sí. Luego se corrigió: –No, que a él no le pasaba el dulce.

–¿Ajá? Un primo de ella decía siempre que era cuestión de borrachos esa de no comer dulce.

Julián discutió con vehemencia: Ya veía ella que no era verdad, puesto que en la Cárcel no se bebe.

–¡Quién sabe si ante!...

—¡Qué va! Esos dichos son tontería. El, ante, como cualquiera; ni más ni menos que cualquiera. Tontería.

—Tá bien pué. Es embuste lo que dice el primo.

El negrazo, enorme a la luz débil del cuartico, marcó su sonrisa y se despidió.

—Ya tá bueno pa la primer visita. No quiero molestá.

La vieja le dio la mano llorando todavía: las tenía a su entera disposición. Bastaba que hubiera sido amigo de Juan Matías.

Rosa lo acompañó hasta la puerta.

—No deje de vení a cá rato p'hablá. Y le dio la mano.

Cuando Julián había echado a andar lo siseó. Con la mano en gesto de regaño, se oyó su voz alegre y clara.

—Ahora, ¡mucha seriedá!

—No hay cuidado.

—Oyeme a mí. Ni aguardiente, ni mujercita sinvergüenza ¿ah?

—Seguro. Naíta de eso.

—Adió, pué.

***

Todavía en la esquina Julián sonreía. Se olió las manos: era el perfume de ella.

Una gran satisfacción corporal lo llenó.

Se sintió muy hombre.

Y gozó por eso, con goce enorme

* * *

A las pocas cuadras, una mujer, bajo el arrullo rosado de la luz de su casa, lo llamó.

Julián sintió de nuevo el afán de la tarde. Se puso a hablar con la mujer. La abrazó. Le besó el corazoncito rojo de los labios.

—¡Mi amor!...

De repente, salió corriendo, mientras la mujer se quedaba

farfullando amenazas. El, desde la esquina, le hizo un retruécano chabacano y alegre.

Sin embargo, un helado desconsuelo le desazonaba el corpachón, lo hundía en tristeza: había llegado con su enorme carga de deseo y temblaba de miedo corporal, como cuando muchacho, al rozar la carne de la ramerilla.

¿Sería esto de haber estado tanto tiempo sin mujer? ¿Le iría a dejar esa huella muerta el tiempo de calabozos y cielo emparedado? ¿No iría nunca a tener suya una mujer?

—¡Aaaaaajo!

Sonó estruendosa su voz, triste y rabiosa, en la calle desierta. Un hombre que caminaba delante volvió la cabeza.

El pensamiento de Julián tomó significado lagrimoso: ¿iba a quedar así?

Si estuviera Juan Matías... a él le podría consultar.

¡Y qué cará! En todo caso, una buena cuchillada y se acabó.

¿Sería la mujer, que era más fea que el diablo? Y se contestó a sí mismo, que no, que no era fea.

Desconsolado llegó a un dormidero. Conocía de antes el letrero, en grandes letras rojas: HOSPEDAJE PARA CABALLEROS. Y más abajo: PRECIOS MÓDICOS. HIGIENE Y DECENCIA.

Dio los dineros al viejo de antiparras doradas, se desnudó y rápido se echó en la cama hedionda de uso. Apretó los ojos. No podía dormir. Su pensamiento seguía la misma curva: ¿sería la cárcel?...

Era un llanto interior el suyo.

CAPÍTULO XVI

Calle arriba.

Calle abajo.

Es noche.

Mirar cada casa. Poner todo cuidado en ver cada pequeño detalle; en que cada ruido pequeñito y sordo se clave en los oídos plenamente.

Calle arriba.
Calle abajo.
Ahora Julián trabaja. En estos días hace oficio de albañil.
Hoy, noche de domingo, espera a que llegue Luis Moreto, compañero de trabajo con quien ha de pasear.
Fastidio de la espera –calle arriba, calle abajo– desleído en el recuento de los pequeños detalles. No tiene ningún pensamiento que lo regocije.
Nada.
Esta noche, tomará aguardiente.
Esta noche...
Julián Ponce siente miedo.
Calle arriba, calle abajo, mira pasar las gentes ruidosas y alegres el día de descanso.

* * *

Antes que sus pasos llegó la voz de Luis Moreto, llena de simpatía.
–Aquí toy, valesito. Raspe.
–¿Pa ónde vamo?
–Vamo a cogé un autobú pa Catia. A tomá el aguardiente como arena. Despué, nos conseguimo unas mujersitas buena.
–A empesá, pué.
–Vamo a dale una vueltica a la plasa y tal que sé yo pa que pase un poco e tiempo: y oímo un poquitico e música.
Este Luis Moreto es antiguo conocido. Más joven que Julián, admiraba antes la fuerza del negro en el aguardiente, su suerte con las mujeres.
Suelta su conversación, rápida y alegre como un chorro de agua, y extraña que Julián no siga su tono.
–¡Sí que tas raro, valesito!

* * *

Al lado, pasa una morenilla: flaca carnecita de canela, carita redonda, un lunar sobre el pómulo.

Luis Moreto la llama: –¡Mersede!

Julián no la recuerda.

Y el otro: –¿Cómo no te vas a acordá?! Mersede, chico, en Pagüita...

Ella se acerca: –¡Gua, y qué tal!, ¿cómo estás Julián?

Ahora sí en cuanto habló. Ya lo creo que se acuerda.

–¿Cómo estás Merseíta?

–Bien, mi vale ¿y tú? Me dijeron –poque siempre me acuerdo de ti, no vayas a creé– que y que te habían mandao p'al Castillo.

–Ujú...

–Ahora, ¡qué caray!, ¡a gosá e la vida!!...

Habla ella cariñosa y confiada. No es mentira lo que dice. Lo recordó.

Y ¿cómo no, si ella recuerda siempre a los buenos amigo?

–Grasia. ¿Nos acompañas hasta Catia?...

–Bueno. ¿Te esperas un segundo y busco a mi compañera?, ¿ah, Moretico?

–Sí, oh. Y ligero, que si no, nos vamo. Cuidao si te traes una chinchurria...

–No hay cuidao, que yo sé tus gustos.

–¡Concha, Juliansito! Y de verdá que no te olvida. Ya se te pegó. Igualito a enante.

Luis Moreto ríe.

–Y va a salí caro, ¿cuánto tienes tú?

–Quinse bolos.

–Entonce, tamos bien. Yo tengo lo mismo. Y ella son considerada.

Llegó Mercedes con otra chiquilla seria, simpática, muy pintada.

–Bueno. Alón.

Por la calle iluminada, porque hay retreta, se van los cuatro compinches en alegría de gestos y palabras.

Mercedita se pega cariñosa a Julián, mientras le hace cargos por su olvido: ¡Pero qué vagabundo era!... ¿Así, que nunca, nunca, se acordó de ella?... ¡Y ella, mientras tanto, hasta una vela le puso a San Antonio, cuando lo agarraron para que saliera con bien!

–Pa lo que sirvió, negra –dice Julián pensativo.

–Ese no es el caso, sino que te muestra que me acordé de ti y eso que tiempo hasía que andabas por ahí escondío. ¿Dónde andaba? Sé que tenías mujé...

–¿Cómo lo sabe?

–Por ella misma.

–¿Está aquí?

–Ujú. Ahora vive con un tersio. Un tersio con más plata que el cará. Estuvo un tiempo bien mal. Yo la ayudé bastante. ¿Te interesa todavía?

Mercedita se despegó del brazo de Julián. A poco, tomaron el autobús para Catia.

–Contéstame, –seguía la mujercita– ¿toavía estás interesao en una mujé, que ni una vé resó mientras tú estabas preso?

Julián negó: ¡qué iba él a está interesao en esa percusia!, ¡no jó!

La morenilla seguía. Bien necio sería. Ella decía que lo quería mucho, pero obras son amores y no buenas razones. Ahora anda de automóvil y todo, ¿qué te parece?

–¡Concha!, ella siempre ha sido sortaria; ¡fígurate, que vivió conmigo una pila e tiempo!...

El Julián de antes tornaba a su boca. Reía y chanceaba como en sus mejores tiempos de muchachada.

Mercedes, apoyada en su brazo tranquilizaba su vehemencia. Delante iba Luis Moreto y la otra mujer. Mercedita habló llamando la atención a Moreto con sus dedos largos: ¿no sería mejor quedarse desde ahora en la casa? De allá mismo podían pedir la cervecita o lo que quisieran. Allá podrían bailar también. Ella tenía victrola. Cerraban la puerta y se quedaban los cuatro adentro haciendo lo que les diera la gana.

Moretín asintió, luego de preguntarle a su compañera.

Mercedes se volvió hacia Julián: él no podía decir que no, ¿verdad que le gustaba?

–Cómo no.

–Entonse nos bajamo aquí. ¡Eeeepa!, ¡párate!

Se apearon.

Era una casita pequeña y limpia. Zaguán de mosaicos. En

el corredor, muebles oscuros con cojines bordados de pajarracos y flores estrepitosas en rojo y verde.

Los hombres se sentaron mientras ellas iban dentro.

La compañera de Mercedes –blanca, delgada, párpados azules, largas pestañas, las mejillas encendidas y los labios de puro zumo rojo– se acercó a poco, tongoneando, coquetona, puesta una mano ensortijada sobre la abertura del escote.

–¿Qué van a tomar? Yo se lo pido por teléfono. Aunque mejor es esperar a Merseíta ¿no?

–Sí es mejor.

Ella se sentó vueltos los ojos hacia arriba.

–¿Un cigarro?

Entre los labios rojos, un hilo de humo. La cabeza, muerta en el almohadón pintarrajeado.

De pronto, hunde las miradas en el cielo, lleno de estrellas tras el balcón.

–¡Qué nochesota, pa correla hasta la playa el Caribe!

Pegado al balcón, un cuadrado grande de estrellas y negro.

De pronto, suena un tango sabroso y sentimental.

En la puerta de la salita lujosa, iluminada en tibio azul, aparece Mercedes. En los reflejos de la seda, se desnuda su cuerpo.

–¿Qué hubo?, ¡ahí tá el tanguito!...

La otra se levanta: –Mercedes, están esperando por ti pa pedí al botiquín.

–¿Yo? Servesa.

–Pide sinco botellones, dice Luis Moreto.

Ella hurta su tongoneo tras la puerta. Se llama Margot.

Mercedes se sienta al lado de Julián, en el sofá que da la espalda al balcón. Su brazo rodea el trigueño cuello grueso del hombre, mientras la boca pregunta graves cosas, sonriendo con intención.

Desde la sala suena el tango entre los almohadones bañados de luz tenue. La letra dice tristezas de esta vida.

Margot aparece. Abre la puerta y la deja entornada. Se acerca a Luis Moreto y le pellizca la oreja, mimosa, enarcando los pechos. En el brazo de una poltrona se sienta enseñando la pierna larga y elegante.

Dentro, para el tango.

Margot, mimosa: ¿Otro tanguito?

Luis Moreto: –Sí, oh. Ponlo y bailamo.

Ella: –Ven pué, en la sala.

Bajo la luz tibia y azul, sobre el tango desvaído, bailan Margot y Luis Moreto. Casi abarcando la figura robusta del hombretón, pasa la mancha blanca del vestido de ella.

En tanto, Julián tiembla. Un frío interno le baña todo el espíritu, se le extiende hasta los pies. Recuerda el resultado de su primer intento con la mujercita aquella húmeda de luz en la puerta rosada.

Piensa en que pudiera sucederle otra vez. ¿Qué haría él entonces, delante de Mercedes, delante de Moreto, delante de Margot?...

Si este temblor continuara sería cosa de morir en la desconsoladora ansiedad. Mercedes lo mira extrañada: no es el de antes; aquel Julián la tendría en los brazos, aquel Julián estaría bailando con ella, apretado a sus caderas.

Este la abraza, pero tan sin entusiasmos, que Mercedes* se le huye con un pudor de mujer plena.

Llega la cerveza y Julián paga.

En la mesa las botellas en línea.

Mercedes habla al chinito que la trajo: que se lleve los vasos y que vuelva luego.

–Espera un momento, Julián.

Al poco vuelve, y se acerca a Julián preguntándole si está enfermo, si se siente mal.

–No, negrita. Sirve la servesa y llama a esos dó pa que vengan a tomala. Sirve, negra.

---

* Tanto en los textos impresos como en los cuadernos manuscritos es bastante frecuente tropezarse con repentinos e inexplicables cambios de nombres de algunos personajes, lo que obliga a un constante proceso de corrección.
En esta oportunidad tanto en la primera edición como en la de Monte Avila aparece el nombre *Carmen*, que por razones obvias, se ha sustituido por *Mercedes*, como corresponde. Desafortunadamente, en el momento de la preparación de esta edición no se dispuso de borradores de *Canción de negros*. Es la única novela de la que no se han llegado a conocer textos manuscritos.

* * *

Las mujeres murmuran cariñitos sensuales entre sorbo y sorbo de cerveza.

De pronto, alegra Julián. Dice mil cosas juntas.

–Pon un tanguito, negra. O una rumbita, mejó. ¿Tú me quiere? Toma un poquito e servesa. Vamo a bailá.

Está alegre Julián. Siente, orgullosamente, todo su cuerpo vivo en el trance de amor. Su brazo se enrosca a la cintura ágil y huidiza y abrazado a Mercedes, se la lleva hacia la sala.

–Quita eso, negra. Pon una buena rumbita. O mejó pon esto. ¡Anda!, ¡vamo a bailá!

Suenan las notas brinconas de un baile negro y venezolano. Cada cosa toma en los ojos de Julián el verdadero tono de arrogancia y encanto. Su beso, en los pobres labios de Mercedes, bebe un sin fin de cosas que ni siquiera están en ella.

Al compás de la música negra, contorsiona su cuerpo robusto.

La música, el baile, su cuerpo, son una enorme caricia apretando el cuerpecillo flácido de Mercedes. Ella suelta su grito, al descubrir mil maravillas y dice el nombre recio: ¡JULIÁN!!!, porque de nuevo, la caricia conocida la llevó hasta el recuerdo vivo de lo que ella quisiera ser siempre: UNA MUJER.

Esto es su sueño grande: sentirse así, pequeña; decirle a él de veras, todas las frases dulces que la obligan a decir los otros: y que él ría al oírlas, con la risa del agrado, que es la mejor risa del mundo. Seguro que él no la quiere... Es decir, no la quiere grandote; porque ahorita la está queriendo, la está abrazando con dulzura, la está besando cariñoso.

Por eso está así: pequeña. Tan pequeña, que está toda en sus besos, acurrucada en los labios. Tan pequeña, que casi no es nada, sino una cosa que siente en todo su cuerpo el cuerpo de Julián Ponce.

Nadie sabe qué dice ahora la voz de Luis Moreto.

Capítulo XVII

A las seis de una mañanita fresca, salieron Julián y Luis Moreto de la casita coquetona.

En la puerta, aún se despedía Mercedes: ¡que no fuera Julián vagabundo!, ¡que la viniera a visitar con frecuencia!

–Bueno. Adió.

Los dos compinches se fueron calle arriba.

–¡Compaíto!, ¡qué palo e noche y qué mujeres tan rebuenas!

En la esquina, se desayunaron y tomaron un palito.

Luego, siguieron juntos hasta la casa en construcción donde trabajaban: una casita chica, en las afueras de la ciudad.

Caminaron mucho: la casita estaba en el otro extremo de Caracas. Al llegar cambiaron los fluxes de casimir y los zapatos chillones del domingo por la alpargata y el terno de dril, sucio de pintura y ladrillo. No había llegado todavía el maestro de obras, ni los demás albañiles. Eran, apenas, las siete.

En la puerta medio hecha de la casita, se sentaron –el cigarro en la mano– y comenzaron a recordar los incidentes de la noche anterior.

A poco, se fueron calle arriba hasta una pulpería donde tomar un poco de café caliente.

Cuando volvieron, ya habían llegado unos cuantos albañiles que, dentro de la casa, se vestían los harapos del trabajo entre chanzas y risas. Satisfechos del descanso dominical, echaban al aire fresco la carcajada limpia y el vozarrón sano.

Cada uno, un hombre, una vida.

Alguno, peleó ayer con la novia. A otro, la mujer le parió un chiquitín. A otro, el aguardiente le dejó cabizbajo y muerto.

Cuentan sus cosas, canturrean y hay en ellos plenitud de vida, sabrosa alegría. Y, también, tristeza de pobres, flacura de hambre y trabajo. Hoy casi todos tienen libre el pensamiento de sus cuotidianos sinsabores y vienen, satisfechos, a comenzar el trabajo.

Si alguno llegó huraño ha tenido que dejar su cara gris y soltar su sonrisa a la chanza de todos.

Hoy, ellos han llegado al trabajo sintiendo que, a pesar de todo, es buena la vida, cuando pueda mostrársele un buen pecho juvenil, lleno de santa alegría Hay sol. Se sudará a gusto.

Otros días, estos hombres se sienten mal, enfermos, el trabajo les pesa, y sudan sangre.

Son pequeños dolores profundos.

Hoy, son pequeñas alegrías sanas y limpias.

Los dos compadres han ido saludando a los que llegan. A Rafael, a quien su mujer viene a buscar siempre y a traerle la comida al mediodía, para que no tome. A Enrique, flaco y despedazado por las borracheras. A Antonio. A todos los que pasan para vestirse el terno deshilachado y sucio.

Al fin llegó el maestro de obras que dirigía el trabajo.

–Bueno. Se acabó la conversación. A empezá el trabajo.

Julián, en lo alto del andamio, recortó su figura sobre el cielo. Y sorbió viento hasta llenarse el pecho enorme.

Luego gritó: –¡Ah, Moreto!, ¡ladriyo p'arriba!

Moretín se los tiraba y él los cogía en el aire para formar pila sobre las maderas del andamio.

–¡Ya tá!, sube la mezcla.

* * *

En la mañana, los dos compadres trabajaron juntos, mientras, desde abajo, el "maestro" les soltaba una que otra observación en voz agria de superior.

A las doce terminó el trabajo. Mariana, la mujer de Rafael, estaba allí, cargada con la comida para su marido, trayendo de la mano un chiquitín moreno, venezolano.

–Güenos días –gritó su voz cantarina.

El coro de voces hombrunas contestó, confianzudo y cariñoso.

Luego, en pandilla, se fueron todos hasta la pulpería cercana, mientras Rafael y su mujer quedaban comiendo ante la viandera plena y humeante. Al lado, el chiquillo gritaba pidiendo en agasajos la teta redonda que estiraba la blusa blanquísima de Mariana.

Alguno, chancero y retrasado, sonrió gritando a los otros para que lo esperaran. Luego corrió hasta reunirse con sus compañeros. Desde lejos se oían sus voces alegres.

En la pulpería, desabrochada la camisa sudada, al aire el pecho fuerte y brillante, pidieron la comida: empanadas rezumantes de manteca, arepas, carne frita y el cafecito, humeante en la taza llena de pringue.

La voz de Julián se oyó: ¡Concha, Enriquito! Tás muerto. No tomes tanto aguardiente.

El otro se volvió sonreído. En su cara, pálida y huesuda, la sonrisa era dulce y boba.

Pronto volvieron hacia la casita en construcción.

El sol hacía llameantes las calles blanquísimas, que aprisionaban pedazos de terreno sin construir llenos de yerba fina y de matojos quemados.

El negrito Luis Moreto, chiquitín y robusto, esbozó su más franca sonrisa de alegría. Desabrochóse la camisa mugrienta; los faldones raídos tremolaron al viento.

–Juliansito, vamo a costano ahí pa conversá un ratico.

–¡Cómo no, mi vale!

Se tendieron en la yerbecilla, frente a la casucha. Delante, Mariana se arreglaba la blusa y sonreía, mientras Rafael miraba el cielo bajo la sombra del andamio. Entre sus labios grasientos, humeaba el cigarro.

El negrito Luis Moreto estaba alegre. Le iba a hablar a Julián de una mujer que lo quería. Comenzó la conversación despacio, con cuidado. Anoche no le había dicho nada porque...

–Oye, valesito Julián, ¿a ti no te parese la gran nesedá casase?

–¡Concha, compae!, y ¿eso tan de pronto?...

Le hablaba de eso, porque tenía confianza en Julián. Había, por allá por San José una muchacha que lo quería, que era novia de él desde hacía un mes. El está seguro de que ella lo quiere ¡más que el cará!

–Pero, compae, si acaso besitos en tó este tiempo y dise que y que ella y que es honrá y ná. Naíta, mi vale, ¿qué te parese?

Julián le contestó que cada mujer tenía su hora y que atacara. Como siempre sacó a relucir un caso que le había pasado a él.

Cuando él estaba bregando a Teresa era lo mismo: ¡Jesú!, ¡que po qué era tan malo con ella!, ¡que ella meresía otro trato, que ella era una mujer honrá!, ¡que él lo que quería era llevala a la perdisión! Toas las mujere son lo mismo. Porque uno eté enamorao no se va a echá una broma sin má ni má. Ademá, que las mujere son divinas pa pasá el ratico con ellas pero ¿pa tenelas to el día entre la casa? No se fíe, compae, y téngalo en cuenta: toa mujer tiene su hora en que le dice que sí y en que usté consigue lo que quiere sin trabajo. Ahora que pa eso es menesté mucho trabajito de simpatía y regalitos y cariñitos, que les gusta más un cariño cuando ellas quieren que to el oro del mundo.

–Entonse, ¿a ti parese que debo seguí pegao al corte hasta que consiga?

–Seguro. Si quiere hasemo una apuestica de que antes de un mes se va contigo.

Sonó la voz del maestro:– ¡¡¡A TRABAJAAAAA!!!!

El negrito Luis Moreto volvió a sonreír. Eso era lo que él pensaba. Sino que el vale Julián sabía decirlo de un modo que convence.

–Y, a propósito, el otro día te vi pu ayá, por San José.

–Gua. Fui a visitá a las Gonsale.

–¿Ajáa?

–Sí. Por su hermano. Lo conosí en la carse y me dijo que visitara a su familia. Buena gente.

–Ya lo creo. Rosa es simpaticasa.

–Bueno. Vamo pá arriba a seguí la cuestión.

–Nos vamo junto esta tarde. Tengo una pila e cosas que desite.

CAPÍTULO XVIII

El negrito Luis Moreto afina la silueta bajo el foco de la esquina. En la ventana estrecha lo está esperando la novia y él

camina hacia allá con pasos seguros. Entre los barrotes los dedos de la mujer dan reflejos multicolores: vidriecillos de sus sortijas.

Negrito Luis Moreto está esta noche triste. Su mano ancha abarca los dedos largos de su novia y, en lo oscuro de la calle, los ojos le toman incógnitos reflejos de meditación. Sobre sus sentidos, suave gasa melancólica.

Saltan las preguntas de todos los días: que cómo le fue a ella en la fábrica, que si trabajó mucho.

—Bien. ¿Y a ti qué tal se te hizo el día?

—Bien, m'hija, bien.

Negrito Luis Moreto suspira. Sus dedos gruesos se entrelazan con los de la manita suave de la mujer. Luego hacen cosquillas sobre los brazos cubiertos de fino vello. La morenucha, temblona a la caricia, retira el busto: la mano del novio le rozó los pezones en fugitivo contacto de enamorado.

—Cuidado, no te pases, —rezonga la vocecita.

—Pero, ¡negrita!...

—Nada, nada.

Negrito Luis Moreto, recuerda las frases de Julián y se aflige más, pensando en la inutilidad de su modo de ser en cuestiones de amor. La pregunta se le forma en los labios tímida y segura; ¿por qué su negra es así, sabiendo que él la quiere?...

—Es que...

Esta noche ella no encuentra razones para su negativa. No puede decir, como otras veces, que es una mujer honrada, que él la quiere perder. En sus labios sólo palabras vagas de miedo y de amor. Miedo de sí misma, de su temblor, de su cuerpo. Y, poco a poco, va dejando que el negro la abrace y la bese.

—Carmensita, yo sé que tú me quiere...

La voz del hombre tiene temblor de sexo y sus manos ávidas extienden sobre el cuerpo de la hembra el manto abrigador de la caricia múltiple y regocijada.

Sobre los balaustres de la ventanuca el cuerpo de Carmen se aprieta al contacto recio del novio. Entre los hierros, hunde sus labios en los labios de Luis Moreto. Los brazos se engarzan.

De pronto, záfase la chica del apretón.

Con los ojos bajos, revuelto el pelo, agudiza el perfil del brazo en la orden.

–¡Vete, vete!

–¡Negrita...!

Tras los hierros, suenan las maderas de la ventana al cerrarse bruscamente.

Negrito Luis Moreto afina la silueta bajo el foco de la esquina.

Al fin apoya en el poste, su figura encanijada de pajarraco alicaído. Luego de un rato de abandono, levanta la cabeza. En su hombro, la recia mano de Julián Ponce.

–¿Qué hubo mi vale?

–Ahí: entre fuerte y dulse, como el guarapo.

–Bueno ¿y qué jué?

–Na. Cuestione de Carmensita que cuando más...

–¡Ah, caray y yo que estoy alegre esta noche!... Casualmente iba a buscate, pa sacá la guitarra. Tengo una fiestesita po aquí mismo. ¡Vamonó, valesito! Pasamo la gran noche del siglo.

–¿Fiestesita?

–Sí, oh. En casa e las Gonsale. ¿No sabe que yegó el hermano e la carse? Me dijo Rosa a vé si conseguía una musiquita pa peganos al corte. ¿Vamo? Van Rafael y Antonio y Felipe ¿vamo?... Tocamo y cantamo unas veses unos y otras otro, ¿ah?, ¿qué hubo?

–Amonó.

Negrito Luis Moreto suspiró bajo el foco de la esquina.

Junto a las casuchas pequeñas, siguió la marcha al lado de la figura, rotundamente ancha, de Julián Ponce.

* * *

A las diez llegaron los dos compadres a la casita del callejón.

Un rumor de voces alegres se arrastraba por la calleja infiltrándole tono popular y colorido de faldas movidas y risas de mujeres.

Dando golpecitos en el corazón de la guitarra, pasó Julián, tongoneando su hombría, alta la cabeza, la pajilla ladeada sobre

la sien izquierda. Populachero, alzó su grito: ¡Urpia, Doloreeee!...

Luis Moreto pasó la miradita melancólica por las faldas de seda barata.

Algún negro, al pensar en el baile, se apretó a su pareja bisbiseándole al oído las palabras del amor.

Rosa llegó, alegre y temblona, diciendo que así le gustaban a ella los hombres, avisados e inteligentes para lograr una fiesta.

Julián le hizo un arrumaco y la negra sonrió, abierta la bocota fresca. Al fin, se agarró al brazo de Julián y echó de los ojos un mirar gozoso.

–¡Qué maraviya!

El brazo del negro acarició un momento sus pechos. Ella lo miraba sonriendo con su mirada franca:

–¡Negro sinvergüensa!

–¿Sinvergüensa por qué?

–Por naíta, naíta.

Y van riendo los dos apretados por todos los cuerpos, por todos los olores, por todos los ruidos del bailecito.

En el rincón, húmedos los labios por la última copa de "amorsito", Luis Moreto comenzó a hacer sonar la guitarra.

En las cuerdas, música de todo el mundo hecha ritmo venezolano.

–Súmbate con el Cumaco –le gritó Julián–. Ayá voy yo a cantalo. Anda.

Julián cantaba a voz pelada, abierta la bocaza como si la música apenas cupiera entre los labios estremecidos.

El murmullo de la sala llevó el compás.

Era un ritmo de coito entre cada pareja.

De vez en cuando, el grito sexual de alguno escapado en alegre carcajada seca.

Al rincón donde estaba Julián bebiendo llegó Rosa moviendo las caderas en vaivén seguro y cascabel.

–Oye, Juliansito ¿no sabe ónde anda Juan?

–Yo no ¿lo buscamo?

–Acompáñame.

Tras el perfume de la hembra –perfume barato y fuerte– Julián caminó como perro atado.

A poco, en la punta de unos dedos, la copita repleta.

Sonó la voz borracha, de sonidos inseguros:

–P'al mejor cantaó, vale Julián. Uté y yo pa los que salgan.

Julián tragó la bebida dulce y quemante.

–Grasia. ¿Tú no quiere un poquito, Rosa?

–Bueno. Anda.

La hembra temblaba con temblor afanoso, incontenible.

–Mirá, tú, otra copita p'acá.

Con su mano la escanció entre los labios de Rosa.

Unas gotas cayeron en la blusa, sobre los pechos altaneros. Julián se los acarició; su mano, dura y sabia sobre los pezones estremecidos.

–Anda. Llegamo hasta la puerta pa cogé un poco de aire. Seguro Juan tá en la asera. Anda. Tú adelante.

Efectivamente –orilla de la calle– Juan Matías miraba hacia arriba el cielo lleno de estrellas.

–¿Qué hubo mi vale? Buscándote andamo. ¿No vas entrá?, ¿no va tomá? El otro desperezó los pensamientos cansado.

–Ayá voy.

El par enamorado se quedó en el dintel.

El pelo de Rosa se movía en la brisa.

* * *

Una mujer se abrió paso hasta la puerta.

–¡Gua, Carmensita! No te había visto.

Carmen parecía asustada.

–Vengo p'acá, poque toy mariada.

Allí mismo vomitó.

Luego volvió estremecida. Rosa la acarició preguntándole si ya se sentía bien. Carmen sonrió: Sí, ya estaba bien. La culpa la tenía Luis Moreto, que la había hecho beber demasiado.

–¿Ajáa?

Pausa.

–¿No conoses este amigo?

–De vista. Anda p'arriba y p'abajo con Moretico.

Julián Ponse, un servidol.

—Carmen Velasque.
Hablaron.

* * *

—¿No entras, Julián?
—Ya voy.
Las dos mujeres se metieron entre la algazara del baile.
Ahora, apenas sonaba una victrola pequeñita, traída sin saber nadie, quién ni cuándo.

* * *

Julián comenzó a serenarse.
Era imposible lo de llevarse a Rosa. El no tenía real con qué sostenerla. Era una sinvergüenzura con esa mujer echarle una broma sin más ni más. Ella estaba acostumbrada a llevar buena vida.

* * *

La voz de Luis Moreto sonó detrás llena de gallos.
—Compaíto, Julián, me veo en un apuro. ¿Tú no tiene ahí unos bolos que me prestes?...
—¿Te vas a llevá a Carmen?...
Luis Moreto negó sonriendo.
—Bueno, toma. Que tengas suerte.
El negrito tornó adentro.

* * *

Apretado a la cintura de Rosa, Julían se mueve al ritmo negro en que brinca la música.
A las doce, salió escapado.
Mientras se despedía, la mano de Rosa, se detuvo en su mano.

* * *

Al otro día, sobre un andamio, en su oficio de albañil, sorbió todo el aire llenándose el pecho enorme y suspiró.

Luis Moreto llegó después del almuerzo.

Julián desde el andamio lo saludó:

–¿Qué hubo de anoche, negro Moreto?

–Ya te contaré.

La voz del negrito era como de gallo, abiertas las alas.

–¿Buena suerte?

–Ya verá. Ya verá.

Julián cogía los ladrillos en el aire y formaba con ellos pila.

–¡Rafael! Sube con la mescla.

Y comenzó a trabajar bostezando bajo el sol caliente de las dos de la tarde

Capítulo XIX

Bajo un chorro de agua, en el patio de la casa, fueron bañándose los albañiles.

Con el torso desnudo, iban despegando de sus caras la costra del trabajo, hecha de sudor, de polvo y de cansancio.

Hace un momento, bajo esa costra pesada, los gestos y los pasos se les hicieron lentos y graves. Pero, al sonar la voz del maestro de obras:

–¡Basta por hoy! –brotó la alegría.

Las canciones saltaron como si a cada hombre le naciera en la boca una hoja larga de sonido.

Alguna risa cayó en el aire tímido.

Del andamio, bajó Julián Ponce tras de colocar el último ladrillo y apretarlo en la masa gris de arena y cemento.

Todos fueron metiéndose en la casita esperando y empujándose para el turno del chorro que sonaba en el suelo del patiecito lleno de ladrillos y sacos de cemento.

Negrito Luis Moreno hace cabriolas y chistes. Grita refranes. Olisquea y brinca como un perrito joven y juguetón.

Julián espera, serio y soñoliento. La llama del fósforo ilumina sus rasgos bañados en severidad. Luis Moreto se acerca. Ahora le contará lo de anoche. Lo espera para irse juntos. Y, de repente, parando su alegría en gozosa seriedad, suelta lo que tenía que decir:

—Valesito, me voy a casá.

—¡Concha!

—Ya le contaré.

De su pelo, revuelto y brincón, se desprenden goticas plateadas del agua. Por el tórax, de músculos pequeños y fuertes, corren los arroyitos frescos. Ya no hay encima costras de cansancio. Los rasgos viven libres el juego inevitable de las expresiones de Luis Moreto.

En su boca la canción:

Cuando un negro tá comiendo
de un blanco en la compañía,
o el blanco le debe al negro
o é del negro la comía.

Mientras tanto, saca un espejito, lo cuelga de un clavo en la pared y se va peinando hasta dejar tranquilo su pelo en ondas diminutas.

Al fin, se clava la pajilla sobre la sien izquierda.

Julián ahora se está lavando. Se ha desnudado enteramente y, sentado en el suelo, recibe la ducha fuerte del chorro.

El negrito Moreto se vuelve: que se ande ligero, que tiene que llegar temprano a su casa.

* * *

Los dos negros salen de la casita. Apretado el paltó a las caderas, enorme el pecho, las pajillas ladeadas sobre la sien.

Ya es noche.

Sobre el tejado de una casa, un lucero.

Luis Moreto va contando sus cosas:

En la mañana, llevó a Carmen a su casa de él. Le dijo a la madre que la tuviera ahí; que esa iba a ser su mujer.

Indudablemente, se tenía que casar con Carmen.

¡Eso es así!

Julián oye las confidencias del negrito y le va envolviendo, como una capa mansa, una suave tristeza.

Sus ojos, hacia el cielo. En sus manos, una incógnita caricia sobre el viento oscurecido en la primera hora del anochecer.

¡Que siga el compadre hablando!, ¡qué tarde tan sabrosa!, ¡que siga el compadre hablando!...

Luis Moreto contaba: entonces Carmen le había dicho que no volvería para su casa. Que se casarían o no, pero que ella se quedaba con él para siempre.

–¿No verdá, Julián, que me tengo que casá?

–Gua, cásate. Ella te lo deja a tu voluntá, así, que puedes sabé perfectamente lo que te conviene.

Luis Moreto sonríe. Es que está seguro de que quiere a Carmen. La quiere muchísimo. Tanto, que, a veces, hasta se pone triste, cuando ella le habla diciéndole una porción de cosas cariñosas. Es una cosa rara que le va subiendo, como una angustia.

–¿Está fastidiando al compadre?

–No. Lo contrario.

Le gustaba a Julián esa conversación, porque estaba esta tarde como entristecido.

Y, ahora, le preguntaba él a Moreto, ¿qué le parecía lo de no haberse llevado a Rosa?...

Luis Moreto le puso delante su nuevo modo orgulloso; bajo el ala de la pajilla una sonrisa envalentonada.

No sabía qué contestar. Julián no estaba en el mismo caso que él. Tenía mucha relación con el hermano, con Juan Matías.

Además: que Julián era muy sinvergüenza: ¿se iba a casar con Rosa?

–¡Qué va, mi vale!

Luis Moreto seguro que no había visto bien a Rosa.

Eso no era mujer para estarse con ella tranquilo, ni para vivir así...

No sabía Julián explicarse, pero Rosa no era como Carmen. ¡Qué va!

Al fin se despidieron.

Si algo se le ofrecía a Luis Moreto, bien sabía el negro que él era amigo seguro. Podía contar con él para cualquier cosa.

* * *

Entró al callejón.

En la ventana Rosa esperaba.

—Ya creía que no ibas a venir...

Rosa está con un vestido brillante y oscuro. Los pechos, se le marcan altaneros y las caderas se le curvan en un brillo de sedas. Bajo el límite del vestido, el zapatito de charol.

—¿Cómo está?... ¿cansadita de lo de anoche?

—No.

Se despertó tempranito, con un afán de trabajar y de arreglar la casa. ¿Y él qué hizo anoche?

—Nada. Irse a dormir. ¿Qué iba a hacer?

—Bueno y ¿qué le parecía lo de Carmen y Luis Moreto?

—Gua, nada. Se van a casá y sanseacabó.

—¿Sí?, ¿ya había hablado Julián con el negro Moreto?

—Ujú.

Juan Matías no había llegado todavía.

Se empeñó en arreglar desde ese mismo día la cuestión del trabajo. Apenas llegó a almorzar y salió otra vez.

A Rosa le parece que el hermano le llegó muy raro. Le hace cariños, como siempre, pero no es el mismo. Se le ve una especie de bobera... De repente, se queda mirando al techo sin hablar... Le parece a Rosa que, a veces, se siente como encerrado en su casa. Y eso, que ella apenas si lo ha visto. Pero, en lo poco que ha hablado con él, le ha hecho esa impresión, como de sentirse fastidiado y apretado en su casa. Además, a cada rato se pone a hablar cosas de los curas y de los ricos... A ella le importa poco eso, pero a la vieja... La vieja vive llorando.

—¿Ajá?

—Sí, hombre... Pero, entra y lo esperamos un rato.

Capítulo XX

El callejón silencioso se baña de luna clara.

Las once.

En la puerta, el último roce con las manos de la negra.

–Adió.

–¡Julián!

–¿Ah?

–Nada.

–Bueno pué, hasta mañana.

Las casitas están mudas. Apenas de alguna sale un sonido, pequeño como un roce.

Julián siente sobre sí los ojos de Rosa mientras deja caer los pasos entre el silencio del callejón enlunado.

En la esquina, bajo el poste, su silueta de negros perfiles.

Se apoya en la pared. Siente que Rosa está todavía en la puerta. Mirándolo.

El no ha de volver la cabeza.

Enciende un cigarrillo.

* * *

Como si el humo del cigarro se le hubiera metido en lo hondo de las venas, siente por todo el cuerpo una vaga desazón.

Es una molestia, casi respiratoria, que le descompone la marcha segura de su organismo, maravillosamente hecho para todos los fines vitales.

Como en sus momentos de orgullo, infla el tórax. Pero ningún sentimiento fuerte enciende llamas en su corpachón.

Es vaga la molestia. Vaga y fuerte.

Es algo que se le va concretando en el nombre de Rosa.

Sacude los pensamientos, pero ellos vuelven, como palomas cansadas y grises.

Allá en la puerta los ojos de Rosa lo estarán mirando; entre los párpados cansados de la mujer, habrá un gesto doliente y cariñoso.

Las casitas en silencio.

El callejón con luna.

Apenas un ruidito como un roce.

Y allá, en la puerta, los ojos de Rosa.

Julián despereza su inquietud, y se va caminando por las calles solas, bajo los focos de luz, bajo la luna extendida como una inmensa cobija blanca.

Tras lo oscuro de un portal, el policía se arrebuja en su abrigo pesado.

En el silencio de la noche, Julián va metiendo sus pasos.

Un borracho suelta su voz agria: –¿Pero quién le ha dicho a usté que la noche es pa dormí?... La noche es pa gosá y pa tomá aguardiente.

En otra calle, la parejita apresurada de enamorados. Y así, una y otra calle.

Alguna vez el pito de los policías, a lo lejos, llamándose para el cambio de guardia. Y un bocinazo de automóvil.

Al lado mismo de Julián un auto deja caer risas de borracho y alargadas notas tangueras.

(Suele ser voz de mujer la que va dejando el tango, en desvaídos sentimentales por las calles blancas, rectas, solas).

La vaga inquietud de Julián ha quedado hecha vaga tristeza y va botando sus pensamientos en una media voz ahogada.

Siempre que le viene esta tristeza grande y buena, sueña con mujeres. Para que cierren los párpados estos tristes sueños, no hay más que acostar la cabeza en unos suaves pechos de mujer. Lindas almohadas para los pensamientos melancólicos.

Pero no tiene ni un centavo esta noche.

No le queda más que irse para su casa.

Esta noche, se queda sin mujer.

* * *

Al fin, ésta es su calle.

Suena la llave y sus pasos se hacen más sonoros en el silencio pequeño, recogido en un puño, de la casita.

Julián va caminando con cuidado, de puntillas.

De repente, allá en la oscuridad, advierte una vaga silueta blanca.

Es Juanita, la cuarentona ama de la casa.

Pasa a su lado.

–Has venido muy tarde hoy...

–¿Sí?

Las manos de Julián rozan todas las blanduras de ella.

–¡No, no, no, no!

–Sí, oh. Si yo sé que tú quiere. Si desde hace tiempo...

***

En el cuartucho de Julián, bajo la luz pobre de un foco sucio, la cuarentona suspira de amor.

–Es verdá, mi amor. Hase tiempo que te buscaba.

* * *

A las seis sonaron en la puerta los golpes de Juanita.

Julián se desperezó.

Ella hundió la cabeza entre las hojas de la puerta.

Cariñoso el cucurucho de los labios, le habló al negro:
–Anda, chico, que es tarde, y tienes que desayunarte, y vas a llegá tarde al trabajo.

Ella dijo así, pero, en su brazo fofo, está la mano fuerte de Julián.

Capítulo XXI

A eso de las siete, Julián se echó en brazos de la mañana.

Una mañana clara y fresca.

Estaba alegre. Y lucía, con orgullo de niño, su sonrisa blanca y su paso fuerte.

Al caminar, daba golpecitos en las paredes y brotaba a su alrededor atmósfera de pendencia y dominio.

El era siempre así luego de estar con una mujer. Sentía

fuerza en cada músculo. Era un goce de posesion de todo el mundo; como si las cosas que lo rodeaban tomaran forma de hembras complacientes.

En esa alegría, se diluía el recuerdo de Rosa, el de su malestar de la noche anterior.

* * *

Llegó al trabajo con el emisario de una canción.

Luis Moreto se le acercó a poco. El negrito sentía la necesidad de contarle su felicidad a ese grande amigo que fue siempre Julián. Al rozarle la voz alegre del compañero, toda la sana alegría que le había regalado la mañana, se le apagó a Julián como llamita en el agua, con leve chasquido.

Se le acercó Luis Moreto, y no pudo ofrecerle, como otros días, su afectuosa atención. Le dolía a Julián como un remordimiento ese perenne florecer del nombre de Carmen en los labios de Luis Moreto.

* * *

Y así, en todos los días siguientes, huía Julián de la habladuría reidora del recién casado.

Y así, en todos los días siguientes, huyó de todo lo que pudiera quitarle esa íntima alegría que le daba el goce continuo del fofo amor de la cuarentona.

De lo primero que huyó fue de Rosa.

Hasta de pensar en ella.

Su nombre le traía en los brazos, como un regalo negro, la desconfianza y el mal humor.

La zozobra que sintió la otra noche, al salir de casa de la negra, le volvía a cualquier roce con ella, así fuera sólo de pensamiento.

Y para esa zozobra, no había sino un remedio: el blando remedio blanco del amor de Juanita la cuarentona.

* * *

Cada día, le aumentaba el peligro de caer en su angustia.

Por más que volaba a su refugio de amor los días se le iban haciendo temibles, como la llegada de un gran mal.

La vista de Luis Moreto y el oír de continuo su charla llena de risas –aquella alegría de gallito satisfecho que mostraba a todos el negrito amigo– le causaban repugnancia. Se impacientaba de sus chanzas y contestaba brusco a sus puyas confianzudas.

Luis Moreto, presintiendo una oculta antipatía, terminó por pasar seriamente a su lado, sin saludarlo apenas.

* * *

Pensó en cambiar de trabajo, pero una oculta pereza que él no se explicaba, no le dejaba hacer su gran deseo.

A veces, al acostarse, se quedaba mirando su bíceps rotundo, que le apretaba la piel y venía la angustia haciéndole correr hacia las blanduras de Juanita.

Se le pasaban los días, escondido de sí mismo, huidizo de sí, y de todo lo que le recordara aquel sentimiento que le nació en mitad del pecho, sin intervención suya, como un hijo ya grande que le robara la tranquilidad.

* * *

Al fin, ni el amor continuo y doblegado de la cuarentona le servía para remedio de su pesadumbre.

A la salida del trabajo, con el jornal de la semana en los bolsillos, se iba los sábados a cualquier pulpería.

A tomar aguardiente, hasta que la última monedita quedaba en manos del pulpero regordete y sonreído.

Luego, llegaba tarde a la casucha y se echaba sobre la mujer en desesperada crueldad.

La golpeaba, mientras ella se le rendía suave, llorando a los golpes y a los besos del negro.

Alguna vez, Juan Matías lo iba a buscar, con esa mirada triste que trajo de la cárcel, y le decía que fuera a visitarlo, que Rosa preguntaba mucho por él.

Julián contestaba en tono socarrón negándole al fin toda posibilidad de visita.

Juanita –le decía a Juan Matías– lo celaba mucho y no quería perder el bolaón de no pagar casa ni comida.

* * *

Así, se le iban pasando los días, como ante los ojos, sin apenas dejarle recuerdos de su paso.

A veces, le preguntaba a Juanita qué fecha era. Al contestarle se asombraba:

–¡Concha!, ¡sí que ha pasao el tiempo!...

–¿De qué, mi amor?

Y él: –De nada...

* * *

Hasta que un día decidió rotundamente, cambiar de vida, rehacer su vida. Era ya demasiado pensar en Rosa.

Volvería a su vida de antes.

Hoy aquí. Mañana allá.

Sin pensar en ésta o en la otra mujer, sino estando con ellas el tiempo que le diera la gana.

¿Qué le habría entrado?...

Ahora, sólo era una rabia sorda.

Cambiar de trabajo.

No ver más aquellos compañeros que lo molestaban aunque no hablaran. Aunque le pasaran al lado en silencio, temerosos de su fiereza que se le traslucía en sus gestos recelosos y airados.

* * *

Y cambió de trabajo y de vida.

Ahora, de aquí para allá y de allá para acá.

Cargador sempiternamente unido a un camión en viajes hasta Puerto Cabello, hasta Barquisimeto, hasta La Guaira.

Ahora, como antes, de aquí para allá.

* * *

Ni siquiera se despidió de aquel blando amor de Juanita.
Hasta de ella huyó.
Una noche, esperó en vano el blando cuerpo gordo.
Julián no llegó.

Capítulo XXII

La vida de Rosa en su casita del arrabal es un lloro silencioso, una dulce lagrimita de desconsuelo.

Como, desde la llegada de Juan Matías, no trabaja, se pasa todo el día preguntando a las cosas la razón de su quebranto.

¿Por qué no viene Julián?...

¿Por qué no viene?...

En las noches, luego de la comida, pone la cabecita sobre el pecho robusto del hermano y endulza la voz. Cuando se apagan en la casa las últimas luces, suelta la pregunta:

–¿Por qué no viene Julián?...

–¿Por qué no viene?...

Y pasan los días, mientras ella entristece bajo los suaves cuidados de Juan Matías.

Su pregunta se ha hecho angustiosa para el hermano: ¿Es que ella le ha hecho a Julián algo, sin querer? ¿O es Juan Matías quien ha tenido un disgusto con él?...

–Nada, nada.

–¿Nada?, ¿verdá?

–Nadita. No viene porque no quiere. Al contrario, yo hasta le he dao tus recaos. ¡Ya vé!...

La negra suspira.

Y baja los párpados oscuros.

* * *

Esta noche, la tristeza le ha subido de punto, ahogándosele en la garganta hecha tenues sollocitos.

Rosa fue al cine con el hermano. Y al lado se sentaron Luis Moreto y Carmen, lindo casar feliz.

Fue todo lo de antes, venido a los ojos.

Rosa recordaba cada encuentro con el negro, huido ahora de ella.

El primer día, azorado, con la carta de Juan Matías.

Después, tantas veces que la acariciaba calladamente, como si lo hiciera con vergüenza de ella. Tantas veces, en la ventana, bajando el tono de la voz, diciendo las tonterías de siempre con cariño expresamente oculto en las palabras.

Y el gran día, cuando llegó Juan Matías, el día del bailoteo... Ese día se fueron Luis Moreto y Carmen.

Ese día...

El recuerdo se le hace vivo.

El la abrazó casi.

Y ella le dijo: –¡Ah, negro sinvergüenza!

–Así es que te gustan a ti los hombres, ¿verdá?

Seguro...

¡Qué noche, mae santa!...

Rosa tiembla al contacto del recuerdo sabroso.

A su lado, Carmen ríe de las observaciones de Luis Moreto.

El negrito Moreto: –¡Concha, mira ese besote!... ¡Le tiene la lengua en el estómago!...

Su mujercita riendo: ¡Jesú, chico, no sea vulgar!...

¡Pero si eso no tiene ná e vulgaridá!

–No, ¡qué va, sinvergüensa!

* * *

Se encienden las luces. Barullo de voces y movimientos.

Los vendedores gritan: ¡Pastillaaa!, ¡pastilla de lima, limón y naranjaaa!

Rosa asegura la voz antes de preguntar:

–Moreto, ¿desde cuándo no ve a Julián Ponse?

–¡Gua! Hase un siglo. Ya no trabaja de albañil. Ahora está en un camión p'arriba y p'abajo.

–¿Ajáa?

Sí, oh. El taba medio loco hasía tiempo.

* * *

Llegó del cine y se encerró en su cuarto.

Desde la punta de su "toilette", la lamparita barata iluminó la camita blanca, los frascos, la polvera, la colombinilla de cristal azul.

Tiró el sombrero en una silla.

Sentada al borde de la cama, se ha puesto a llorar.

Tapando los mimos del llanto, las manos largas y negras, con las uñas saltonas, con la sortija de perla falsa en el dedo del medio.

Ha vuelto los ojos hacia el espejo.

De las peinetillas verdes, saltó el pelo.

Sus ojos le están diciendo: POBRECITA... Con su mirada, se acaricia triste.

* * *

Poco a poco, se ha ido desnudando.

Al fin, cayó el último ruido de la seda: las medias.

Desnuda.

Los negros perfiles, sobre la blancura encalada de las paredes.

Desnuda ante el espejo.

Se mira los pechos rotundos, temblorosos de llanto. Los pezones rojizos. El vientre redondo de suave piel. Los muslos apretados, lisos en la carne. El fondo oscuro del sexo. Los brazos regordetes de maravillosa piel. Los pies, entre los zapatos de charol.

La negra se está mirando.

La negra se está mirando, y se mira como especialmente hecha para el amor de Julián.

La curva de sus caderas se curvaría completamente a las manos de Julián. Sus pechos temblarían siguiendo el pulso de Julián. Cada parte de su cuerpo tiene la forma de una caricia del negro.

Rosa se siente de él.
Unicamente de él.
Por esto, mira amorosa su silueta en el espejo.
Ella es para él... Pero...
JULIÁN NO VIENE.
Rosa llora largo y tendido; su espalda, hermosa en el moverse del llanto; sus nalgas negras, redondas, hundidas en la mancha blanca de las sábanas.
¿POR QUÉ NO VIENE JULIÁN?
¿POR QUÉ NO VIENE?
Y la pregunta queda muda, porque sólo habría una respuesta: el cuerpo del negro sobre este cuerpo lloroso.

* * *

En la puerta sonaron los nudillos de Juan Matías y su cabeza, brillante de grasa olorosa, asomó entre las maderas.
–Tápate, Rosita, que vengo a hablá largo contigo.
La negra se envolvió en la sábana. Los cariños del hermano cayeron sobre ella como garúa bienhechora.
–Vengo a hablá largo contigo. ¿Me salgo un momento y te vistes?...
Rosa apenas dijo no y se apretó confiada al hermano, poniendo su cabeza alborotada sobre el corazón de Juan Matías.

* * *

Llorosita, suelta la pregunta:
–¿Por qué no viene Julián?...
Juan Matías entristece. Justamente de eso venía a hablarle. Y de otras cosas...
–Debes olvidarte del negro Julián.

CAPÍTULO XXIII

La claridad de la amanecida le viene en la carretera blanca,

entre lo húmedo de los matojos del cerro.

Esa hora cristalina, lo sorprende apretados los brazos contra el pecho, frío por el enorme frío que traen los primeros ruidos del sol. Acostumbrado a las bruscas vueltas de la carretera, Julián dormita y tira al compañero retazos de su charla.

El otro sonríe a sus chanzas y en la penumbra de la hora se le abre la sonrisa consolada.

Habían salido de Caracas a las cinco y media, hundido el camión enorme en el vago claror de términos de la noche.

Ya en la carretera, les llegó la amanecida.

* * *

(La amanecida es ese momento –paralelo a otro del atardecer– en que el aire sobre las cosas está lleno de luz. De luz tímida, blanca. De luz inmóvil, miedosa de hacerse día y esperadora que hace fácil el camino a la otra luz amarilla del sol.

La amanecida es sólo un momento. Maravilloso por frágil y de encaje, por remansado en luz, por lo de piscina ingrávida que tiene.

Es un momento de enormes alas quietas, luminosas, sonoras).

* * *

A una vuelta del camino hay nubes rosadas sobre el mar. Y ese tenuísimo rosado se lleva lo que era la amanecida, cambiando las cosas en mañanita.

La mañanita es el primer roce caliente del sol, desperezo de la tierra.

En ese momento el hombre que va camino del trabajo, aspira bien el aire y le viene un impulso de enseñar a todos sus músculos enormes.

* * *

Julián se ha desperezado con el desperezo de cada árbol

del camino, de los cerros verduzcos, con el tenue suspiro rosado que hacen las nubes allá lejos.

En un trago de viento le saltó un botón de la camisa sucia, y luego de la boca ancha, su carcajada blanca.

Cada sentimiento suyo le está amaneciendo.

En mitad de la risa, hubo de callar. Reventó un neumático.

–¡Maldita siá!, ¡y no traje gato!...

–¡Ah, caray, qué mal gusto!

–¡Maldita siá! Tenemo que esperá tranquilo.

–¿Ajá? Bueno. Vi echá un sueñito, ¿ah, compaíto?

–Seguro. ¿Un cigarro?

–Bueno. (El chofer llevó el camión poco a poco, hasta el talud empinado).

Sobre la carga –sacos de maíz-- Julián y Rafael.

Julián habla. Y, a veces, calla y dormita y piensa.

¡Ya hace tiempo que no puede dormir sino hasta las cuatro!, ¡concha!, ¡qué trabajito! Hasta le daban ganas de dejar la cosa... Pero ¡qué va!..., aunque le moleste que una mujer le haya hecho cambiar así de vida, sería incapaz de volver a Caracas. Allá ganaba su platica bien descansado en comparación de ahora. En cualquier parte puede ganarse él su comida. Si volviera a Caracas, ¿qué diría Luis Moreto que, el otro día, ya empezó a trabajarle la "pita"?...

–¡Qué va!... Ni de casualidá vuelve él...

¿Que Rosa y que vivía llorando?...

¡Gua! Suerte y chivatería y que uno es como es. No es la primera, ni será la última –Dios mediante– que llore por Julián Ponce.

* * *

Al lado, soplan viento frío los autos veloces, mientras las nubes van desapareciendo.

Se mira la costa, y una última nube se perfila de oro sobre el mar.

Hay un rubor caliente sobre la tierra.

* * *

Un camión que pasó a poco, les dejó lo que necesitaban.

–¡Grasia! Se lo devolveremo en La Guaira.

Al lado de la máquina enorme unos hombres pequeños, musculosos, fuman. Sobre sus cuerpos, se ve la curva del sol en sombras doradas que tienen la forma de sus músculos apretados en la piel trigueña.

Al lado de la máquina fuman.

Son hombres oscuros. Oscuros.

Sobre la blancura de la carretera se curvan acentuando los músculos.

Son hombres de América. Venezolanos, oscuros, que trabajan y sudan.

En el aire, cancioncitas de Julián Ponce:

...que si no me quiere
me voy a morí...

Al fin queda montado el caucho nuevo.

El sol se marca duro arriba del mar –sol radiante de la mañana.

–¡Métele duro, valesito!, ¡a vé si llegamo ligero!...

Pasaron Pariata dejando un reguero de polvo y en la caseta de Policía dijeron sus nombres.

En un momento comieron las arepas con carne frita que chorreaban manteca oscura y sorbieron el café tinto.

Se oía duro el rumor del mar.

Ya en la carretera habían visto los primeros penachos de los cocos.

Una bandada de alcatraces marcaba su ángulo sobre el cielo azul intensísimo.

* * *

Hoy, un sábado, han llegado a La Guaira al atardecer. Se van a pasar la noche en el puerto. Mañana regresarán a Caracas.

A su llegada, la tarde se recogía en la punta de los mástiles

de las goletas. Un gran transatlántico sonaba su sirena tapando la punta del muelle al despegarse para el viaje.

Un rayo de sol iluminaba los colores de la banderita estirada en la punta de un mástil y las aguas tranquilas del puerto recogían ese último temblor de luz.

Por detrás del cerro se escondía el sol.

Dejaron el camión en el garaje de parada y se fueron, en pandilla, a mirar el mar orilla mismo del malecón.

Todavía unos chiquillos desharrapados se bañaban desnudos entre las olas sucias de grasa y arena. En la playa se perseguían jugando con los desperdicios del caserío, alto sobre el camino.

Medias, suelas de alpargatas, residuos de cosas sin nombre iban por el aire en medio del griterío de los chiquillos desnudos.

Un poco más allá, sobre un montón de rocas un pescador, con el pantalón recogido en los muslos tiraba la atarraya. Las olas le bañaban las piernas flacas.

* * *

El grupo de trabajadores, a la orilla del malecón, miraba el mar; se dejaba tomar de él.

Hombres de tierra adentro casi todos, que apenas si pasaban, en la carrera del camión, al lado de la gran llanura azul, quedaban pendientes del continuo movimiento ruidoso del mar, que engaña los sentidos en una enorme admiración.

Julián, aunque había vivido un tiempo en La Guaira, se quedaba también mirando el gran espectáculo inacabable.

El chofer, en cambio, mira a ratos y fuma.

Nació aquí.

Aquí tiene su mujer.

En sus ojos hay cariño, no admiración. En su niñez, su vida era como esa de los chiquillos desharrapados. Un continuo bañarse en las olas, sucias de todas las suciedades del puerto.

Si no fuera por la hora, se tiraría ahorita mismo, para nadar.

* * *

Los compañeros de camión son cuatro.

El chofer, Graciliano Peral, guaireño. Julián Ponce, cargador. Y los otros dos cargadores, uno de San Mateo, otro de Villa de Cura, Guillermo Puyó y Pablo Pérez.

Graciliano tiene mujer y casita en La Guaira.

Los otros, nada.

* * *

Deben ser cerca de las siete.

Ya está oscuro. De vez en cuando pasan los tranvías y la luz que arrojan se multiplica en los pequeños vaivenes del agua en el puerto. El faro da vueltas a su espada de luz.

Graciliano se despide, y se va pegado a las casuchas hasta meterse por una callejuela empinada.

Un momento todavía, se quedan los otros mirando el mar. Luego, caminan también por las callejuelas del cerro.

Julián conoce una posada donde les darán lo que ellos necesitan: caraotas, carne frita y café. Hasta un poquito de aguardiente habrá para después de comer.

–¡Un berro buenaso!...

Por la calleja de tierra, abierta en surcos por el agua de las lluvias, van subiendo.

Esquinada en un callejón, delgado y serpeante, la posadita.

Sentado en un taburete, recostado a la pared, un negro flaco, en franela, fuma un cigarrillo.

Tras la puerta entreabierta, luz temblona de una vela.

Julián se adelanta: ¿cómo le va al compadre José Carmen?, ¿bien?

Los dos negros se saludan con un alegre abrazo, enseñando los dientes en la sonrisa.

Hablaron. ¿Que qué había de comida? Pues lo de siempre: arroz, caraotas, carne. En el berro, los acompañaba José Carmen. ¡Ya lo creo!

–Bueno. Comía pa lo tré.

José Carmen dobla la cabeza angulosa y flaca. Despacioso,

apenas grita en voz delgada.

–¡Maaaaaama! Comía pa tres. Vayen pasando.

–Y tú, ¿no nos vas a acompañá? Mira, unos buenos amigos. Compañeros en la cosa del camión.

–A la orden de ustede, José Carmen Mendoza.

–Grasia.

Los otros le dieron las manos diciendo sus nombres. Estaban completamente a su mandar.

Pasaron todos dentro.

* * *

El negro José Carmen era gran vale de Julián. Se habían conocido cuando servían. Julián era sargento. José Carmen, ordenanza del coronel. Habían peleado –y duro– contra una revolución, en Oriente.

Por eso se dicen cámara y se dan golpes en la espalda al saludarse abrazándose.

Sobre la mesa, opaca y sucia, una vieja negra –el pañuelo rojo sobre las canas saltonas– ha puesto tres platos en derredor de la vela que chorrea esperma sobre una botella verde.

Mientras los otros comen, José Carmen se sienta cerca rascándose el muslo flaco. De vez en cuando, tose con tos cavernosa.

La comida se va rápido. Con el cigarro en la mano, luego del café, piden "el gran palo e berro".

–Trae cuatro, mama, –dice José Carmen.

* * *

Los vasitos se llenan varias veces del aguardiente verdoso a la luz de la vela. Las caras toman reflejos interesantes con el sudor del aguardiente.

Se van pasando las horas sin querer.

¿Recuerda el cámara José Carmen aquella vez que pelearon cerca de Laguna Grande? Ni siquiera sabían ellos qué había pasado cuando les dijeron que habían ganado y que se iban a devolver. ¡Concha!, ¡sí que hubo muertos esa vez!

–Seguro, y aquel día en que atacó aquel indio, ¿cómo es que se llama?... Este... Aquél, vale Julián...

Los otros miran a los dos negros como si fueran distintos de ellos, pobres diablos que no han hecho toda su vida sino trabajar. Trabajar y sacar poco.

Julián habla, ¡qué raro que no ha venido ninguna mujercita aunque sea a comprar cigarros!

José Carmen toma tono grave, de hombre que se da cuenta de las cosas, para contestar:

La situación, que está mala. Y mala para todo el mundo. ¡Cuando hasta los ricos se quejan!... Ahí está él, que, mal que bien, tenía siempre la casa llena de gente que venía a comer. Pues ahora, así... de día en día, vendía un platico de caraotas.

Hasta las mujeres estaban mal. Ahora vivía ahí enfrente una que era hasta ahorita de gran postín. Una española empulpada ¡cará!

Seguro que la vería el compadre. Siempre andaba en la puerta de la casa, sin nadie que la buscara. Y, ya le decía, mujer ¡cará! empulpada, que, en otros tiempos, no hubiera pasado ahogos.

¿No había leído los papeles? En todas partes era lo mismo. En España, y eso que ahora era República, como nosotros. En Inglaterra. Hasta en los Estados Unidos había una pila de gente sin trabajo.

–Bueno. Yo no me quejo. Vamonó pa la puerta, que ahí la vieja nos llevará lo que pidamo y aquí hase mucho caló.

–Y ¿cuánto é compae?

El negro se quedó pensando: Déjalo tó en do bolívares. Dáselo a la vieja, que si lo cojo yo...

Sacaron los taburetes. José Carmen seguía hablando.

"Decía el otro día el periódico que todo era culpa de Rusia, que trabajaba a todas las naciones. No se podía explicar él eso. Pero había cosas tan raras por ahí por el exterior"...

De repente paró la conversación y enseñó con el dedo.

–Ahí tá. Mira, la española.

En una casita de la acera de enfrente se veía la silueta pintada de firme luz eléctrica, de una mujer.

–¿Será cara, cámara?

–¿Cara, y vive aquí? Bueno. Lo único que sé es que paga la casa. Tú sabe que yo cobro por aquí y por eso no me cobran a mí. Ella paga. Deja llamala. ¡Aaaaaaaaaah, Loooooola!

–¿Qué pasa? –gritó la voz chillona.

José Carmen hizo señas.

–¡Ven acá!

La españolita llegó, temblona de pechos, temblona toda.

–Muchísimo gusto, decía siempre al estrechar las manos. Y sus eses muy pronunciadas causaban un raro efecto a los hombres.

–¿Un cigarrillo?

Se lo pidió a Julián y se le quedó mirando con sus ojos enormes.

–Niño –le dijo alzando la testa de cabellos negrísimos– ¿qué tienes ahí?

–¿Aquí?, ¿qué voy a sabé? Mira tú.

La mujer hizo un gesto de desagrado.

–¡Cochino! Caraotas. Uno se lava después de comer...

–Tá bien, negra.

–¿Negra? –y paraba los pechos redondos– Blanquita, nene. Madrileña pura. ¿Voy a ser negra?

–Bueno, ¡qué cará! Tá bien, blanca.

–Oye. Sí que eres gracioso.

–¿Ajá?

Lola lo zarandeó por las orejas.

–¡Simpaticón!, ¿nos vamos?

Capítulo XXIV

Julián se quedó hoy en Caracas a pasar el domingo.

No ha buscado su flux de casimir en casa de Juanita, ni se ha preocupado por peinarse, ni por colocarse una blanca pajilla sobre la sien izquierda.

Los calzones sucios, la cachucha mugre, el pelo saltón, se ha quedado en una esquina mirando a los que pasan. Así lo encontró Luis Moreto. El negrito, en cambio, andaba en tono

patiquín. Sobre la camisa inmaculada, los colores chillones de la corbata de seda.

Tenía cuello duro. Y la cinta de la pajilla era amarilla, azul y colorada. Los zapatos le brillaban como un espejo y la raya de su pantalón era rectísima.

Saludó a Julián como siempre.

¡Concha!... ¡desde que no se veían!... ¿para dónde iba Julián?

–Por ahí... sin rumbo fijo.

–Entonces, te viene pa casa.

Julián negó con la cabeza.

No podía. Hasta miedo le entraba de meterse en una casa a conversar con una mujer. ¡La pistola!

–Sí oh, compae. Ande, que tenemos que hablá. En casa no hay naiden orita. ¡Ande!

* * *

Al fin se fueron juntos.

Moretico vivía ahora por Catia.

Como aquella noche de parranda, cogieron los dos compinches el autobús. Julián recordó la igual circunstancia. El iba con Mercedes, y Moreto con Margot.

–¡Qué diferencia!, ¿ah, mi vale? Ahorita yo toy casao... Tenemo qué hablá... ¿Sabe que tengo un muchachito?

–¿Ajáa?

–Sí, oh. Gordaso tá. Ya tiene un año. ¡Cómo pasa el tiempo, compae!

* * *

Llegaron... Moretín abrió la puerta.

Los pasos resonaron en la casita desierta.

En ella, a pesar de la pobreza, había los cuidados cursis que revelaban la mano de Carmen.

Entre la sombrerera de cañitas cruzadas, un almanaque, con española de mantón y claveles. En el patio, "novios" y palmas

en potes de barro. Los muebles de esterilla, muy brillantes.

* * *

Julián se quedó en el corredor mientras Luis Moreto se desvestía. El patiecito, con su romanilla de cristales rotos al fondo, estaba lleno de flores. Sobre un pote rojo una rosa paliducha dejaba caer sus pétalos blancos.

Julián miraba cada cosa lleno de curiosidad.

Era que, sobre todos los objetos, estaba la grande caricia: la que imponía Carmen con su cariño.

Julián entrevé esto. No puede comprenderlo plenamente, pero le hinca en su realidad de hoy como un ideal que nunca pudiera conseguir. Y que, sin embargo, estuvo al alcance de sus manos.

¿Como ésta, sería la vida con Rosa?

Un patiecito igual a éste habría de formársele en medio del corazón. En él florecitas. Y una rosa paliducha deshojándose de pétalos blancos. Llegó Luis Moreto. Zarandeaba la cabeza, libre el pescuezo de la tortura del cuello duro.

–Caray, compae. Entienda que estos cuellos son bien trabajoso...

Moretín extendía todo el cuerpo ya sin el saco pesado de casimir y sin la camisa almidonada.

Sonreía beatíficamente, como sintiéndose sujeto por la tranquilidad que su casa le ponía en derredor.

Ahora los dos fumaban.

–Y, bueno, ¿qué tal le iba a Julián?... Tenía que hablar un sin fin de cosas. Porque ¡concha!, ¡sí que se había puesto raro antes de irse!, por fin... Moretín creía saber lo que había pasado.

–¿Qué?

–Gua. Nada. Que él –Julián– era un tercio muy sinvergüenza. Que había empezado a enamorarse de Rosita y que no quería casarse. Por eso raspó a cien por hora, ¿no es así?

–¿Así?, ¿así?... Seguro. Pero de otro modo. No era simplemente no querer casarse. Era que él no estaba hecho para esa vidita igual de la casa. Las mujeres lo obligan a uno a esa tonte-

ría de vida. A él de repente, le gustaba irse; hacer otra cosa. Con mujer no es posible. Lo amarran con esto. Que es sabroso, pero que no es para Julián Ponce. Eso es así, vale Luis Moreto.

—¿Que no puede?... Que te da miedo por tu libertá. Y, créeme, esa son tontería, ¿libertá? , ¿no é sabroso dejase goberná por la mujesita? Tontería, mi vale. Asiéntese, que ya ha echao bastante broma. Esta vida es la buena.

* * *

En la puerta, se oye la voz alegre de Carmen. Sonaron sus golpes en la madera:

¡Qué bueno que el marido había llegado temprano! ¡Vamos!, ¡a abrile a su mujercita!

Moreto brincó de la silla a abrir. Carmen entró rápida. Entre sus brazos, el chiquito negro decía papá.

—¡Gua!, ¿cómo tá, Ponse? Entro a cambiá el muchacho y vuelvo. Un momentico no má.

Desapareció en un cuartico oscuro.

Moretín sonriente, respiraba tranquilo.

—¡Créeme, valesito! Eta vida é buena. Eto é lo que deben hasé los hombre.

* * *

A eso de las diez dejó Julián la casita de Luis Moreto.

Desde la puerta le despidió en sonrisas el casar dichoso, mientras él cogía el autobús lleno de ruidos.

Acodado en la ventana de rejas de cobre, se dio a pensar:

Le hacía daño mirar las dulzuras de Luis Moreto. No volvería a esta casa. ¡Lo que gozaba el negro con los amapuches de Carmen!... Pero esa vida no era para él. Eso, para el negro Moreto, para esos tercios acostumbrados a vivir entre mujeres, a rezar, a que la madre les planche la ropa.

¿Pero ÉL?...

En el campo nació como cualquier "mata". Ni se acuerda siquiera de la mama, que el taita, ni ella misma sabía quién era.

Julián Ponce, un día cortando caña y otro cargando sacos

y otro de albañil. Trabajos duros. Trabajos de macho.

* * *

Levantó la cabeza y paseó la mirada por el autobús.

Todas pobres caras de la ciudad.

Caras en ruina, arrugadas de cansancio.

Rostros tristes, de párpados caídos.

Viejos antes de tiempo.

Apenas el carro se detenía por cualquier percance estallaban en denuestos: tenían que ir ligero. Adonde fueran.

Correr.

Apresurarse.

¿Llegar?

A ninguna parte. A seguir la gran carrera.

Alguno entraría al fin a la casita pobre donde espera la mujer cansada, y vieja, y muerta como él. Dormir, y un muchacho chillando.

La mujer le dará muchos hijos. Muchos venezolanos, para arrugarse pronto, para correr, para cansarse y tener hijos, en otras mujeres flacas.

Hijos. Más hijos. Más venezolanos. Más caraqueñitos flacos y chillones, más hombres muertos.

Para eso, nunca JULIÁN PONCE.

El, para sorberse todo el aire. Para hacerse querer de muchas mujeres. Para que Rosa González llore.

Se lo contó Carmen: –¡Sí que lo quiere Rosa y uté sin ir por allá!

¡Poresita a pesar de todo, caray!...

Julián acarició en el aire el recuerdo de Rosa.

* * *

El autobús llegó a la Plaza Bolívar.

Todos bajaron.

En la plaza, sonaba la banda una música rara. Julián se apoyó en el barandal, bajo los árboles.

Las mismas caras del autobús, sonreían ahora con los acor-

des estridentes de los cobres. Con eso gozaban esos hombres.

A Julián le parece ridículo.

–¡Pa gosá, un buen joropo, un buen meneao!

Prendió un cigarro y se fue apresuradamente.

* * *

Vagó un poco por las calles y se decidió por fin a ir a casa de Juanita. Volvería a gozar esa noche el amor de la gorda.

Pensó en ella con enorme placer. Toda la carga de tonterías que le dejó encima la casita de Moreto desaparecería bajo el blando cuerpo de Juanita.

Abrió su sonrisa: ¿por qué habría tantas mujeres que lo querían?, ¿por qué saldría de su persona esa simpatía que hacía brillar los ojos de las mujercitas?

Julián Ponce avanzó el pecho. Sobre su cuerpo sintió el dulce fresco de una noche caraqueña. Encima no tenía más que la camisa sin cuello y el flux de dril.

A través de las alpargatas sentía el suelo frío.

¿Qué diría Juanita cuando lo viera entrar?... ¡sí que le iba a gustar!, ¡mujer que gozara con él tanto como Juanita, no se había visto!...

* * *

Y se fue.

Juanita, lo apretó mucho contra sus pechos fofos y lo besó queriéndose tragar la atmósfera de hombría y fuerza que Julián le tendía.

* * *

Tempranito lo llamó.

Le había arreglado camisa, calzones, todo limpiecito.

¿Volvería a verla de cuando en cuando?

¿No se olvidaría de ella?

–¡Tan maluco que eres! –y lo golpeó cariñosa.

* * *

Alegre y libre lo sorprendió la amanecida en la carretera de La Guaira, sobre el camión de carga.

Capítulo XXV

Un día, lo esperó, en el garaje de parada, Luis Moreto: Juan Matías se estaba muriendo y lo había mandado a llamar.

–¿Muriéndose?

–¡Ujú!

–¡Poresito el vale Juan Matía!... ¿de trabajá tanto, verdá? El no es hombre pa esas cosas...

–De una de esas tisi que matan corriendo.

–¡Ah, caray!, ¡poresito el vale Juan Matía!...

A las siete llegaron a la casita del callejón.

Entre las sábanas blancas la cabeza del negro descansaba noblemente. Toda la seriedad que siempre tuvo le hacía ahora, rígidamente severas las facciones. En las manos ningún temblor, sino pesadez de algo que cae inevitablemente.

A su lado, Rosa, cerrados los ojos, rezaba.

Cuando llegó Julián los abrió.

–Tenía que llegá una cosa de éstas pa que vinieras...

Y se fue sonriendo triste.

Julián se acercó: ¿qué quería el gran vale?, ¿qué necesitaba?

Juan Matías le tendió la mano. Entre el olor del cuarto, pesado de medicinas y ungüentos sonaba tranquila la voz, como si estuviera aconsejando.

Necesitaba a Julián para muchas cosas. Al fin y al cabo, era el único que podía servirle para este caso. Ya sabía Julián que él no iba a durar mucho. Se iba a morir, pronto. Y le importaba un pito. No tenía nada que hacer por delante. Nada por qué luchar.

¡Ah...! Una de las cosas que necesitaba de Julián: que influyera con Rosa para que no le hablaran de curas. El no quería sino descansar. Y las mujeres –la madre y Rosa– lo tenían mo-

lesto. ¿Se lo prometía el vale Julián?...

–Seguro. Lo que tú quiera.

–Por lo del cura te llamé. Ese Luis Moreto anda ahora en cofradías y cuestiones y sería capá hasta de traelo él mismo.

–¡No jó!, ¡con una mujé como la que tiene pensando tontería!

–Arréglale bien los negosio a Rosa ¿ah?... Esto por ensima e tó. Que yo la he acostumbrao a sé gastaora. Te voy a dá tó lo necesario: las escritura de esta casa y de dos má. Con eso puen viví ella y la vieja. Te encargas de tó, ¿ah?

–Por supuesto.

–Y ya tá. Voy a dormí un ratico.

* * *

A las nueve se murió.

Esa noche lo velaron. Dentro de la urna negra, envuelto en las sábanas blancas.

Muchos amigos alrededor de la urna y en la salita inmediata donde Rosa llora.

Donde, a su lado, Carmen le dice cariños de amiga.

Ella, sin embargo, llora desconsoladamente.

Llora muchas cosas.

Un temor se le ahoga --impreciso y fuerte-- en mitad del pecho.

* * *

En el primer automóvil –porque fue entierro de lujo– iba Julián vistiendo su viejo flux de casimir oscuro.

Cuando llegó de vuelta del cementerio, abrazó mucho a Rosa.

Ella se le tiró en los brazos llorando.

–¡El era amigo tuyo!, le gritó.

Como si ésa fuera la razón de su lloro.

* * *

Muchos días la estuvo consolando, haciéndole las diligencias de la herencia.

Y volvió a su trabajo de albañil.

* * *

Y fue así como un día le dijo que la quería y que se tenían que casar.

* * *

Se casaron. Calladamente. En la iglesia de San José.

Como padrinos la madre de Rosa y Luis Moreto.

Hubo risas en derredor de la torta de novia y de los helados de guanábana. Muchas risas ante la cara seria de la vieja que recordaba a su muchachote muerto.

—Nasió con mala suerte.

Así pensaba la vieja.

Se casaron.

La casita tomó ritmo de amor con el continuo besuqueo de los recién casados.

Nada más que una mancha sobre la blancura alegre de Rosa y Julián:

Cuando el primer abrazo libre.

Sintióse Rosa hundida en aquel amor loco que pretendía besarla y rozarla toda.

A ese primer momento, se apartó la mujer.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡epera!, ¡me paresite Juan!...

Y fue arruga en la cara sonriente.

Porque aunque ella no dijo más, se le adivinó una horrible vergüenza tras de los ojos bajos.

* * *

Se casaron.

Pasó el tiempo.

Un año de risas.

Era Rosa un eterno goce ofreciéndose a aquel loco afán de Julián Ponce.

Un año.

Por diciembre, comenzó a hacerse notar el vientre de la mujer.

Una noche, se la quedó mirando Julián y le preguntó con los ojos.

Ella se le sentó en las piernas.
–Sí, mi amor, Eso es.
–¿Sí?
La abrazó. Recostó su testa, cansada del trabajo y de los años, en los pechos de Rosa.
No le dijo nada, porque, a pesar de su alegría, sintió una zozobra escondida.
En los días siguientes llegaba del trabajo y se quedaba viendo largo rato la falda apretada al vientre de su mujer. Y entristecía con pavor de algo terrible.
Al fin, un día descubre en qué consistía su rencor por aquéllo que iba abarcando la salud de su hembrita.
Se le clavó la frase: ME PARECISTE JUAN.
Y algo se le amargó en el pecho.

* * *

Ese día huyó de su casa. Huyó de Caracas. Ni Luis Moreto supo dónde andaba.
Luego de unos meses, volvió.
Ya el chiquillo estaba mamando, sentado en las piernas de Rosa González.
Suspendido entre los brazos, se lo mostró al hombre:
–¡Mira!...
–¡Concha!, ¡qué feo!
–¿Dónde andabas?...
–Por ahí...

* * *

Después de unos días se fue.
Y así volvía, de año en año, a ver a sus nuevos hijos.
Hasta que un año no volvió...

Caracas: 1932.

Guillermo Meneses nació en Caracas el 15 de diciembre de 1911 y murió en Porlamar (Isla de Margarita) en diciembre de 1978.

Salvo la poesía, que sólo se manifiesta en momentos de íntimo esparcimiento, todos los géneros literarios le son familiares. Es reconocido como renovador de la novela venezolana contemporánea y dos de sus cuentos son piezas obligadas en cualquier texto antológico. Se destaca especialmente en la novela.

En este primer volumen de sus *Obras Completas*, se encuentran reunidas sus tres primeras obras narrativas de ambiente criollo, a saber: *Canción de Negros*, *Campeones* y *El mestizo José Vargas* las cuales forman junto con sus primeros cuentos publicados y algunos intentos de relatos que aparecerán en el volumen III de esta colección, lo que podría considerarse la primera etapa de la producción narrativa de Meneses.

Apegado a la tierra, con un profundo deseo de celebrar hombres y paisajes venezolanos, el escritor se detiene a festejar la palabra y el mundo del negro y el mestizo, como una necesidad de establecer la verdadera condición de una incuestionable venezolanidad.

En su larga carrera como periodista se desempeñó con igual comodidad en la crític[illegible] literaria, y dedicó muchas páginas a desentrañar [illegible] misterio de la obra d[illegible] ejercicio éste que se [illegible] favorecido por su actuación en diversas embajadas en Europa.